



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores

Narrativas de vida: Mujeres campesinas del municipio de Puerto Rico, Caquetá, de
ASOGANAR

Valentina Gómez Silva y Danna Sofia Monroy Corrales

Tutora: Laura López Duplat

Licenciatura Ciencias Sociales

Faculta de humanidades

Universidad Pedagógica Nacional

2025-1



**UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores

Narrativas de vida: Mujeres campesinas del municipio de Puerto Rico, Caquetá, de
ASOGANAR

Valentina Gómez Silva y Danna Sofia Monroy Corrales

Tutora: Laura López Duplat

Licenciatura Ciencias Sociales
Faculta de humanidades
Universidad Pedagógica Nacional

2025-1

Dedicatoria

Dedicada a las mujeres de nuestras vidas.

Al amor más puro que la vida me permitió conocer, a mi abuela Angelica Andrade.

A mi madre Ana Sofia Corrales por abrirme el camino, y a su madre María Elvia Corrales por marcar el suyo.

Porque sus memorias son el inicio de nuestras vidas

Agradecimientos

Gracias Mami (Ana), por tu fortaleza y valentía, por mantenernos a flote y no rendirte jamás; por contarme tu historia y permitirme entender la valentía que se esconde detrás de ser mujer. Gracias por inspirar este trabajo desde tus memorias de lo que es ser mujer, campesina y trabajadora de la coca.

Gracias a mi padre Fredy Monroy, que dejando de lado su arte, logro con el sudor de su frente y el trabajo de sus manos entregarme el mundo para que yo pudiera cumplir mis sueños; por ser ese motorcito que mantiene a mis sueños vivos.

A mi hermanito David, mi alma gemela y otra mitad.

A la familia Saavedra, que fue y será siempre el lugar donde los sueños encuentran fuerza para hacerse realidad. Gracias por ser el motor silencioso detrás de cada paso, por acompañar sin condiciones. Este logro también les pertenece.

Este trabajo nunca fue tarea de una sola persona, ni de dos, ni de tres. Fue, en esencia, un esfuerzo colectivo de ocho vidas diferentes, si contamos a quien fue nuestra guía y faro en los momentos de mayor incertidumbre: Laura López Duplat, nuestra tutora. Con su paciencia infinita y su cariño sincero, nos ofreció un espacio de confianza y libertad. Gracias a ella, encontramos alas para continuar, aun cuando los retos parecían sobrepasarnos.

Las otras siete personas que hicieron posible este camino son amigas y un amigo que la vida universitaria sabiamente nos regaló.

Karoll García, quien al inicio fue nuestra primera lectora, nuestra consejera de cabecera, esa una voz que orientaba. Natalia Hernández, que con su risa contagiosa y sus anécdotas llenas de vida nos recordó que avanzar también puede ser un acto alegre.

Viviana Espinel, quien nos animó desde el amor, la ternura y la risa. Fue la primera en graduarse, y con ello se convirtió en nuestro ejemplo y nuestro primer orgullo. David Ramírez, con su calma, sus historias de millonarios y su presencia constante desde el estadio de la vida, fue un compañero fiel que supo estar, sin ruido, pero con fuerza. Jeimy Acevedo, nuestro faro, nuestro polo a tierra; la que nos devolvía la calma cuando el proyecto se volvía tormenta, recordándonos lo esencial, lo que de verdad importa.

También queremos agradecer con especial cariño a una profesora que, quizás sin saberlo del todo, salvó este proyecto cuando más lo necesitábamos. Con solo una frase “un paso a la vez” nos devolvió la calma, la confianza y las ganas de seguir. Gracias, profesora Stephanía Martínez, por estar en el momento justo.

Y, por supuesto, este agradecimiento profundo va para todas las mujeres de ASOGANAR que hicieron parte de este proceso. Gracias por abrirnos sus memorias, por confiar en nosotras, por permitirnos acompañarlas. Este trabajo es de ustedes, con todo nuestro cariño, respeto y admiración.

Resumen	9
Introducción.	10
Justificación.	12
Objetivo general.....	15
Objetivos específicos	15
Capítulo I: Huellas de arte en el rastro de la memoria.....	15
Reconocer y reconocernos	15
Memoria en movimiento: La estética relacional y sus movimientos.	29
Imagen liberadora de la memoria.....	31
Visualidades estigmatizantes y resistencias desde el arte y la memoria	39
Capítulo II: Raíces de lucha, el trabajo femenino entre la tierra y la hoja	40
Descolonizando la lucha: Feminismos.	41
Sombra y luz: un viaje por mundos duales.	47
Fuerza y tierra: feminismos en el campo.	51
Manos que cuidan	55
Capítulo III: Territorio, siguiendo los pasos.....	59
Contextualización sociodemográfica del Caquetá	60
El Boom de la Coca y Memorias de Puerto Rico.....	66
El cultivo de coca introdujo muchas contradicciones	69
Economía de la Coca: Entre la Necesidad y la Criminalización	69
Capítulo IV: Pedagogía la escuela mi lugar feliz.....	72
El sentido de educar y enseñar: más allá de las aulas	75
Conocimiento sensible: El saber emergente desde a la experiencia	80
Sentir para enseñar.	83
Capítulo V: Metodología transversal.	87
La Investigación Basada en el Arte.....	89
La investigación narrativa como camino de conocimiento	90
Metodología con raíz.....	93
Relación con la comunidad.....	93
Capítulo VI: Voces desde ASOGANAR	113
Educación como escenario de resistencia.	113
El rol de la mujeres en el campo.	122
ESO	143

Capítulo VII: Reflexiones Finales: Creación, memoria y resistencia de las mujeres en el territorio	162
Referencias.....	168

Tabla de imágenes

<i>Imagen 1: La violencia, Alejandro Obregón, 1962</i>	17
<i>Imagen 2: EL VELORIO, ALEJANDRO OBREGÓN, 1956</i>	19
<i>Imagen 3: Arauca, Estrategia A.I.R.E.: Autorreconocimiento Interrelación Relación</i> <i>Expresión, comisión de la verdad.</i>	
.....	2
2	
<i>Imagen 4: Aliento, Oscar Muñoz, 1995</i>	25
<i>Imagen 5: : Mapa del departamento del Caquetá con sus límites, Ardila, K, 2019, Wikipedia</i>	61
<i>imagen 6: ubicación del municipio puerto rico, caquetá, gómez v, 2023, google maps...</i>	
<i>Imagen 7: Línea del tiempo, Puerto Rico, Caquetá, creación propia</i>	68
<i>Imagen 8: Taller 1, 2024</i>	74
<i>Imagen 9: Taller 2, 2024</i>	82
<i>Imagen 10: Diario de campo, 2024</i>	115
<i>Imagen 11: Taller 2, 2024</i>	116
<i>Imagen 12: Taller 2, 2024</i>	117
<i>Imagen 13: Entrevista IP, 2024.</i>	119
<i>Imagen 14: Diario de campo, taller 2, 2024</i>	124
<i>Imagen 15: Taller 2, 2024</i>	125
<i>Imagen 16: Taller 2, 2024</i>	126
<i>Imagen 17: Taller 2, 2024</i>	127
<i>Imagen 18: Taller 2, 2024.</i>	128
<i>Imagen 19: Taller 2, 2024</i>	129
<i>Imagen 20: Taller 4, 2024</i>	130
<i>Imagen 21: Taller 2, 2024</i>	134
<i>Imagen 22: Taller 6, 2024</i>	135
<i>Imagen 23: Taller 4, 2024</i>	137
<i>Imagen 24: Taller 6, 2024</i>	140
<i>Imagen 25: Taller 6, 2024</i>	142
<i>Imagen 26: Diario de cambo, 23/04/2024.</i>	144
<i>Imagen 27: Taller 4, 2024</i>	145
<i>Imagen 28: Entrevista I, 2024</i>	149
<i>Imagen 29: Taller 6, 2024.</i>	152
<i>Imagen 30: Taller 6, 2024</i>	155
<i>Imagen 31: Taller 6, 2024</i>	155
<i>Imagen 32: agradecimiento</i>	167

Resumen.

Este trabajo de grado explora las memorias, resistencias y roles de las mujeres campesinas del municipio de Puerto Rico, Caquetá, a partir de su participación de talleres de creación. En un contexto marcado por la violencia y el estigma asociado al cultivo de coca, se propone una aproximación desde la intersección entre arte, memoria y feminismo comunitario, reconociendo el papel de los talleres de creación como mediador en procesos de expresión y denuncia social.

La investigación, de carácter cualitativo, se desarrolló mediante entrevistas semiestructuradas, observación participativa y experiencias compartidas en talleres de creación, entendidos como escenarios de reconstrucción narrativa y fortalecimiento a sus prácticas y roles de las mujeres campesinas. Desde un enfoque interdisciplinar que articula los estudios de memoria colectiva, la estética relacional y las epistemologías del sur. Teniendo en cuenta las pedagogías sensibles pensando en una educación de horizontalidad, se evidencia cómo las mujeres campesinas resignifican sus experiencias vitales y tejen nuevas formas de agencia política.

Asimismo, se reflexiona sobre el trabajo doméstico y de cuidado, las dinámicas de reproducción social y el papel de la escuela como espacio simbólico de alegría y escape durante la infancia. Este trabajo contribuye a visibilizar las voces históricamente marginadas de las mujeres campesinas, destacando su capacidad de resistir desde la cotidianidad, la palabra y la creación, y proponiendo los talleres de creación como un lenguaje pedagógico en contextos de exclusión.

Abstract

This thesis explores the memories, resistance, and roles of rural women in the municipality of Puerto Rico, Caquetá, through their participation in creative workshop laboratories. In a context marked by violence and the stigma associated with coca cultivation, the study approaches the topic from the intersection of art, memory, and community feminism, recognizing the role of creative workshops as mediators in processes of expression and social denunciation.

This qualitative research was developed through semi-structured interviews, participatory observation, and shared experiences in creative workshops, we understood this spaces as a narrative reconstruction and the strengthening of the practices and roles of rural women. The research works from an interdisciplinary perspective that brings together collective memory studies, relational aesthetics, and southern epistemologies, the study shows how rural women re-signify their life experiences and weave new forms of political agency.

It also reflects on domestic and caregiving work, the dynamics of social reproduction, and the role of school as a symbolic space of joy and escape during childhood. This work contributes to making visible the historically marginalized voices of rural women, highlighting their capacity to resist through everyday life, speech, and creation, and proposing creative workshops as a pedagogical language in contexts of exclusion.

Introducción.

Las mujeres campesinas cocaleras en Colombia han sido históricamente marginadas y estigmatizadas, pese a su papel fundamental en la economía rural y en la construcción del tejido social de sus comunidades. En medio de un contexto de violencia, exclusión y conflicto armado. Este trabajo de grado examina la interrelación entre el arte, la memoria y la resistencia, con un enfoque en Puerto Rico, Caquetá, un territorio afectado por el conflicto armado y las políticas de erradicación de cultivos ilícitos.

A lo largo de esta investigación, se analiza cómo los talleres de creación son un espacio de expresión y reivindicación para estas mujeres. Se parte de la premisa de que las prácticas artísticas no solo permiten la reconstrucción de narrativas silenciadas, sino que también funcionan como un lenguaje de denuncia y transformación social. Para ello, el estudio se basa en referentes teóricos sobre memoria colectiva, estética relacional y feminismo comunitario, reflexionando sobre el reconocimiento, la resistencia y la construcción de identidades colectivas en contextos de exclusión.

Es así como estas piezas contribuyen a la reconstrucción del pasado y a la reflexión sobre las consecuencias del conflicto. A partir de estos análisis, se propone un acercamiento a las experiencias de las mujeres campesinas, desde talleres de creación. Para complementar este análisis, se llevaron a cabo entrevistas semiestructuradas con seis mujeres campesinas, quienes compartieron sus relatos sobre la violencia, la resistencia y el significado de la creación de en los talleres, a partir de ello emergen las siguiente categorías: Educación como resistencia, rol de la mujer campesina y ESO (lo que se mencionado con voz baja el todo lo algunas personas fuera del territorio criminalizan, no es solo el trabajo de la hoja de coca, también se menciona como los extorciones o los grupos guerrilleros que son los encargados de organizar al pueblo y dar orden disciplinario). A través de estos testimonios, se

identificaron patrones de lucha y resistencia que han permitido a estas mujeres resignificar su historia y desafiar los estereotipos que las han marginado.

Asimismo, se realizaron talleres de creación artística en los que las participantes exploraron distintas formas de expresión visual y narrativa para plasmar sus experiencias y reivindicaciones. Estos espacios sirvieron como escenarios de encuentro, fortalecimiento comunitario y diálogo intergeneracional, donde las mujeres encontraron en los talleres, un lenguaje para comunicar sus vivencias.

Este trabajo de grado busca contribuir al reconocimiento de las mujeres campesinas como sujetos políticos y culturales activos, subrayando la importancia de los talleres de creación ya que permitieron plasmar las memorias y sus luchas en su día cotidiano en un país donde la violencia ha dejado huellas profundas. Las mujeres emergen como protagonistas de sus propias historias, desafiando las narrativas hegemónicas y creando nuevas formas de resistencia la memoria plasmada en dichos talleres.

Justificación.

Desde un inicio nos preguntamos que queríamos investigar, de que podíamos hablar y escribir que fuera significativo para nosotras y lograr mostrar esa significancia. Las dos venimos de familias campesinas que toda su vida han luchado por salir adelante, por ver su tierra prosperar y levantarse de los escombros dejados atrás por la violencia que azota nuestro país. Las dos somos hijas y nietas de campesinas, que no dieron su brazo a torcer y siguieron pisando fuerte sobre esa tierra que tanto les dio, pero que también tantos pesares les puso en sus corazones.

Fuimos pequeñas niñas campesinas que, se vieron forzados a terminar lo que les quedaba de infancia en una ciudad que sí bien, les brinda un sin fin de oportunidades, no lleno el hueco que dejó su tierra.

Así, esta investigación nace de nuestras raíces campesinas, pero también de esa raíz cocalera, ya que una de nosotras vio de cerca la fuerza que habita en las manos de su madre, de sus tías, que sin temor alguno al daño raspaban coca, con sus hijos al hombro y el sol golpeando su cuerpo. Una de nosotras, la cual vio con amor a su abuela mientras trabajaba sin descanso por ella, por su familia, sacando sola y con la fuerza de su pequeño cuerpo esa finca que estando en un pequeño rincón del Huila la vio crecer y valorar la tierra. Estas son algunas de nuestras narrativas de infancia que están inmersas en nuestra tierra, pero hay otras narrativas que durante las entrevistas y durante los talleres de creación evidenciaron; no todas las narraciones son orales cada trazo en los talleres narran una vida en el campo.

Desde estas narrativas de infancia nace la siguiente pregunta que guía este proyecto: ¿Cuáles son las memorias y labores de las mujeres campesinas de ASOGANAR en el municipio de Puerto Rico, Caquetá que emergen en los laboratorios de creación desde las experiencias sensibles?

Cada realidad narrada por estas mujeres, tienen un hilo conductor que es el trabajo con la tierra o la hoja de coca. Cada una de ellas expresa su realidad, una realidad que indudablemente está marcada por los roles de género que marca una doble jornada invisibilizada, donde el cuidado recae principalmente en las mujeres. El trabajo del campo también forma parte central de su jornada. Siendo madres, esposas, hijas, nietas y trabajadoras de la tierra, nunca descansan pensando en un mejor futuro, no les dan gran importancia a como las personas que viven de sus productos las observen, sin embargo ellas

ven como desde las ciudades las ven de forma despectiva, por ese mismo trabajo que da de comer a todo el país, lo saben y lo enuncian; por esto buscan dignificar su trabajo, mostrar como "nada les queda grande" y que, a pesar del estigma, ellas siguen trabajando sin sentir vergüenza alguna por realizar esa labor tan vital, pero tan descalificada.

Es así que pensamos como desde la pedagogía sensible se nos permite, no solo una construcción de conocimiento mutuo, sino también traer al espacio una aula expandida, dónde la creación, reflexión y las problemáticas sociales como los roles de género, la territorialidad y la importancia de las materialidades que permiten la evocan a la memoria y lo sensible se ven visibilizadas en las creación visual, creando así una interdisciplina entre , la educación desde las ciencias sociales y la educación artística visual, esta interdisciplinariedad nos permite también ahondar en aquellos futuros posibles que fueron dejados atrás por diferentes factores sociales del territorio y las pocas oportunidades que este mismo les ofrecía.

Uno de estos futuros posible fue la esperanza del acuerdo de paz donde ellos pensaban que su territorio dejaría de estar en las manos de las FARC-EP para un futuro lejos de la violencia armada y de una nueva economía que fuera legal, sin embargo eso no paso ya que las promesas que hizo el gobierno para la erradicación de los cultivos de la hoja de coca no se cumplieron ellos nunca vieron el desarrollo de una nueva economía y las disidencias de las FACR-EP siguen manteniendo el control territorial, estas son algunas de las consecuencias de una mal aguardo en palabras de una de nuestras participantes en las entrevistas.

A partir de lo anterior se plantean los siguientes objetivos

Objetivo general

Reconocer las memorias y labores de las mujeres campesinas de ASOGANAR en el municipio de Puerto Rico, Caquetá. desde la experiencia sensible en laboratorios de creación.

Objetivos específicos

Posibilitar talleres de creación artística como lenguaje de resignificación de las vivencias y resistencias de las mujeres campesinas de Puerto Rico, Caquetá

Analizar las memorias territoriales y narraciones sensibles de las mujeres campesinas en Puerto Rico, Caquetá.

Comprender las labores que realizan las mujeres campesinas de Puerto Rico, Caquetá en su experiencia vital, a través de laboratorios de creación.

Capítulo I: Huellas de arte en el rastro de la memoria.

La práctica artística comunitaria en Colombia ha sido un espacio clave para la transformación social y la narración de hechos violentos. En un contexto marcado por el conflicto y la marginación, diversas expresiones artísticas han permitido la reconstrucción de la memoria colectiva y la visibilización de las víctimas. Estas prácticas han demostrado su capacidad para generar espacios de resistencia, diálogo y sanación, trascendiendo su dimensión estética para convertirse en posibilidad de incidencia política y social.

Reconocer y reconocernos

Felipe Martínez (2013), en su artículo Las prácticas artísticas en la construcción de memoria sobre la violencia y el conflicto, plantea que el arte se constituye como un medio de expresión que permite reconstruir narrativas históricamente silenciadas. Como señala Martínez (2013), el arte tiene el poder de denunciar injusticias y visibilizar las reivindicaciones políticas y sociales de los sectores históricamente excluidos.

Para los autores González y García (2019), el reconocimiento de estas particularidades vivenciales es un acto de respeto hacia las culturas, las identidades y sus luchas. Este reconocimiento no debe limitarse al ámbito simbólico, sino traducirse en políticas y acciones concretas que fortalezcan sus proyectos y reivindicaciones. En esta línea, Honneth (1997) enfatiza que la búsqueda del reconocimiento no solo implica visibilidad, sino también un compromiso real con la justicia social y el apoyo a quienes han sido históricamente marginados.

Desde esta perspectiva, el arte puede posibilitar puentes hacia la inclusión social y el reconocimiento de la diversidad cultural, étnica y de género. Como plantea González (2020), las manifestaciones artísticas permiten que los dolores y sentimientos afloren, transformando el sufrimiento en una forma de protesta y reflexión. La creación y apreciación artística no solo conectan con las ausencias y el caos, sino que, además, permiten la reconstrucción de la memoria colectiva en un ejercicio constante de reflexión

En el transcurso de nuestra investigación, comprendimos que acercarnos a las obras de arte era un paso esencial, ya que esta investigación está centrada en conocer las memorias y labores de las mujeres campesinas mediado por creaciones plásticas. Fue así como llegamos al Museo de Arte del Banco de la República (MAMU), un espacio donde el arte se despliega como testimonio y denuncia. Allí, nos encontramos cara a cara con obras que nos interpelaron de manera profunda. Una de ellas fue *La violencia*, de Alejandro Obregón (1962), donde el lienzo se convierte en un grito, en una memoria viva que transforma el dolor en resistencia. Frente a ella, pudimos sentir cómo el arte no solo representa una realidad, sino que la sacude, la pregunta y la devuelve con una intensidad abrumadora. En cada trazo y en cada color, se dibujaba la rabia, la impotencia y, sobre todo, la huella indeleble de las marcas sobre el cuerpo de la mujer.

Las obras de Obregón a menudo se preguntan por la relación entre el cuerpo y la violencia, otro ejemplo de esto es *La Violencia*



IMAGEN 1: LA VIOLENCIA, ALEJANDRO OBREGÓN, 1962

La obra *La Violencia* (1962) de Alejandro Obregón es una de las representaciones pictóricas más emblemáticas del conflicto colombiano. En esta pieza, el artista plasma el cuerpo desnudo de una mujer embarazada asesinada, cuyos rasgos denotan sufrimiento y

abandono. Su postura rígida y la expresión ausente transmiten una sensación de desolación, mientras que el uso de tonos oscuros y la composición de la escena refuerzan el dramatismo de la imagen. Al observar *La Violencia*, se genera una sensación de angustia y una profunda reflexión sobre la crudeza del conflicto colombiano. La imagen transmite una dualidad entre fragilidad y brutalidad, lo que lleva a cuestionar el papel de la memoria en la sociedad. La mujer representada no es solo una víctima anónima, sino una figura que interpela y denuncia. La obra invita a mirar de frente las consecuencias del conflicto y a reconocer las narrativas de quienes han sido silenciados. Así como Obregón resalta dichas narrativas, este proyecto a través de los talleres de creación busca dar voz de las memorias de las mujeres de ASOGANAR.

Otra obra que refleja la invisibilización y el silenciamiento es el “Velorio” que refiere la masacre de los estudiantes que ocurrió el 8 y 9 de junio de 1956 durante la dictadura del general Rojas pinilla, donde jóvenes estudiantes que marchaban conmemorando los 25 años de la muerte de Gonzalo Bravo Páez, un estudiante que, en 1929, recibió un tiro en manos de oficiales de la guardia presidencia. Obregón en esta obra muestra una imagen cargada de un sentido solemne y de ritual, donde se puede ver en un primer plano un cuerpo recostado sobre una mesa donde se encuentran artículos como copas, botellas, flores y animales, de esta forma da la impresión de ser altar donde el cuerpo es el centro de este. La imagen nos impacta, ese color rojo que cubre gran parte de la pintura da una sensación fúnebre, siniestra; el cuerpo que parece estar por partes, recostado con los ojos vendados es simplemente inquietante, se sabe a primera vista que la muerte que sufrió fue violenta, desgarradora.



IMAGEN 2: EL VELORIO, ALEJANDRO OBREGÓN, 1956

De allí nuestro diálogo con "El Velorio" (1956) y "La Violencia" (1962) de Alejandro Obregón. "El Velorio" representa la masacre de estudiantes ocurrida en la dictadura de Rojas Pinilla, utilizando una composición cromática donde el rojo domina la escena, generando una sensación de violencia contenida. La disposición del cuerpo en la mesa, rodeado de elementos funerarios, refuerza la solemnidad del evento y la crudeza de la muerte.

Así mismo recurrimos a obras logradas y mediadas por la Comisión de la Verdad,

que revelan cómo el arte es un lenguaje colectivo, un territorio de resistencia donde las voces se entrelazan y se hacen visibles. Estas obras nos permitieron comprender que el arte es un lenguaje que nos lleva acercarnos de una forma más sensible a las memorias de las mujeres campesinas, ya que es posible plasmar en las creaciones aquello que las palabras no alcanzan a expresar. Desde las ciencias sociales, buscamos explorar formas de conocimiento que no solo analizan la realidad, sino que la sientan y la interpretan y la investigación basada en el arte nos ofrece ese puente: un camino donde la sensibilidad estética y la narrativa visual nos permiten acercarnos, con una mirada más humana y creativa, a la memoria viva de quienes han sido marcados por la historia.

Para comprender de manera más profunda la relación entre el arte plástico y la memoria, analizamos diversas obras que abordan el conflicto armado y sus impactos en la sociedad, con el objetivo de entender cómo estas obras cuentan sus memorias y resistencias. La observación de estas piezas permitió reflexionar sobre cómo los artistas han traducido el dolor y la resistencia en imágenes cargadas de simbolismo.

Según la Comisión de la Verdad (2021), esta obra es un testimonio gráfico de la barbarie vivida en Colombia, un reflejo del impacto de la guerra en los cuerpos y la memoria colectiva.

Estas imágenes no solo funcionan como denuncia, sino que también activan la memoria de quienes las observan, conectándolos con relatos históricos y experiencias de resistencia. El estudio de estas piezas permite establecer un diálogo entre el arte y la memoria, comprendiendo cómo la representación visual se convierte en una herramienta poderosa para narrar lo innombrable.

De acuerdo con la Comisión de la Verdad (2021), esta obra se enmarca en el contexto de violencia política en Colombia, particularmente en la década de los años 50 y 60,

cuando los conflictos partidistas y las luchas agrarias dejaron miles de víctimas. Obregón, influenciado por estos acontecimientos, buscó denunciar la brutalidad del conflicto a través del arte. Su pincelada expresionista y el contraste cromático evidencian la crudeza del asesinato y convierten la imagen en un testimonio visual del sufrimiento de las víctimas.

El impacto de esta obra radica en su capacidad para evocar no solo el dolor de la guerra, sino también la impunidad y la persistente violencia de género en Colombia. En este sentido, la figura de la mujer embarazada asesinada trasciende el lienzo y se convierte en un símbolo de la vulnerabilidad de las mujeres en el conflicto, visibilizando el cuerpo femenino como un espacio atravesado por la violencia y el poder.

Uno de los proyectos que evidencia la importancia del arte en la construcción de memoria es *Lienzos de la Memoria*, una iniciativa de arte comunitario-impulsada por comunidades indígenas de las etnias hitnũ y jiw. Este proyecto reúne 13 retratos que representan a víctimas del conflicto armado, permitiendo a los artistas capturar los rostros de sus familiares, sus propias imágenes y las de aquellos que sufrieron, migraron o resistieron a la adversidad.

El objetivo principal de *Lienzos de la Memoria* es resaltar las formas de resistencia y subrayar la importancia de la comunidad en la reconstrucción de la verdad histórica. La memoria colectiva se plasma a través de estos retratos, no solo como una forma de representación, sino como un acto de reivindicación. En cada imagen, se percibe el deseo de recordar y resignificar el pasado, reafirmando la resistencia de quienes han sido afectados por la guerra.

Según González y Baquiro (2020), la autoría comunitaria en este tipo de proyectos permite que las poblaciones marginadas tengan voz propia en la construcción de sus

relatos. No se trata solo de una expresión artística individual, sino de un proceso colectivo en el que la comunidad se apropia de la narración de su historia, transformando el arte en un vehículo para la sanación y la justicia simbólica.



IMAGEN 3: ARAUCA, ESTRATEGIA A.I.R.E.: AUTORRECONOCIMIENTO INTERRELACIÓN RELACIÓN EXPRESIÓN, COMISIÓN DE LA VERDAD.

Esta pintura forma parte de una serie de 13 retratos que representan a víctimas del conflicto armado en Arauca, dentro del marco de la Estrategia A.I.R.E. (Autorreconocimiento, Interrelación, Relación y Expresión), impulsada por la Comisión de la Verdad. Estas obras buscan dar voz a personas y comunidades que han sufrido la violencia en Colombia, resaltando sus historias de lucha y resistencia.

En el retrato se observa a una mujer de rasgos indígenas sosteniendo a un bebé, ambos con expresiones serias y miradas penetrantes. El fondo azul resquebrajado simboliza la fragilidad del tejido social en territorios golpeados por la guerra, mientras que el collar

de la mujer puede representar la identidad cultural y la conexión con su comunidad. La inscripción "PAZ" en la camiseta enfatiza el anhelo de reconciliación en un contexto marcado por la violencia.

Esta imagen tiene un fuerte componente testimonial. Se aleja de una representación victimizante y, en cambio, proyecta dignidad, resistencia y la necesidad de reconocimiento. La mirada firme de la mujer, lejos de expresar sumisión, parece interpelar directamente al espectador,

exigiendo ser vista, escuchada y respetada, de la misma forma nuestros talleres de creación buscan resaltar la resistencia que día a día las mujeres de ASOGANAR mantiene dentro de su cotidianidad, en sus labores de madres, esposas, mujeres y campesinas, lejos de esa imagen de víctima se posicionan desde la lucha y resignificación

Así estas piezas no solo representan a las víctimas, sino que también reclama su reconocimiento en el proceso de reparación y justicia social. La serie de 13 retratos, dentro de la cual se enmarca esta imagen, busca dignificar a quienes han sufrido y recordar que detrás de cada testimonio hay vidas que merecen ser recordadas y honradas.

Por su parte, la obra "Develaciones: un canto a los cuatro vientos" es una puesta en escena donde los actores no son profesionales, sino personas pertenecientes a colectivos y comunidades que han vivido la violencia de primera mano y han encontrado en el arte una forma de resistencia. Esta pieza fue creada a lo largo del 2021 en laboratorios regionales de creación colectiva y contó con la participación de diversos grupos, entre ellos el Colectivo MAFAPO (Madres de Falsos Positivos), la Corporación Jóvenes Creadores del Chocó, la Fundación Sainavee'pia Wayuu, Kumpu Colombia, Sankofa Danza Afro, Semblanzas del Río Guapi, Tambores de Cabildo, Tonada, y actores de teatro como Andrés Parra y Luis Hernando Forero, junto con integrantes de diversas

compañías artísticas y aliados.

Esta obra pone de manifiesto el papel del arte en los procesos de resistencia, permitiendo canalizar el dolor y la barbarie a través de la expresión escénica. Al mismo tiempo, se constituye en una fuerte denuncia contra la indiferencia y la criminalización de las víctimas, visibilizando sus historias y exigiendo justicia.

De acuerdo con la Comisión de la Verdad (2022), *Develaciones* se presentó como parte de los actos de reconocimiento y memoria histórica en distintos escenarios culturales, generando espacios de reflexión colectiva sobre el impacto del conflicto armado. La obra se expuso en diferentes regiones del país, con el propósito de integrar las voces de los afectados y fomentar el diálogo social a través del arte.

A diferencia de los monumentos tradicionales, esta instalación efímera desapareció con el tiempo, al igual que los nombres inscritos en la tela, reforzando la idea de la fragilidad de la memoria y la necesidad de esfuerzos constantes para evitar el olvido. Bajo esta perspectiva realizamos los talleres de creación en donde las materialidades nos permitieron evocar la memoria, esta evocación es una lucha constante contra el olvido



IMAGEN 4: ALIENTO, OSCAR MUÑOZ, 1995

A su vez, *Aliento* es una instalación interactiva creada en 1995 por Oscar Muñoz, en la que imágenes de rostros de personas desaparecidas solo se hacen visibles cuando el espectador se acerca y respira sobre un espejo. A través del vapor generado por el aliento,

las imágenes emergen momentáneamente, para luego desvanecerse de nuevo, evocando la fragilidad y la volatilidad de la memoria en el contexto del conflicto colombiano.

En esta obra, Muñoz enfrenta al espectador con la ausencia y la desaparición forzada, problemáticas recurrentes en el conflicto colombiano.

La instalación consiste en una serie de espejos circulares sobre los cuales se han impreso imágenes de personas desaparecidas. Sin embargo, estas imágenes solo se hacen visibles cuando el espectador se acerca y exhala su aliento sobre la superficie, revelándolas por un instante antes de que vuelvan a desvanecerse. Este proceso genera una interacción simbólica, donde el acto de mirar y respirar se convierte en un gesto de reconocimiento y evocación de quienes han sido borrados por la violencia.

Esta obra materializa de manera sutil pero contundente la fragilidad de la memoria y la persistencia del duelo en las familias de las víctimas. La imagen de los desaparecidos no es fija ni permanente, sino que requiere la acción del espectador para existir, recordando la lucha constante de familiares y colectivos que exigen justicia. A través de esta interacción efímera, Muñoz nos obliga a reflexionar sobre el olvido sistemático y la permanencia del recuerdo en una sociedad que ha normalizado la violencia y la desaparición. Por esto dentro de la investigación de nuestro proyecto, lo sensible toma gran relevancia, ya que es a través de esta que podemos acercarnos a las mujeres y entender sus narrativas, no desde una superioridad académica o investigativa, sino desde un par que está dispuesto a escuchar y observar las realidades que cada una de estas mujeres nos presenta. Además de que la creación plástica nos permite también explorar otra forma de sensibilidad, ya no solo desde la escucha, sino que los sentidos toman un papel relevante. Las manos que moldean, los ojos que observan, la mente que hace un viaje al pasado para volver a traer al presente esos recuerdos que las marcaron.

El impacto de *Aliento* se percibe en la incertidumbre y la sensación de pérdida que provoca en el espectador. La imagen aparece y desaparece, como ocurre con la memoria y la verdad en contextos de impunidad. La participación del público es fundamental, ya que, sin la respiración, la imagen no se revela.

De esta manera, la obra recuerda que la memoria no es estática, sino un acto de resistencia que exige ser activado continuamente para evitar que las víctimas sean condenadas al olvido. Con esta instalación, Óscar Muñoz construye un diálogo entre el presente y el pasado, invitando a quienes la observan a convertirse en agentes activos de la memoria. A través de la vulnerabilidad de la imagen y su interacción con el público, la obra evoca la lucha constante de quienes buscan a los desaparecidos y denuncian la falta de justicia.

Todas estas obras nos invitan a comprender y reflexionar sobre nuestra investigación, revelándonos la profundidad y el impacto que el arte puede tener cuando se trabaja en comunidades. Más que una simple manifestación estética, el arte se convierte en un puente, en un lenguaje vivo que permite a cada mujer expresar sus sentimientos, narrar sus experiencias y dar voz a aquello que, en muchas ocasiones, ha sido silenciado.

Según Rubiano (2017), la producción visual y artística actúa, en Colombia, como un espejo que refleja las cicatrices del pasado, permitiendo reinterpretar traumas y duelos a través de la creatividad. Siendo estas una de las líneas de trabajo en el arte, de esta manera, las narrativas artísticas crean una memoria alternativa que trasciende las palabras y se adentra en la dimensión emocional de las experiencias vividas. Asimismo, González y Baquiro (2020) destacan que las intervenciones artísticas en contextos de violencia no solo denuncian las injusticias, sino que también facilitan procesos de

reconciliación y fortalecen los lazos comunitarios.

Las expresiones artísticas, en sus múltiples formas —murales, performances, teatro y pintura— han funcionado como plataformas de denuncia social y resistencia política. Como plantea Rubiano (2017), estas manifestaciones no solo registran los acontecimientos, sino que también interpelan a la sociedad, promoviendo la reflexión y el reconocimiento de las víctimas. A través del arte, se han construido espacios de memoria que permiten honrar a quienes han sufrido los estragos del conflicto armado y recuperar relatos históricamente silenciados.

En este sentido, las creaciones visuales han adquirido un papel fundamental en la preservación de las voces de las comunidades afectadas. González y Baquiro (2020) sostienen que el arte comunitario, al integrarse en los territorios y en las luchas de los colectivos, fomenta la apropiación de la memoria y contribuye a la reparación simbólica de quienes han sido marginados. A partir de estas dinámicas, las expresiones plásticas y visuales han demostrado ser un puente entre la historia, la identidad y la justicia social, consolidando su relevancia en la construcción de una sociedad más equitativa y consciente.

En el contexto de la memoria y el reconocimiento, Rubiano (2019) señala que la producción visual emerge como una posibilidad para narrar y recordar. El reconocimiento es esencial para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. No se trata solo de visibilizar las experiencias de las víctimas, sino también de valorar y respetar sus derechos y su humanidad. En este proceso, el arte juega un papel crucial al generar la expresión y representación de las mujeres víctimas, promoviendo su inclusión y participación en la sociedad. El arte no solo da voz a los silenciados, sino que también fomenta la empatía y la solidaridad en quienes lo observan o interactúan con él.

Memoria en movimiento: La estética relacional y sus movimientos.

Otro concepto fundamental para tener en cuenta dentro de las prácticas artísticas comunitarias es la estética relacional, la cual permite indagar y crear a partir de experiencias compartidas, resaltando la importancia de las relaciones humanas y sociales en el arte. Como plantea Bourriaud (1998), la estética relacional se utiliza para la construcción y fortalecimiento de las comunidades, enfocándose en la creación de obras colectivas y en la participación de la comunidad dentro del proceso creativo. En este sentido, la interacción y el diálogo en el arte no solo se limitan a la obra final, sino que el proceso mismo se convierte en un espacio de encuentro donde las personas pueden resignificar sus memorias y compartir sus vivencias.

La importancia de la estética relacional dentro de la práctica artística colaborativa radica en la posibilidad de generar nuevas narrativas de resistencia y reparación simbólica. Cuando distintos artistas y comunidades trabajan en conjunto para la creación de obras de arte, se abren espacios de encuentro y diálogo que permiten resignificar la memoria y la identidad de quienes han sido históricamente silenciados. Desde esta perspectiva, el arte deja de ser una manifestación

individual y se convierte en un instrumento de transformación social, que permite a los participantes apropiarse de su historia y proyectarla en el ámbito público.

Como parte de este enfoque, la práctica relacional puede ser utilizada como una forma de visibilización y reivindicación de las identidades, las culturas y las voces de las comunidades, promoviendo su reconocimiento y valoración dentro de la diversidad social. En este sentido, el arte deja de ser una actividad aislada y se compromete con la vida real y sus contextos sociales. Bourriaud (1998) sostiene que el diálogo y la

participación son elementos fundamentales en las prácticas artísticas comunitarias, ya que la colaboración y el trabajo en equipo permiten la creación de obras que reflejan las voces y perspectivas de la comunidad. En este contexto, el arte es un puente que conecta las experiencias personales con la memoria colectiva, promoviendo la construcción de sociedades más justas y equitativas.

La combinación de arte y reconocimiento puede ser una estrategia clave para visibilizar, valorar y apoyar las luchas de las mujeres campesinas cocaleras, permitiéndoles narrar sus historias desde su propia voz y construir nuevas formas de memoria. En este sentido, el arte no solo se manifiesta como una herramienta de expresión, sino también como un medio para transformar la percepción social sobre la identidad y la cultura de estas comunidades. A través de símbolos que se vuelven parte de su identidad, las mujeres campesinas encuentran en el arte una vía para reivindicar sus derechos y para que sus experiencias sean reconocidas en el ámbito público.

El arte tiene una conexión profunda con la vida cotidiana de las personas, ya que permite que sus realidades sean reflejadas en imágenes, sonidos y representaciones. La producción artística no es un fenómeno aislado, sino que responde a las necesidades y luchas de los colectivos que lo generan. En este sentido, integrar el arte en el trabajo comunitario fortalece la memoria, el reconocimiento y la justicia social, ofreciendo una alternativa para transformar el entorno inmediato de las comunidades afectadas por el conflicto.

Desde la perspectiva de esta investigación, el arte no solo funciona como un dispositivo estético, sino como una metodología de análisis y construcción de memoria

colectiva. La creación estética permite entender cómo las comunidades narran sus experiencias y reconstruyen su historia desde su propio contexto

Trabajar desde la memoria y el arte con las mujeres campesinas permite resignificar su lugar en la sociedad y dotarlas de herramientas para la reivindicación de sus derechos y su identidad. La participación en procesos artísticos comunitarios fortalece su voz en espacios de toma de decisiones y contribuye a su empoderamiento, generando nuevas narrativas donde ellas son protagonistas de sus historias.

Imagen liberadora de la memoria

La imagen es un elemento fundamental para indagar en esta temática donde el arte y la memoria se entrelazan para lograr conectar con la comunidad. A través de la imagen, se pueden visualizar y transmitir las historias, luchas y reivindicaciones de una manera poderosa y efectiva (Martínez, 2013). En primer lugar, la imagen permite la documentación visual de las actividades y los procesos que se llevan a cabo en el proyecto (González-Santos & García-Vera, 2019), lo que, a la luz de la presente investigación, fue utilizado para dar cuenta de los logros, las dificultades y los desafíos que enfrentan las mujeres campesinas cocaleras en su lucha por la valoración y el reconocimiento de sus culturas y sus identidades.

En segundo lugar, la imagen puede ser el medio para lograr una comunicación y sensibilización, que permita llegar a una audiencia más amplia y diversa a través de las redes sociales, los medios de comunicación y otros espacios de difusión (González-Santos & García-Vera, 2019). Esto es especialmente relevante para la presente investigación teniendo en cuenta que se configura en un contexto en el que las voces y

las experiencias de las mujeres campesinas cocaleras, han sido históricamente invisibilizadas y marginadas. Por otro lado, hay que tener en cuenta el poder que tiene la imagen como constructora de discursos sociales y como es importante que tomemos conciencia y una actitud crítica ya que la visualidad desde su capacidad estética tiene un impacto social y político. (Berger, 1972).

Asumimos también que, la imagen puede lograr un empoderamiento y autorrepresentación, permitiendo a poblaciones contar sus historias y representarse a sí mismas de una manera auténtica y digna (Rubiano, 2017). Esto es importante para contrarrestar los estereotipos y prejuicios que han sido contruidos alrededor de las mujeres con quienes se realizó la presente investigación, y para reafirmar su papel como agentes de cambio y transformación social en sus comunidades y en la sociedad en general.

En este sentido, la imagen no solo opera como un testimonio visual del pasado, sino que también se erige como un espacio de encuentro y memoria donde el diálogo es constante y significativo. Su impacto trasciende la representación estática y se convierte en un medio dinámico de interacción entre el pasado y el presente, generando nuevas formas de recordar y resignificar experiencias. Más allá de su capacidad para documentar hechos, la imagen posibilita la construcción de narrativas visuales que reconfiguran el significado de la historia y otorgan protagonismo a quienes han sido marginados en los relatos oficiales. En este proceso, el arte visual funciona como un lenguaje que interpela, moviliza y genera conciencia, desafiando las estructuras de poder que han silenciado y distorsionado las voces de las comunidades afectadas.

Asimismo, la imagen es una posibilidad en la lucha contra el olvido, pues permite

establecer una memoria activa y colectiva. No se trata solo de conservar un registro, sino de dotarlo de nuevos sentidos y significados en función de los cambios sociales y políticos. En este contexto, la imagen adquiere una dimensión ética y política, ya que visibiliza realidades que han sido invisibilizadas por los discursos dominantes y permite a las comunidades reconocerse en sus propias representaciones.

Su capacidad de transmitir emociones, generar empatía y provocar reflexión la convierte en una herramienta poderosa para la reparación simbólica y la reconstrucción del tejido social.

La Comisión de la Verdad (2022) reconoce que la imagen tiene un papel fundamental en la representación de la memoria, ya que permite desafiar las narrativas estereotipadas que han afectado a comunidades en conflicto. A través de su potencial para construir nuevas representaciones, la imagen refleja la diversidad y las experiencias de las víctimas. Un ejemplo de ello es el proyecto AIRE en Arauca, donde el trabajo con lienzos de memoria permitió a cada persona reconectar con su historia y expresar sus vivencias, contribuyendo así a la elaboración del duelo y al reconocimiento.

Como plantea Berger (1972), la imagen trasciende su función estética para convertirse en una herramienta de documentación, comunicación y empoderamiento, contribuyendo así a la creación de sociedades más justas y equitativas. En este contexto, su capacidad para visibilizar y transmitir experiencias humanas es crucial para fomentar el entendimiento y la inclusión, especialmente en procesos de transformación social. Desde una perspectiva de los estudios visuales, Brea (2009) argumenta que la imagen no solo es un reflejo de la realidad, sino que participa activamente en la construcción de significados culturales y políticos. En este sentido, la imagen dentro de esta investigación no se limita a su valor representacional, sino que se consolida como un artefacto crítico

y de resistencia, capaz de generar nuevas formas de memoria y acción colectiva.

Resistir al olvido.

La memoria, esa habilidad humana para recordar y recuperar el pasado, tiene una dimensión colectiva en el ámbito sociológico. Es la clave para entender cómo construimos y transmitimos la historia y la identidad de un grupo o una sociedad (González-Santos & García-Vera, 2019). La memoria no es estática; es un proceso vivo y en constante evolución, moldeado por factores políticos, sociales y culturales. Por otro lado, la memoria, es un proceso dinámico y colectivo. No se limita a la capacidad individual de recordar, sino que se entrelaza con la historia y la identidad de grupos sociales enteros. Es una construcción colectiva que abarca la selección, interpretación y representación de los hechos pasados, influenciada por factores políticos, sociales y culturales. En este marco la memoria también puede devenir lugar, Pierre Nora (1992) describe este proceso como un "lugar de memoria", un concepto que subraya cómo ciertos eventos, lugares y objetos se convierten en símbolos de una memoria colectiva, transformando lo efímero del recuerdo individual en una narrativa compartida y duradera. “Todas, (memorias) finalmente, remiten a un tipo tradicional que dicta un estilo del recuerdo y deja al autor la elección de lo que quiere recordar o callar” Pierre Nora (1992).

La relación entre las artes y la memoria es estrecha, como lo enuncia La Comisión de la Verdad (2021) el arte puede ser un vehículo para mantener viva la memoria de las víctimas del conflicto. A través de diversas formas artísticas, se transmiten valores, costumbres y tradiciones, preservando el legado de aquellos que han sufrido y luchado. El arte se convierte en una manera de construcción y transmisión de una memoria colectiva, especialmente para

aquellos que han enfrentado escenarios de violencia (Rubiano, 2017). Mediante los procesos de creación, estas personas pueden narrar sus historias, compartir sus saberes y destacar sus luchas, contribuyendo así a una memoria colectiva que celebra y valora sus aportes.

Es crucial reconocer que la reconstrucción de la memoria no solo depende de expertos y medios de comunicación, sino también de los protagonistas directos: mujeres, comunidades, activistas y ciudadanos comunes (Rubiano, 2017). En este proceso, se entrelazan elementos complejos como la memoria, la historia, la verdad y la justicia.

Las prácticas artísticas comunitarias, por su parte, no solo generan obras de arte, sino que crean conciencia colectiva y una memoria compartida. El arte se convierte en una posibilidad para recordar y conectar a la comunidad, construyendo una identidad común (Ramos, 2013). Es vital que los testimonios de las víctimas sean escuchados y valorados, ya que la memoria es un proceso colectivo que se enriquece a través del arte, la elaboración del trauma, y la denuncia ante la violencia (Richard, 1998).

Finalmente, en la transmisión de la memoria de las víctimas del conflicto armado, las prácticas artísticas desde la visualidad han demostrado ser un modo de representación del impacto de la guerra y a su vez, promover el reconocimiento y la justicia (Carvajal, 2018). Las manifestaciones artísticas se transforman en espacios de memoria que facilitan diálogos e interacciones sobre la transformación de contextos (Pardos, 2022). El arte, así, se convierte en un espacio para expresar vivencias dolorosas, generar memorias colectivas, fomentar el diálogo y promover la acción ciudadana, contribuyendo a una transformación social más justa.

Yo a partir del otro: Memorias individuales sujetas a las colectivas

Imaginemos la memoria como un dinámico taller donde la información se transforma y se redefine constantemente. La memoria no se limita a recuperar datos almacenados en nuestro cerebro; es un proceso vivaz y activo en el que interpretamos y reelaboramos nuestras experiencias a lo largo del tiempo. Cada recuerdo que evocamos no es un eco del pasado inmutable, sino una reconstrucción vibrante influenciada por el tiempo y el espacio en los que esos eventos ocurrieron.

En palabras de Betancourt Echeverry (2004), la memoria individual no vive aislada; se entrelaza con una red de relaciones sociales y momentos de simultaneidad. Los recuerdos personales se sitúan en un cruce de caminos donde la existencia social actual y los pensamientos colectivos convergen. Así, la memoria se convierte en una frontera en constante movimiento, donde las corrientes del pensamiento colectivo chocan y se mezclan. En tiempos de calma, los recuerdos colectivos pueden parecer menos significativos, pero en periodos de crisis, emergen con una fuerza renovada, como si el pasado y el presente se unieran en un solo punto de referencia.

Al hablar de memoria colectiva, no nos referimos únicamente a la acumulación de recuerdos individuales, sino a un fenómeno social y cultural que se construye y comparte dentro de una comunidad o grupo social. Maurice Halbwachs (1950), uno de los pioneros en el estudio de la memoria colectiva, argumenta que los recuerdos no se almacenan de manera aislada en la mente de los individuos, sino que se estructuran a partir de los marcos sociales que proporcionan las comunidades. Según Halbwachs la memoria colectiva es un proceso dinámico que permite a los grupos sociales definir su identidad a través de la reconstrucción del pasado.

Desde esta perspectiva, la memoria no es estática ni individual, sino que está condicionada por las estructuras sociales y los lazos culturales. El autor plantea que los

grupos organizan la forma en que los individuos recuerdan, proporcionando referencias compartidas que influyen en la manera en que los hechos son interpretados y transmitidos. La memoria colectiva se sustenta en espacios simbólicos, como rituales, relatos y prácticas culturales, que refuerzan la identidad del grupo y dan continuidad a su historia. En este sentido, la memoria no solo permite la reconstrucción del pasado, sino que también configura las experiencias del presente y proyecta el futuro de una comunidad.

Uno de los aportes más relevantes de Halbwachs (1950) es su idea de que la memoria colectiva es selectiva y responde a las necesidades del presente. Es decir, los grupos reinterpretan el pasado en función de los conflictos, luchas o transformaciones que atraviesan en el momento actual. En el contexto de las comunidades afectadas por la violencia, la memoria colectiva cumple un papel fundamental en la resistencia y la reivindicación de sus derechos. A través de la reconstrucción de su historia compartida, las comunidades pueden desafiar las narrativas hegemónicas y afirmar su presencia en el espacio social. No se trata solo de recordar, sino de participar en un proceso de construcción y transmisión de significados, que define la identidad y la cultura de una comunidad.

Elizabeth Jelin (2002), en su libro *Los trabajos de la memoria*, sostiene que la memoria colectiva está vinculada a la construcción de una identidad social compartida. Según la autora, “los procesos de memoria no solo implican la recuperación de hechos pasados, sino también la elaboración de significados y la construcción de narrativas que reflejan la experiencia común de un grupo” (Jelin, 2002, p. 45). En este sentido, la memoria no es un simple depósito de recuerdos, sino una herramienta de transformación

social que permite comprender el pasado desde el presente y proyectar nuevas identidades hacia el futuro.

A partir de esta perspectiva, la memoria colectiva es una herramienta vital para la construcción de identidad y la cohesión social. Es a través de la narrativa y el recuerdo compartido que las comunidades preservan y transmiten sus historias, resignificándolas en función de sus luchas y procesos de resistencia. Como plantea Jelin, “la memoria es una práctica social situada, mediada por relaciones de poder y en constante disputa” (2002, p. 67). Esta afirmación permite comprender que la memoria no es neutral, sino que está atravesada por conflictos, tensiones y disputas sobre

qué recordar y que olvidar.

Desde esta mirada, la memoria colectiva funciona como un río que fluye a través de generaciones, transportando consigo historias, rituales, tradiciones y símbolos que conforman el tejido de una identidad cultural compartida. No se trata de un legado estático o individual, sino de un proceso en constante construcción que se vive y respira en la vida cotidiana de las comunidades. Así, la memoria no solo rescata el pasado, sino que también influye en la manera en que los grupos sociales se organizan, resisten y proyectan su futuro.

En este contexto, es esencial que las prácticas artísticas se conecten con las memorias colectivas, pues estas constituyen una vía para la construcción y el fortalecimiento de la identidad. La creación de obras artísticas inspiradas en las memorias comunitarias no solo contribuye a la visibilización de las experiencias históricas, sino que también permite a los sujetos apropiarse de su narrativa, desafiando las versiones oficiales de la historia. En este sentido, la memoria y el arte convergen como espacios de lucha, reivindicación y transformación social.

La relacion entre la memoria y las practicas artísticas está en que las practicas es el lenguaje de la memoria, al intentar evocar la memoria se puede realizar desde un objeto, desde una canción, desde un libro, en fin se pude lograr de muchas maneras, el arte o en nuestro caso las practicas artísticas permite llegar a los recuerdo más profundos, el arte se convierte en un catalizador, dónde las emociones toman en control, logrando que reflejen las emociones, los recuerdos y aquello que, muchas veces se calla, es ahí donde las practicas artísticas son el pilar de la evocación ya que las materialidades orgánicas y no orgánicas juegan un significado tanto para el creador de la obra como para el observador, todo en las creaciones tienen un significado y por lo tanto en lenguaje.

Visualidades estigmatizantes y resistencias desde el arte y la memoria.

En el contexto del conflicto armado, la economía cocalera y la vida campesina en regiones como el Caquetá, los medios de comunicación han cumplido un rol central en la producción de visualidades que, lejos de representar con justicia las realidades rurales, contribuyen a la estigmatización y criminalización de los territorios y sus habitantes. Las imágenes dominantes que circulan en los medios hegemónicos tienden a mostrar al campesinado cocalero como un enemigo interno, un eslabón más en la cadena del narcotráfico, desdibujando las condiciones estructurales que han llevado a estas comunidades a cultivar coca como una alternativa de subsistencia frente al abandono estatal.

Este tipo de visualidades como aquellas que acompañan los titulares de operaciones de erradicación, o campañas como “La mata que mata” no solo distorsionan la complejidad del problema, sino que también legitiman la violencia institucional sobre los cuerpos y territorios campesinos. La representación repetida y simplificada de la hoja de coca como símbolo del mal termina por justificar políticas de persecución, erradicación forzada y

militarización, afectando directamente la vida cotidiana y la seguridad de las comunidades.

Desde una perspectiva más amplia, como sugiere Segato, en el libro *la guerra contra las mujeres* (2016) estas visualidades responden a una lógica global que articula formas de control y dominación territorial con narrativas mediáticas que refuerzan la colonialidad del poder y del saber. Es en esta dimensión macro donde se entrecruzan las políticas internacionales antidrogas con las lógicas locales de estigmatización y desplazamiento, revelando cómo los discursos visuales pueden operar como dispositivos de violencia simbólica.

Sin embargo, frente a estas representaciones hegemónicas, también emergen imágenes otras, imágenes de lucha, dignidad y reivindicación que surgen desde los propios territorios. A través del arte comunitario, la fotografía popular, el muralismo o las prácticas narrativas de la memoria, las comunidades campesinas comienzan a disputar el lugar de la representación. Somos conscientes de que estas imágenes contrahegemónicas emergen precisamente porque existe una historia larga de silenciamiento y estigmatización; porque los pueblos, cuando aparecen en las pantallas, lo hacen bajo narrativas que los ponen en riesgo. Por ello, el arte y la memoria no solo actúan como formas de resistencia simbólica, sino también como ejercicios de reapropiación del relato y del territorio

Capítulo II: Raíces de lucha, el trabajo femenino entre la tierra y la hoja.

En el contexto contemporáneo, el papel de las mujeres rurales y campesinas como agentes políticas activas se vuelve cada vez más relevante. Este análisis se centra en su conexión intrínseca con la tierra y su trabajo en el campo, así como su participación vital

en la organización social y comunitaria. Se establece una distinción entre "mujer rural" y "mujer campesina", subrayando la carga del trabajo doméstico y de cuidados, que a menudo permanece invisibilizada y no remunerada, en línea con las ideas de Silvia Federici (2020) sobre EL papel crucial del cuidado en la reproducción social, también resalta la importancia de los feminismos decoloniales y comunitarios en la lucha de mujeres indígenas, campesinas y afrodescendientes, quienes desafían las opresiones del patriarcado y el colonialismo.

Descolonizando la lucha: Feminismos.

En un mundo marcado por las estructuras de opresión, donde las voces de mujeres indígenas, campesinas y afrodescendientes han sido silenciadas a lo largo de la historia, han surgido los feminismos decoloniales, populares y comunitarios. Estos feminismos no solo se erigen como críticas al patriarcado, sino que también constituyen un llamado a desafiar las dinámicas de poder impuestas por la colinealidad y el capitalismo. En su libro *Feminismos decoloniales y transformación social*, Curiel (2021) profundiza en cómo estos enfoques pueden catalizar una transformación social efectiva.

La autora sostiene que es esencial reconocer la diversidad de voces y saberes, colocando la memoria histórica y la resistencia en el corazón de la lucha por un cambio verdadero y profundo.

En esta misma sintonía, Espinosa Miñoso (2022), en su obra *De por qué es necesario un feminismo descolonial*, argumenta que los feminismos tradicionales a menudo han ignorado las realidades complejas de las mujeres en contextos coloniales y postcoloniales. Para la autora, el feminismo descolonial debe abordar las intersecciones de raza, clase y género, reconociendo cómo el colonialismo ha moldeado identidades y

desigualdades. Su voz resuena con la necesidad urgente de centrar las experiencias de aquellas que han sido históricamente marginalizadas en la lucha por sus derechos y autonomía.

Dentro de este marco de lucha, el feminismo comunitario se presenta como un pilar fundamental, especialmente en la obra de Paredes (2012), *Hilando nuestro feminismo comunitario*. En este texto, la autora nos invita a reflexionar sobre la construcción del feminismo comunitario como una alternativa crítica a los feminismos hegemónicos. La autora reconoce que las luchas de las mujeres no pueden separarse de las luchas de sus comunidades; su enfoque es colectivo, donde las prácticas y saberes ancestrales son el núcleo. El feminismo comunitario articula luchas históricas por la tierra, la autodeterminación y la justicia social. Desde esta perspectiva, el feminismo no solo debe desafiar el patriarcado, sino también resistir las formas de dominación que perpetúan la exclusión y explotación del racismo.

A su vez, Federici (2020), en *Reencantar el mundo*, señala que la explotación de las mujeres y la explotación de la naturaleza son procesos paralelos y mutuamente reforzantes en el contexto del capitalismo. Ambos han sido considerados recursos disponibles para el crecimiento económico, lo que ha llevado a la degradación tanto de la vida femenina como del medio ambiente. Según Federici, el trabajo de reproducción, que incluye el cuidado del hogar y la crianza de los hijos, es vital para la sostenibilidad de la vida; sin embargo, ha sido desvalorizado en la economía capitalista. La autora critica esta lógica y aboga por una economía que priorice las necesidades humanas y el respeto por la naturaleza, en lugar de la acumulación desmedida.

En su visión, la economía debe estar dirigida hacia el bienestar colectivo, donde las

mujeres desempeñen un papel central en la creación de un futuro más equitativo. Esta perspectiva se alinea con el feminismo ecológico, que busca conectar las luchas por la igualdad de género con la justicia ambiental, enfatizando la necesidad de un enfoque holístico que valore la vida en todas sus formas.

A su vez, Silvia Rivera Cusicanqui (2018) sostiene que la dualidad entre la cultura indígena y la occidental no implica una separación absoluta, sino que se manifiesta en una interacción constante. Las comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas han absorbido y reinterpretado elementos de la cultura occidental, creando un diálogo dinámico. Este fenómeno se vuelve especialmente relevante al mirar la vida de las mujeres cocaleras, quienes navegan entre el mundo de la coca y las prácticas campesinas. Estas mujeres no solo están profundamente conectadas con la producción de coca, sino que su vida se entrelaza con la tierra y las tradiciones colectivas que han forjado su historia.

El desafío de estas mujeres es notable. En el caso de esta investigación, las mujeres enfrentan la estigmatización y la discriminación que asocian su trabajo con el narcotráfico y la violencia, un estigma que las arrastra a la invisibilidad. Sin embargo, sus prácticas y tradiciones con la tierra resisten. Su conexión con la tierra, la participación en prácticas agrícolas y los lazos comunitarios les otorgan un sentido de pertenencia y cultura que desafía las narrativas hegemónicas.

La experiencia de las mujeres que trabajan la hoja de la coca refleja una compleja dualidad. Por un lado, deben enfrentar las difíciles condiciones del mundo de la producción de coca: la precariedad laboral, la criminalización y la violencia. Por otro, viven las dinámicas de su realidad campesina, que se caracteriza por la interdependencia con la naturaleza, la

solidaridad y la defensa de sus derechos territoriales.

En este contexto, las mujeres que trabajan la hoja de la coca se encuentran en una posición única para desafiar y resistir. Su experiencia dual les permite revalorizar su labor en la producción de coca, reivindicando su derecho a ser vistas no solo como productoras de esta hoja que para unos es medicinal y para otros implica narcotráfico y violencia sino como mujeres que coexiste en un mundo donde la tierra y la coca forman parte de su vida cotidiana. A medida que se enfrentan a las contradicciones y dilemas éticos que surgen de su situación, las mujeres cocaleras encuentran en su dualidad una fuente de fortaleza.

La participación de estas mujeres en movimientos sociales y organizaciones se convierte en un acto de resistencia. En estos espacios, pueden compartir sus historias, articular demandas y buscar alternativas de desarrollo sostenible. A través de esta colaboración, logran conectar su lucha por la dignidad con la búsqueda de un futuro más equitativo.

Así, la vida de las mujeres campesinas trasciende la simple etiqueta de cocaleras. Su identidad se entrelaza con su condición de campesinas, y estas dos dimensiones se complementan de manera profunda. En la producción de coca, encuentran una actividad económica y de subsistencia que ha estado arraigada en sus comunidades durante décadas. Esta planta, cultivada ancestralmente, es parte de un legado agrícola que va más allá del estigma.

Además, su identidad campesina está intrínsecamente ligada a su relación con la tierra y la naturaleza. Las mujeres trabajadoras de la hoja de la coca no solo cultivan coca, sino que también se dedican a la siembra de otros alimentos y productos agrícolas, adaptándose a las condiciones climáticas y utilizando prácticas que promueven la

sustentabilidad. Este compromiso con la tierra revela un conocimiento profundo sobre el ciclo de vida, la agricultura y la comunidad.

El estilo de vida de estas mujeres refleja una cosmovisión que valora la reciprocidad y el respeto por la naturaleza. Sus prácticas y valores, transmitidos de generación en generación, nutren sus prácticas culturales y fortalecen los lazos comunitarios. Reconocer la identidad campesina de las mujeres cocaleras es esencial para comprender su realidad en toda su complejidad.

Limitar su mundo únicamente a la coca sería un acto de reduccionismo que perpetuaría estereotipos y prejuicios. Al reconocer sus prácticas campesinas, se les otorga el reconocimiento que merecen como productoras de alimentos, guardianas del conocimiento tradicional y protagonistas en la construcción de sociedades rurales más justas y equitativas.

Así, en esta narrativa de resistencia y empoderamiento, las mujeres cocaleras emergen como figuras clave en la intersección de dos mundos, demostrando que la diversidad de identidades no solo es un desafío, sino una fuente inagotable de fuerza en la lucha por un futuro mejor.

J: -mi mamá tenía que madrugar a hacer la comida, porque se le cocinaba a los trabajadores que eran 10, 15 o 20 trabajadores... Y me tenía que madrugar a hacer el desayuno y yo me iba con mi mamá a ayudarle a llevar ...a llevar la comida porque es mi mamá...iba con un poco de deportas para la sopa, 20 para el seco más unas botellas de gaseosa grandes con el chocolate, la limonada bueno, lo que fuera la sobremesa...Y mi mama iba y dejaba eso y nos devolvíamos otra vez, porque mi mama tenía que ponerse a hacer el almuerzo y ponerse a lavar todas esas portas porque en esas misma vasijas tocaba empacarles otra vez. A las 11 estar saliendo otra vez con el almuerzo.

DM: - ¿y era muy lejos de la casa?

J:- siempre, una hora más o menos

DM:- ¿Y cuántos años tenía sumerce?

J:- Como unos 8 o 9 años. Cuando empezamos en esa finca.

J:-Y ya.... pues ya vuelve otra vez y ya empezar a hacer la cena, organizar, ya las labores de la casa, arreglar la casa, a lavar, a doblar ropa porque en la mañana no le quedaba tiempo de nada, solamente era los oficios de la comida de los trabajadores y hacer la cena para allá recibir los trabajadores allá en la noche ya en la casa para ver la comida.

Entrevista J: 24/04/2024

Este fragmento nos permite entender que las mujeres campesinas llevan sobre sus hombros una carga doble, e incluso triple, una labor constante que rara vez es reconocida y mucho menos remunerada. Silvia Federici lo plantea con claridad: su trabajo, esencial para la reproducción social, permanece invisibilizado en un mundo que no valora sus esfuerzos. Pero ellas no solo son madres, hijas, esposas y trabajadoras; son también guardianas de la tierra, tejedoras de la vida cotidiana y protectoras del entorno que las sustenta.

Su existencia transcurre en un vaivén incesante, donde el hogar y el campo no son espacios separados, sino realidades entrelazadas que configuran su día a día. Desde la madrugada, con el primer canto del gallo, inician sus jornadas entre el fogón y la cosecha, entre el cuidado de los hijos y la siembra que asegura el alimento. Para ellas, la naturaleza no es un simple recurso, sino una aliada indispensable, una fuente de vida que alimenta y cobija.

Así, en medio de su ardua labor, también protegen la tierra, el agua y los cultivos,

conscientes de que el equilibrio de la naturaleza es clave para su supervivencia. Son mujeres en constante movimiento, pero también en constante resistencia, desafiando con cada amanecer un sistema que las margina y, al mismo tiempo, reafirmando su papel esencial en la conservación de la vida y el territorio.

Sombra y luz: un viaje por mundos duales.

Silvia Rivera Cusicanqui (2016) plantea la noción de la coexistencia de dos mundos en uno solo. Esta idea se refiere a la dualidad de realidades que existen en América Latina, donde se entrelazan la realidad occidental hegemónica impuesta por el colonialismo y la realidad indígena y campesina que persiste y resiste. Cusicanqui argumenta que, en América Latina, la colonización y el colonialismo han generado una división entre dos mundos: uno dominante, representado por las estructuras de poder y la cultura occidental, y otro subalterno, conformado por las cosmovisiones y prácticas de los pueblos indígenas y campesinos. Estos dos mundos coexisten en un mismo espacio geográfico y social, pero son tratados de manera desigual y jerárquica.

La autora nos invita a reflexionar sobre la coexistencia de dos mundos que, lejos de estar completamente separados, se entrelazan en un diálogo constante. En este intercambio fluido, los elementos de la cultura occidental han impregnado la cotidianidad de las comunidades indígenas y campesinas. Sin embargo, estas comunidades no se limitan a ser receptores pasivos de influencias externas, sino que activamente resisten y reinterpretan esos elementos a través de sus propias tradiciones, saberes y prácticas. Es una interacción dinámica, una reescritura constante de su realidad.

“Esta temporalidad qhipnayra, y por otro lado el espacio taypi del mundo ch’ixi contencioso, donde los contrarios se energizan mutuamente, supone una radicalización

de los elementos heterogéneos, para que puedan entretenerse con más fuerza y nitidez y eclosionar con su fricción en el tiempo vivido del presente. Los sintagmas de la antigüedad, como la wak'a o faja tejida que inscribe lo sagrado en nuestros cuerpos, nos brindan un conjunto abigarrado y armonioso de colores e ideas para entreverar el pasado con el presente en forma activa, a través del presente en forma activa, a través de nuestras luchas por la memoria y nuestras prácticas micropolíticas de descolonización. Es colonización" (Rivera, pág. 110,2016).

Esta idea cobra particular relevancia cuando se piensa en las mujeres cocaleras, quienes viven en la encrucijada de dos universos: el de la coca y el del campesinado. Ellas no solo participan activamente en la producción de la planta de coca, sino que también están profundamente arraigadas en sus prácticas campesinas. Su vida transcurre en un espacio intermedio, donde el mundo de la coca –con todas sus implicaciones sociales, económicas y políticas– se entrelaza con el mundo campesino, rico en valores, tradiciones y una profunda conexión con la tierra.

La dualidad que experimentan les ofrece un campo fértil para la resistencia, pero también para el empoderamiento. Estas mujeres se encuentran navegando entre múltiples identidades, asumiendo roles que, si bien pueden generar tensiones, también les brindan la posibilidad de reivindicar su lugar en ambos mundos. Por un lado, enfrentan la estigmatización y discriminación derivadas de su participación en la producción de coca, una actividad que a menudo se asocia de manera injusta con el narcotráfico y la violencia. Esta carga negativa no solo invisibiliza su papel en la sociedad, sino que también niega su identidad como campesinas. A pesar de ello, mantienen con firmeza su identidad campesina. Su conexión con la tierra, su participación en las prácticas agrícolas y su rol

en la vida comunitaria les proporcionan una profunda ancla cultural, un lazo indisoluble con su historia y su entorno. Así, el reto de habitar dos mundos no las debilita, sino que las fortalece.

La vida de las mujeres cocaleras es un constante equilibrio entre la producción de coca, con sus desafíos inherentes –como la criminalización, la violencia y las condiciones laborales precarias– y su arraigo en el mundo campesino, donde dependen de la naturaleza, los vínculos comunitarios y la lucha por sus derechos territoriales. Esta negociación constante de identidades les permite desafiar el sistema dominante, resistir las imposiciones externas y revalorizar su labor en la producción de coca como parte de su herencia cultural.

J:-Si no fuera por la gente del campo la ciudad no come, porque todo lo que se produce es en campo.... A pesar de eso la gente de afuera menos precia... Sabiendo que la gente del campo se está envejeciendo porque la juventud no quiere estar en el campo, ¿qué vamos a comer de aquí a unos 20 – 30 años?

Taller 2, Diario de campo 2024

Este fragmento evidencia la constante lucha y resistencia que las mujeres llevan en el campo, además de la importancia de la producción del trabajo campesino que en muchos casos es marginalizado por trabajar la tierra.

La participación en una actividad que genera tantas controversias plantea preguntas difíciles para estas mujeres, pero también les otorga la posibilidad de reimaginar su rol y su aporte a la sociedad. La dualidad que las atraviesa no es una debilidad, sino una fuente de fuerza y resiliencia. Las mujeres cocaleras han encontrado en esta encrucijada una poderosa fuente de resistencia y empoderamiento. Estas mujeres, que se mueven entre el mundo de la coca y el campesinado, han sabido aprovechar los espacios que les

ofrecen los movimientos sociales y las organizaciones. En estos espacios, donde confluyen las luchas campesinas y feministas, se abre paso a la reflexión y al diálogo profundo sobre sus realidades.

En estos encuentros llenos de intercambio, las mujeres cocaleras pueden articular sus demandas, reivindicar sus derechos y construir alternativas que fomenten un desarrollo más equitativo y sostenible. Estos lugares se convierten en escenarios donde sus voces se amplifican, donde sus luchas se enlazan con las de otras mujeres.

La vida de las mujeres cocaleras no se limita solo al cultivo de coca; también participan activamente en la producción de otros alimentos, esenciales para la subsistencia familiar y el consumo local. Desde la siembra hasta la cosecha, estas mujeres dominan un amplio espectro de técnicas agrícolas que respetan el equilibrio natural y promueven la sustentabilidad. Utilizan prácticas agroecológicas que cuidan los recursos naturales y buscan armonizar con el entorno.

Este saber no es solo técnico, sino también cultural; es parte de su legado y de la riqueza de su identidad campesina.

VG:-¿Hay mujeres dentro, envueltas en la coca? ¿Más o menos que hombres?

D.- Menos, pero hay mujeres que raspan, también son químicas, trabajan dentro del proceso. Aquí en el Caquetá hay mujeres más berracas que los hombres.

VG:- Usted cree que valoran todo el trabajo que hacen las mujeres?

D.- Hay hombres que no, que dicen que el trabajo de las mujeres es fácil, pero vaya y hágalo a ver.

VG-¿Usted cree que la vida de la mujer en el campo es más dura?

D:-Si, en la ciudad es más como, si quiere arepa, usted va y la compra; en el campo si

usted quiere arepa tiene que hacerlas, moler maíz, hacer las arepas asarla. Si se va a comer una mazamorra no es vaya compre mil pesos de mazamorra, no, es hágala.

Entrevista D, 16/05/2024

Su vínculo con la tierra se refleja en todos los aspectos de su vida cotidiana. Viven en armonía con la naturaleza, compartiendo una cosmovisión basada en la reciprocidad y el respeto mutuo. Su comunidad se nutre de estos valores, de la solidaridad entre familias y del trabajo compartido. Así, su vida no se entiende individualmente, sino como parte de un entramado comunitario en el que cada miembro tiene un rol fundamental.

Reconocer su identidad campesina es clave para entender la complejidad de su realidad. Reducirlas únicamente al mundo de la coca sería no solo simplista, sino injusto. Perpetuaría estereotipos que invisibilizan sus múltiples contribuciones. Estas mujeres no son solo productoras de coca; son guardianas de conocimientos ancestrales, productoras de alimentos y actrices fundamentales en la construcción de sociedades rurales más justas. A través de su labor, desafían las narrativas dominantes y reafirman su valor, tanto en sus comunidades como en la sociedad en general.

Fuerza y tierra: feminismos en el campo.

El feminismo campesino brota desde lo más profundo de las mujeres mismas, como una fuerza que emerge de sus propias vivencias y necesidades. No responde a teorías preestablecidas, sino que se teje con sus manos en lo cotidiano, de manera empírica y práctica. A través de su movilización y la acción-reflexión, construyen un feminismo arraigado en la tierra, en sus cuerpos y en la colectividad que las sostiene (Paredes, 2012). Se trata de un feminismo que se nutre de la solidaridad entre ellas, donde las experiencias compartidas se convierten en actos de resistencia.

El trabajo en el campo y las reuniones comunitarias son expresiones de poder que les permiten afirmarse como soberanas de su pensamiento, sus cuerpos y sus decisiones. A través de estas prácticas, han logrado resignificar sus labores, otorgándole un nuevo valor a su trabajo político y demostrando al mundo la importancia de las mujeres campesinas como sujetas políticas activas y conscientes (Curiel, 2021).

Para comprender las diferencias y conexiones entre lo rural y lo campesino, es útil partir del análisis de Miguel y Villarreal (2019) en Programa *Formativo Transversal para Institucionalidad sobre Mujer Rural*. Desde esta perspectiva, lo que define la identidad de las mujeres rurales es su vinculación a una actividad productiva en un territorio rural. El concepto de "rural" hace referencia a un espacio amplio que no solo produce recursos naturales y materias primas, sino que también alberga formas específicas de organización social y cultural (Deere & León, 2003). En este contexto, lo rural incluye una diversidad de actividades económicas que van más allá de lo agrario, como la minería, la pesca, la artesanía o el turismo ecológico.

Lo rural, entonces, no se limita únicamente a la producción agropecuaria, sino que abarca un conjunto de actividades que conectan a las personas con el entorno natural y productivo de maneras diversas. Esta amplitud convierte a la categoría de "mujer rural" en un concepto inclusivo, que engloba a mujeres dedicadas a actividades fuera del campo agrícola, como la transformación de materiales o el comercio de productos (Deere, 2005).

Por otro lado, la "mujer campesina" es una categoría más específica dentro de lo rural. Su vida está profundamente conectada con la tierra, centrando su existencia en la producción de alimentos y en la economía campesina, que se organiza en torno al trabajo familiar y el autoabastecimiento (Federici, 2020). En este sentido, la mujer campesina

mantiene una relación simbiótica con la tierra y el territorio, basada en la subsistencia y en la transmisión de prácticas agrícolas que han sido fundamentales para la supervivencia de su comunidad. Su rol está marcado por una racionalidad económica enfocada en la reproducción de los recursos a pequeña escala, aunque también participa en los mercados locales con los excedentes de su producción (Quijano, 2000).

Las reflexiones y construcciones que emergen desde la vivencia de ser campesinas forman parte integral de la manera en que se reconocen como sujetas políticas y guardianas de la tierra. Ellas mismas se definen en términos que reflejan la profundidad de su conciencia y el valor de sus acciones.

Se reconocen como políticas, pues son plenamente conscientes de lo que ocurre en su entorno y territorio, no solo en su comunidad inmediata, sino también en el contexto global de las mujeres campesinas. Comprenden los desafíos que enfrentan a nivel mundial, nacional y regional, y entienden la importancia de su papel en la lucha y en los movimientos sociales. Para ellas, la política no es algo ajeno, sino una parte inseparable de su vida diaria y su búsqueda de justicia y equidad (Jelin, 2002).

Y este fue lo que se logra evidenciar en el fragmento de una de nuestras entrevistas, ellas son conocedoras de cada una de las problemáticas del campo.

VG:- ¿Usted por ser mujer le ha tocado vivir más duro de vivir en el campo?

R:- No, para mí no, para algunas sí, pero para mí no, No porque que guadaño, yo ordeño, bueno los oficios del campo yo los hago.

VG:- ¿Usted se siente identifica con la imagen que hay a fuera de los campesinos, o siente que no conocen la realidad de los campesinos?

R:- No, no la conocen, por ejemplo, hoy es jueves y los jueves hablan por el senado más bonito dice mi esposo “hablan de lo más bonito, pero realmente no se mira” que para el campo hay no sé qué tantos millones que no sé qué más , bueno..... Pero no sé nada. Esa no es la realidad.

Entrevista R: 25/04/2024

“Ellas, ustedes, nosotras, estamos aquí no porque ocupemos lugares “exclusivos” de opresión o privilegio; estamos aquí porque estamos comprometidas en combatir aquello que produce estos lugares diferenciados en los que nos encontramos; estamos aquí quienes estamos porque estamos dispuestas/os a perder, en muchos casos, los lugares de privilegio que sostienen nuestra propia enunciación” (Espinosa Miñoso, 2022). Se identifican como solidarias, ya que han construido un tejido comunitario profundamente alineado con sus principios. Su apuesta ha sido por el trabajo colectivo, el apoyo mutuo y la compañía sincera. Han aprendido que solo a través de la solidaridad pueden seguir avanzando, enfrentando juntas los retos que les impone la vida en el campo y las dinámicas sociales que buscan marginarlas (Espinosa Miñoso, 2022)

Se definen como dinámicas, porque no solo reflexionan sobre la necesidad del cambio, sino que llevan sus propuestas a la acción. Suman voces, pensamientos y palabras que resignifican todo lo que hacen en su día a día. Cada tarea cotidiana se convierte en un acto de resistencia y transformación, dotando de un nuevo sentido a las labores que desempeñan (Rivera Cusicanqui, 2018).

Finalmente, se reconocen como trabajadoras, pues sus jornadas abarcan tanto el trabajo en el campo como el doméstico, viéndose sujetas no solo a su labor con la tierra, sino también a los deberes del hogar, el cuidado y las responsabilidades organizativas.

Todas estas actividades responden a lo que han decidido construir colectivamente como mujeres organizadas. Han apostado por un trabajo compartido con sus compañeros, buscando no solo igualdad en el campo de lo productivo, sino también en la vida diaria y en la organización social, manteniendo firme el objetivo de que ese esfuerzo sea equitativo y justo (Federici, 2017).

Manos que cuidan

Las mujeres campesinas cocaleras no solo hunden sus manos en la tierra fértil, sino que también llevan sobre sus hombros el peso invisible del hogar. Al amanecer, cuando la neblina aún cubre los cultivos, ya están trabajando en los campos, sembrando, cosechando y cuidando de la coca, una planta que representa su sustento, pero que también las sitúa en el centro de complejas tensiones sociales y políticas (Curiel, 2021). Sin embargo, su jornada no termina ahí.

Cuando regresan a casa, las espera otra serie de responsabilidades: el trabajo doméstico. Cocinar, limpiar, cuidar de los hijos, atender a los ancianos y mantener el fuego de la cocina encendido. Es en ese espacio privado donde la labor no remunerada se convierte en una carga oculta, una extensión de su fuerza de trabajo que pocas veces se reconoce o valora (Federici, 2013). El trabajo del cuidado del hogar, con todas sus exigencias emocionales y físicas, se suma a su faena diaria, multiplicando las horas de esfuerzo y visibilizando la intersección entre el trabajo productivo y reproductivo que caracteriza la vida de las mujeres campesinas.

“Pues muchachas, nosotras somos las primeras en levantarnos, hacemos el tinto, despachamos a los hijos y luego a trabajar, pero también somos las últimas en acostarnos, porque tenemos que dejar todo impecable y listo para el otro día” (J, entrevista, 2024).

Este testimonio reafirma lo planteado por Federici (2013) en *Revolución en punto cero*, donde profundiza sobre el concepto de trabajo de cuidados como un aspecto clave del trabajo doméstico y la reproducción social. Para la autora, el cuidado es más que la ejecución de tareas materiales y físicas; implica el mantenimiento emocional y afectivo necesario para la vida, incluyendo el cuidado de niños, ancianos y enfermos, así como el bienestar emocional de los adultos, que a menudo recae sobre las mujeres (Federici, 2013). Federici critica cómo el trabajo del cuidado ha sido históricamente invisibilizado, desvalorizado y asignado principalmente a las mujeres en el ámbito privado, reforzando la estructura patriarcal y capitalista (Federici, 2020). La autora argumenta que el trabajo de cuidados es indispensable para la reproducción de la fuerza laboral, ya que asegura que los trabajadores estén física y emocionalmente aptos para participar en el mercado laboral. Sin embargo, este trabajo no es reconocido ni remunerado, lo que perpetúa la desigualdad de género y la explotación de las mujeres (Deere & León, 2003).

Federici (2013) también destaca cómo el cuidado es una fuente de poder y resistencia. A través de la solidaridad, el apoyo mutuo y las redes de cuidado, las mujeres pueden desafiar las dinámicas de explotación que intentan imponerles. El trabajo de cuidados, aunque ha sido utilizado para oprimir a las mujeres, también tiene un potencial transformador, ya que implica la creación de relaciones humanas basadas en la cooperación, el afecto y el bienestar colectivo, en lugar de la competencia y la ganancia individual (Espinosa Miñoso, 2022).

Desde esta perspectiva, el cuidado es una actividad central para el sostenimiento de la vida y el bienestar, pero también un terreno de explotación bajo el capitalismo. Para Federici (2017), el reconocimiento, la redistribución y la transformación del trabajo de

cuidados son esenciales para lograr una verdadera justicia social y de género.

Las mujeres rurales y campesinas emergen como agentes políticas, reconociendo que su lucha por justicia y equidad es parte integral de su vida cotidiana (Paredes, 2012). En el universo de las mujeres cocaleras, se despliega un entramado complejo donde coexisten la producción de coca y su identidad campesina. Esta dualidad no solo les proporciona una fortaleza única, sino que también les permite resistir y reinterpretar las múltiples influencias externas que amenazan su forma de vida (Rivera Cusicanqui, 2018).

La vida de estas mujeres es un constante acto de resistencia. En cada jornada, la solidaridad y el trabajo colectivo se convierten en pilares fundamentales para enfrentar los desafíos del campo. Cada tarea, desde la siembra hasta la cosecha, se transforma en un símbolo de transformación y empoderamiento, donde cada gesto cotidiano resuena con la lucha por sus derechos (Curiel, 2021).

El delicado equilibrio que mantienen entre la producción de coca y su arraigo en la tierra campesina les otorga una posibilidad de resistir. En su búsqueda de derechos territoriales, no solo defienden su acceso a la tierra, sino que también reivindican su lugar en la historia. Las voces de estas mujeres, a menudo silenciadas, encuentran eco en los feminismos decoloniales, populares y comunitarios, que desafían las estructuras de poder impuestas por el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo (Jelin, 2002). Sin embargo, la carga del trabajo doméstico y de cuidados, frecuentemente invisibilizada, multiplica sus responsabilidades. A pesar de ello, las mujeres cocaleras han transformado este desafío en una fuente de poder y resistencia, donde el trabajo de cuidados se convierte en un acto de lucha y afirmación de su papel en la sociedad.

Rita Laura Segato en su libro *las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*, (2014). Plantea que en las guerras contemporáneas la violencia contra las mujeres ya no es un efecto secundario, sino una estrategia central de control social y territorial. En estos contextos, el cuerpo femenino deja de ser una víctima colateral para convertirse en el “principal bastidor de la guerra”, en el soporte sobre el cual se firma simbólicamente la dominación.

Las mujeres campesinas del municipio de Puerto Rico, Caquetá desde sus testimonios, memorias, muestran cómo la ocupación territorial también se ha ejercido sobre sus cuerpos, mediante el miedo, la amenaza, la exclusión, y, sobre todo, la carga invisible del trabajo y el silencio. Segato,(2014) conceptualiza esta relación a través de lo que denomina la pedagogía de la crueldad donde predomina una lógica mediante la cual los cuerpos de las mujeres se transforman en superficies de inscripción del poder armado. La violencia sexual, la represión de la autonomía, la vigilancia de los comportamientos, son mecanismos que buscan enviar mensajes claros a la comunidad quién manda, quién obedece, quién tiene derecho al territorio y quién debe callar.

Las mujeres campesinas de Puerto Rico lo han vivido de múltiples maneras desde cómo han sido desplazadas por el conflicto, señaladas por su trabajo en la economía de la coca, invisibilizadas en los procesos de toma de decisiones, en cómo sus familias y ellas mismas se ven sometidas a la violencia que durante años ha afectado y violentado sus vidas, su territorio y, sin embargo, continúan siendo las que sostienen la vida de sus territorios. Sus voces, cuando emergen, lo hacen desde el dolor, pero también desde la dignidad. En los testimonios y talleres, es frecuente que se relacione el territorio con el cuerpo: el dolor por la pérdida de la tierra se parece al

despojo del cuerpo, la siembra como extensión del cuidado, la coca como marca de necesidad, pero también como estigma impuesta.

En este sentido, las memorias de estas mujeres constituyen una fuerza y lucha había lo que se les ha impuesto. Así como Segato afirma que la violencia sobre el cuerpo femenino busca interrumpir la capacidad de la comunidad para organizarse, las prácticas y luchas de ellas se ha sobre puesto frente al estigma y la violencia estructural, buscando una salida de ese espacio de violencia en el que se han visto reducida. En sus voces, se advierte que el cuerpo femenino no solo ha sido lugar de sufrimiento, sino también de resistencia, allí donde la guerra quiso inscribir el miedo, ellas están grabando la memoria.

Capítulo III: Territorio, siguiendo los pasos

Este capítulo está centrado en el departamento del Caquetá, con un enfoque del municipio de Puerto Rico que es el eje focalizador de esta investigación. Este apartado tiene dos documentos centrales que nos ayudaron a entender el contexto del territorio, el primer documento *Jóvenes, coca y amapola: Un estudio sobre las transformaciones socio-culturales en zonas de cultivos ilícitos* de Juan Guillermo Ferro, Graciela Uribe, Flor Edilma Osorio, Olga Lucía Castillo IER - Facultad de Estudios Ambientales y Rurales - Universidad Javeriana, y el segundo documento fue una reseña histórica del municipio Puerto Rico, Caquetá realizada por José Domingo Molano Penagos, gestor y creador cultural del municipio de Puerto Rico (información tomada de distintos escritos y de conversaciones informales con algunas personas del municipio en el trabajo de campo de la investigación).

Contextualización sociodemográfica del Caquetá.

Caquetá, rica en biodiversidad, sirve como puerta de entrada a la Amazonía y abarca 88.965 km², lo que representa el 7,8 % de la superficie total de Colombia y alberga al 48 % de la población amazónica.

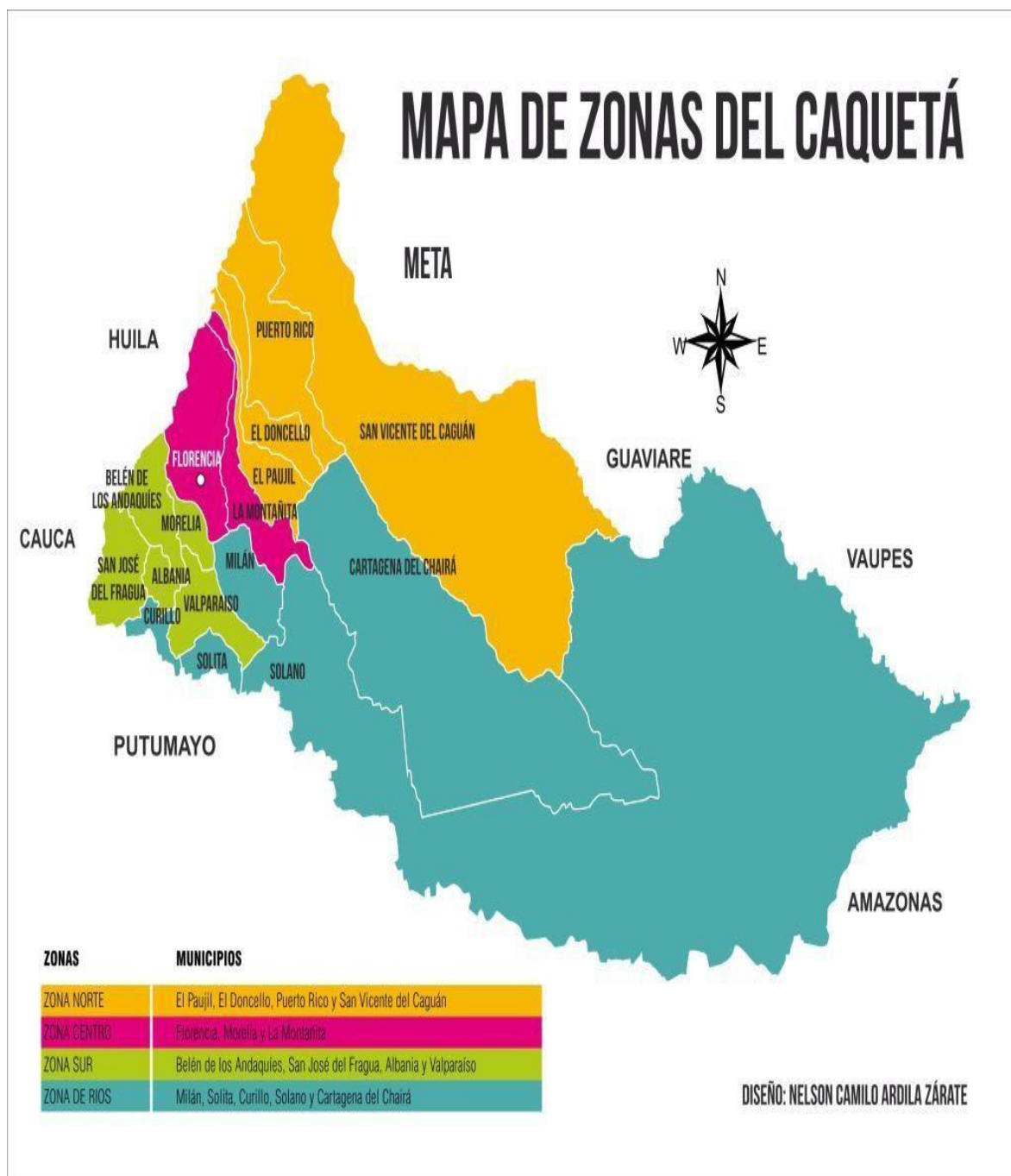


IMAGEN 5: : MAPA DEL DEPARTAMENTO DEL CAQUETÁ CON SUS LÍMITES, ARDILA, K, 2019, WIKIPEDIA

“Su paisaje se extiende desde las estribaciones de la cordillera oriental, en el límite con el Huila, hasta las inmensas llanuras del Yará y las vegas de los ríos Putumayo, Caquetá y Apaporis, que establecen los límites con Meta, Guaviare, Putumayo Vaupés, Cauca y Amazonas” (*MAMACOCA: Jóvenes, coca y amapola*).

Históricamente, Caquetá estuvo habitado por grupos indígenas como los andaquíes y coreguages, que posteriormente atrajeron colonos gracias a las industrias del caucho y la madera. Entre 1959 y 1975 se produjo una importante ola migratoria, impulsada por la violencia y la concentración de tierras en Colombia, lo que provocó una afluencia de agricultores sin tierra que buscaban refugio en zonas fronterizas.

El proceso de colonización se puede dividir en tres fases:

1. **Migración (1870-1975)** : Iniciada por aventureros y luego por agricultores que huían de la violencia.
2. **Consolidación (1960-1980)** : Marcada por el desarrollo de infraestructura y el establecimiento de nuevos centros poblados, culminando con la designación de Caquetá como departamento en 1981.
3. **Desestabilización (1980-1997)** : Caracterizada por el conflicto militar y el surgimiento del cultivo de coca, impactando significativamente la dinámica de la región.

Para Teófilo Vásquez, en su texto *El medio y bajo Caguán: coca, estructuración por el conflicto y orden insurgente* y su libro *Territorios, conflicto armado y política en el Caquetá: 1900-2010* (2015), el territorio del medio y bajo Caguán donde se inscribe Puerto Rico, Caquetá, es el resultado de una estructura profundamente marcada por el conflicto armado y la economía cocalera. Desde su perspectiva, este espacio no debe analizarse únicamente desde sus características naturales o agrícolas, sino como un “territorio

estructurado por la guerra”. Aquí, la colonización campesina se entrelazó con el abandono estatal, la expansión de la frontera agrícola y la consolidación de órdenes insurgentes.

Vásquez muestra que la migración campesina hacia el Caquetá responde al fracaso del proyecto agrario nacional. Campesinos expulsados de otras regiones llegaron a estos territorios buscando tierra, empujados por el desempleo, la concentración de la tierra y la ausencia de políticas agrarias inclusivas, además de que muchas de estas mujeres que llegaron al territorio en medio de procesos de migración forzada, proyectos estatales fallidos o huidas de zonas más conflictivas. Aun así, levantaron hogares, cultivaron la tierra y resistieron desde sus roles múltiples de madres, jornaleras, dirigentes comunitarias y cuidadoras.

En este proceso, la coca funcionó como una herramienta de subsistencia. Aunque inicialmente rechazada por las FARC, pronto fue incorporada a su estructura financiera, y pasó a ser eje de su expansión y control territorial, además de ser controlada completamente por ellos, creando un monopolio donde los campesinos están obligados a vender solo a ellos su producción de coca, dejándolos aún más desprotegidos y vulnerables frente a dicho grupo.

Es así como esta colonización produjo una forma de habitar el territorio donde se encontraba una tensión permanente la comunidad y los grupos armados. Vásquez subraya que, aunque las FARC lograron un control efectivo sobre amplios sectores del territorio, no eliminaron del todo la capacidad de las comunidades para negociar, organizarse y resistir.

En este marco, las mujeres campesinas cumplen un rol central. Aunque generalmente invisibilizadas, su trabajo agrícola, de cuidado y de resistencia ha sido clave para sostener la vida en condiciones de precariedad. Su experiencia dentro de la colonización cocalera es doblemente marcada: como fuerza productiva esencial y como blanco simbólico de la violencia estructural.

En general, la colonización del Caquetá ha sido moldeada por acontecimientos históricos, patrones migratorios y factores sociopolíticos, que han dado lugar a su panorama sociocultural actual. (*MAMACOCA: Jóvenes, coca y amapola*).

Cada extensión del departamento tiene una diferenciación especial de la colonización caqueteña, pero nos centraremos en la zona noroccidental del departamento especialmente en el municipio de Puerto Rico, Caquetá.

Crónicas de Puerto Rico, Caquetá

La Historia Oral es crucial para no perder las historias de las comunidades que han sido excluidas de los discursos oficiales del Estado. Uno de estos elementos constitutivos es Abya Yala (la palabra que las comunidades indígenas del continente americano utilizan para nombrar el continente), y aunque la memoria colectiva puede ser transmitida a través de registros escritos, va más allá de eso, como lo evidencia Molano Penagos (sf), quien recopiló su obra a partir de "varios escritos y conversaciones informales con algunas personas del municipio" en Puerto Rico, Caquetá. Aquí reside una fuente primaria para entender la historia viva de la región. Su forma híbrida de narración entre relato histórico y testimonio posiciona al autor como sabio cronista y guardián de una memoria local que nos lleva de regreso a través de las generaciones para conocer los orígenes económicos, sociales y culturales del municipio. ha sido destacado por investigadores como Estefanía Ciro (2018), para quienes escuchar los enfoques campesinos permite vislumbrar cómo estos territorios han sido atravesados por la colonización económica de la coca, la violencia armada y la resistencia social a la exclusión estatal. Una vez más, pero aun recordando que solo a través de obras como la de Molano Penagos estas narrativas toman formas que las conectan con eventos cotidianos y fundacionales a nivel del territorio.

Basándose en sus orígenes derivados del boom de la quina y del caucho en 1882, Puerto Rico nos proporciona un caso paradigmático de desarrollo económico inicial emergente sin el Estado ya a través de lógicas extractivistas. Como señala Molano Penagos (sf), la explotación de quina y caucho no solo dejó huellas económicas sino también profundas marcas en la vida social del municipio. Nombres como "Londres" o la "Compañía de Caucho Cano Cuello" aún permanecen en la memoria colectiva de quienes habitan la zona. Mientras tanto, durante el siglo XX, oleadas de migración desde Huila, Tolima, Valle y Cauca poblaron el municipio, debido al ofrecimiento de tierra, pero también como resultado del desplazamiento por violencia. Es ya esta mezcla de economías informales, proyectos extractivos y resistencias cotidianas la que construye el terreno fértil sobre el cual se desarrolla el debate actual sobre la economía de la coca en el municipio (Molano Penagos, sf).

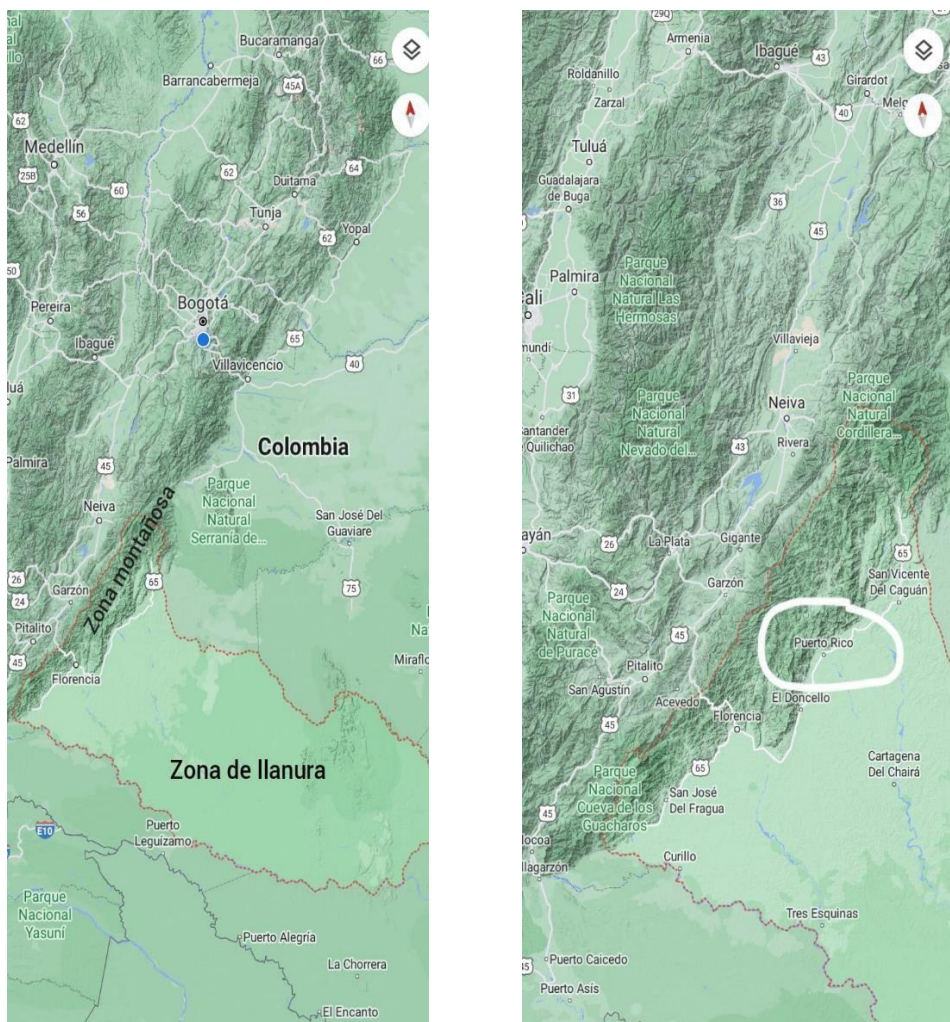


IMAGEN 6: UBICACIÓN DEL MUNICIPIO PUERTO RICO, CAQUETÁ, GÓMEZ V, 2023, GOOGLE MAPS.

El Boom de la Coca y Memorias de Puerto Rico.

Al igual que la fiebre del caucho le dio a Puerto Rico un giro en su tiempo, esta vez en los años 1980 y 1990 la expansión del cultivo de coca transformó radicalmente la existencia social y económica de su gente. En medio del abandono estatal y promesas incumplidas de desarrollo rural, la coca se convirtió en un cultivo de subsistencia para muchos campesinos. Testimonios de líderes como Jesús "Chucho" Muñoz junto con relatos históricos como los de Molano Penagos (sf) muestran formas tangibles en las cuales este

cambio se manifiesta en la vida cotidiana de los puertorriqueños. El documento auditado también revisa los diversos tipos de violencia que ha presenciado el municipio: tomas guerrilleras, asesinatos de líderes y alcaldes. Son eventos que no solo determinan la historia reciente de Puerto Rico, sino que también confirman la necesidad de la memoria oral para entender cuán profundas son las heridas y cuán vibrante es la gente.



IMAGEN 7: LÍNEA DEL TIEMPO, PUERTO RICO, CAQUETÁ, CREACIÓN PROPIA

El cultivo de coca introdujo muchas contradicciones

Ambientales: Al igual que en la deforestación de la selva para obtener caucho a finales del siglo XIX, la coca también ha promovido la pérdida de bosques y biodiversidad en las estribaciones amazónicas de Caquetá (Instituto para el Desarrollo y Estudios de Paz [INDEPAZ], 2024).

Sociales: El monocultivo de coca desplazó cultivos alimenticios, impactando la soberanía alimentaria local. Al igual que el caucho antes de ella, la dependencia de un solo producto dejó a la población expuesta a dinámicas de mercado volátiles y bajo el poder de actores armados ilegales (Alianza Coca por la Paz, 2024).

Políticas: Las verdaderas necesidades de los agricultores no han sido atendidas a través de políticas de erradicación y sustitución. Por ejemplo, programas como el PNIS han fracasado en Múltiples municipios debido a una implementación insuficiente (Burke, 2024).

Economía de la Coca: Entre la Necesidad y la Criminalización

La coca, aunque ilegal, se ha convertido en un pilar económico para municipios como Puerto Rico, Caquetá. Al igual que durante el período del caucho, los ingresos que este cultivo genera han sido el medio de subsistencia para muchas familias en contextos marcados por la precariedad, el abandono estatal y la falta de oportunidades. Estudios recientes advierten que la coca homogeneiza temporalmente los ingresos familiares, pero atrapa en una economía sin apoyo institucional ni garantías sociales (Vélez & Marín-Llanes, 2024). Sin embargo, como lo plantea Molano Penagos (sf), la coca no es una excepción histórica: es parte de una larga continuidad de economías extractivas que han regido el devenir del municipio desde sus inicios. De la quina al caucho, y del caucho a la coca, Puerto Rico ha

perdurado gracias a su capacidad de adaptación, al instinto de resistir y a la memoria viva de sus comunidades rurales.

Es en este contexto que nace la Asociación de Ganaderos del municipio de Puerto Rico, Caquetá (ASOGANAR), una organización social con domicilio en el municipio y una proyección de funcionamiento de hasta cien años. ASOGANAR surge como respuesta a las urgencias históricas y estructurales del campo, con el propósito de unir, representar y fortalecer a los productores pecuarios de la región. Su misión se centra en promover el desarrollo sostenible del sector ganadero como base para mejorar las condiciones de vida de las familias campesinas y aportar a la construcción de una economía rural con justicia social, sostenibilidad ambiental y autonomía territorial.

La apuesta política de ASOGANAR está profundamente enraizada en el reconocimiento, la dignificación y el fortalecimiento integral del campesinado como actor estratégico en la construcción del desarrollo territorial. Su visión se basa en la búsqueda del buen vivir, la equidad social y la sostenibilidad ambiental, mediante una ganadería con sentido comunitario, educativo y organizativo.

ASOGANAR entiende lo político no solo como la participación en escenarios institucionales, sino como una práctica cotidiana de transformación de realidades sociales, económicas y culturales desde las bases rurales. Por ello, impulsa acciones colectivas que articulan la producción agropecuaria con la defensa del territorio, el acceso a derechos fundamentales como la salud, la educación y la vivienda digna, así como el fortalecimiento de las capacidades organizativas de las comunidades campesinas.

Con este enfoque, la asociación se compromete a impulsar el crecimiento económico, productivo, social y ambiental del municipio, articulando esfuerzos con instituciones públicas y privadas a nivel local, regional, nacional e internacional. A través de la formulación, gestión y ejecución de proyectos, programas y alianzas, busca dar respuesta a las necesidades estructurales del sector rural y construir alternativas reales a las economías ilegales o extractivas que históricamente han dominado la región. Si bien en los estatutos de la asociación plantea unas posturas políticas claras, la realidad es otra, dentro de la asociación muchas de las personas no hablan de su postura por miedo a que los y las escuchen y puedan tener algún problema con algún grupo armado.

Uno de los pilares estratégicos de ASOGANAR es su apuesta educativa, concebida como motor de transformación individual y colectiva. La asociación promueve procesos de capacitación técnica, formación comunitaria y educación ambiental, herramientas esenciales para el empoderamiento del campesinado, la apropiación del conocimiento y la construcción de una ciudadanía rural crítica activa y comprometida con el territorio. La educación, en este marco, no solo es un derecho, sino también una vía para fortalecer la sostenibilidad de la actividad pecuaria, fomentar prácticas responsables con el medio ambiente y consolidar procesos organizativos en el marco de la economía rural.

De manera coherente con su enfoque integral de desarrollo, ASOGANAR también adelanta acciones en defensa del territorio, la salud, la educación, los derechos humanos y la inclusión social, con énfasis en poblaciones vulnerables como la niñez, la tercera edad y las mujeres cabeza de hogar. En el contexto del postconflicto, la asociación se posiciona como un actor clave en la construcción de paz territorial, promoviendo la conservación, manejo y

aprovechamiento sostenible de los recursos naturales, incluyendo la reforestación de cuencas y microcuencas hidrográficas.

Frente a una historia marcada por el extractivismo y la ausencia estatal, ASOGANAR representa una apuesta colectiva por una ganadería con sentido social, ambiental y educativo. Desde el territorio y con las comunidades, trabaja por construir un modelo de desarrollo justo, resiliente y con visión de futuro para el municipio de Puerto Rico, Caquetá.

Capítulo IV: Pedagogía la escuela mi lugar feliz.

¿Qué momento de su infancia recuerdan con alegría? La escuela, uno siempre estaba trabajando, no había tiempo para divertirse, pero bonito ir a la escuela, aprender y jugar con los demás.

Entrevista R (Diario de campo, 8/05,2024)

Durante la investigación, jamás imaginamos el profundo significado que la escuela podía tener para las mujeres con las que realizamos nuestras prácticas. En un principio, creímos que asistir a la escuela era para ellas solo una obligación, una etapa más de la infancia, sin un valor simbólico especial. Sin embargo, todo cambió cuando surgió una pregunta sencilla pero reveladora: ¿Qué momento de su infancia recuerdan con alegría? La respuesta nos sorprendió.

En lugar de anécdotas comunes o historias familiares, surgió la escuela como el lugar más significativo de sus memorias. No era solo un espacio de aprendizaje, sino un refugio donde la felicidad tomaba forma de risas, juegos y libertad.

Para estas mujeres, la escuela no era solo un lugar de tránsito, sino el escenario donde, por un momento, podían dejar atrás las arduas tareas del campo o las obligaciones

domésticas. Para ellas la escuela representaba descanso y escape. Era el único espacio donde podían ser simplemente niñas, sin la carga de responsabilidades que, en su entorno rural, formaban parte del día a día desde muy temprano.

Este contraste revela una situación sensible: la infancia está situada en los contextos en los que se vive, para ellas la escuela es un escape, esto no sucede con todas las infancias ni en todos los lugares. La perspectiva de la escuela cambia radicalmente. Para estas mujeres, la escuela no es solo un aula de cuatro paredes donde se imparten conocimientos académicos; es un espacio de sueños, de libertad, donde su identidad y sus experiencias nos enseñan que la educación trasciende el currículo formal: es un acto de reconocimiento y de dignidad, donde cada conocimiento, cada juego y cada sonrisa construyen una memoria colectiva que aún resuena en sus vidas.



IMAGEN 8: TALLER 1, 2024

Nuestro primer encuentro con las mujeres de la Asociación Ganadera (ASOGANAR), se abrió un espacio de intercambio de saberes que nos llevó más allá de lo esperado. Nos adentramos en sus vidas, y ellas, con generosidad, compartieron los lugares estratégicos que marcan sus historias. Cada punto en la cartografía que trazaron no era solo un lugar en un mapa; era un capítulo vivo de sus experiencias, una memoria

grabada en la tierra que habitan y cuidan.

A medida que nos guiaban a través de sus territorios, descubrimos que para ellas la cartografía no es una simple representación geográfica. Es un tejido de relatos, donde cada coordenada está impregnada de significados profundos. Sus lugares de origen son el punto de partida de una narrativa que conecta pasado y presente, donde cada sitio tiene una historia que contar: desde el río que guarda los secretos de la infancia hasta el sendero que conduce a la finca familiar, testigo de generaciones. de trabajo y resistencia.

Este viaje nos enseñó que cada mujer es también una cartógrafa de su propia vida, y cada encuentro es una oportunidad para entender cómo el territorio moldea la identidad y la memoria colectiva.

El sentido de educar y enseñar: más allá de las aulas

Dussel (2001) concibe la pedagogía como una práctica de liberación, cuyo enfoque se orienta hacia la justicia social, la ética y la reconstrucción de las prácticas educativas en contextos de desigualdad. Desde esta perspectiva, la educación no solo debe transmitir conocimientos, sino también propiciar la reflexión y el compromiso con la transformación de la realidad social.

En su obra *La escuela como máquina de educar*, Dussel (2001) critica la estructura rígida y estandarizada del sistema educativo tradicional, el cual opera como un mecanismo disciplinario que regula el comportamiento y la forma de pensar de los estudiantes. En este sentido, la autora sostiene que:

"la escuela moderna fue organizada como una máquina de educar: una tecnología de producción de subjetividades, valores y comportamientos a través de dispositivos

institucionales y formas de comunicación masiva que articulaban la vida escolar con un proyecto de sociedad” (Dussel, 2001, p. 105).

Bajo este modelo, la escuela tiende a reproducir normas sociales que buscan la adaptación de los individuos a las demandas del mercado y la modernidad, en lugar de consolidarse como un espacio de aprendizaje flexible y crítico. De este modo, el sistema educativo limita el potencial emancipador de la enseñanza, configurándose como un dispositivo de control social más que como un instrumento de transformación.

A partir de esta crítica, Dussel (2001) enfatiza la necesidad de que la enseñanza trascienda las estructuras tradicionales del aula, conectando los procesos educativos con las experiencias cotidianas y las realidades socioculturales de los estudiantes. Para la autora, una educación significativa no solo debe incluir conocimientos formales, sino también aspectos culturales, emocionales y contextuales que formen parte de la vida de los sujetos. Desde esta perspectiva, la enseñanza se concibe como un proceso inclusivo y transformador que fomenta la participación y el cuestionamiento crítico.

La educación, por lo tanto, debe superar los límites físicos de la escuela y consolidarse como un espacio dinámico y participativo, donde la comunidad y las experiencias de vida desempeñen un papel fundamental en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Este enfoque plantea la educación como un acto de liberación, capaz de generar cambios tanto en el individuo como en la sociedad.

De allí que la presente investigación conciba la educación como un proceso dialógico e interactivo que se nutre de la participación de todos los actores sociales involucrados, especialmente aquellos pertenecientes a comunidades históricamente marginadas. Esta perspectiva exige una educación que integre el conocimiento vivido, las luchas sociales

y la interacción comunitaria, superando así la noción tradicional de enseñanza centrada en la memorización de contenidos. De este modo, la educación no solo cumple la función de preparar a los individuos para la vida académica, sino que también los compromete con la transformación de su entorno.

Según Lewin (1951), el comportamiento humano debe entenderse como el resultado de la interacción entre los individuos y su entorno. En el contexto educativo, esta perspectiva permite analizar la dinámica entre los estudiantes, el docente y el contexto social y cultural que rodea el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Desde esta perspectiva, la Teoría de Campo plantea que el comportamiento de una persona está determinado por el campo total de fuerzas que actúan sobre ella en un momento dado. Lewin (1951) sostiene que:

"El comportamiento no es un resultado directo de estímulos externos ni de procesos internos aislados, sino de un campo dinámico en el cual las fuerzas psicológicas y ambientales interactúan de manera constante" (Lewin, 1951, p. 89).

Este modelo teórico permite comprender cómo las fuerzas externas, como las estructuras de poder, las normativas sociales y los recursos disponibles, configuran el comportamiento y las actitudes de los individuos. En el caso de las mujeres rurales y campesinas, este "campo" se moldea por su relación con la tierra, el trabajo agrícola y las estructuras patriarcales y coloniales que limitan sus derechos y posibilidades. Estas mujeres, al igual que los estudiantes en el modelo de Lewin (1951), no son sujetos pasivos. Su identidad y su resistencia se constituyen como una respuesta activa frente a las fuerzas sociales que las oprimen, tales como las estructuras de género, el patriarcado, el colonialismo y las políticas económicas que restringen su poder sobre la tierra y en las

comunidades.

El campo social de estas mujeres no solo está compuesto por su relación con su entorno físico, sino también por las relaciones de poder que las mantienen en una posición de subordinación social y económica. El trabajo doméstico y de cuidados, que a menudo permanece invisibilizado y no remunerado, al igual que el trabajo agrícola, representa un claro ejemplo de cómo estas mujeres están atrapadas en un campo de fuerzas que las sitúa en una posición de subordinación estructural. Este hecho perpetúa las desigualdades, pues el trabajo de las mujeres rurales, aunque crucial, sigue siendo invisibilizado dentro de la economía y el tejido social.

En este contexto, las mujeres rurales se ven afectadas dentro de este campo. Luchan por reconocer y reivindicar su labor, transformando el entorno social en el que están inmersas. Si aplicamos la Teoría del Campo de Lewin a un contexto pedagógico, podemos entender el papel de estas mujeres como una interacción constante entre las fuerzas externas, como las estructuras patriarcales y coloniales, y los factores internos que ellas mismas desarrollan a través de su trabajo en el campo y su conexión con la tierra.

Esto implica que la enseñanza debe considerar las realidades sociales y económicas que influyen en la vida de estas mujeres. El aprendizaje no ocurre en un vacío, sino dentro de un contexto determinado por estas fuerzas sociales, políticas y culturales. Según Lewin (1951), la interacción de estas fuerzas es esencial para comprender cómo se configuran las actitudes y comportamientos de los individuos. En el caso de las mujeres rurales y campesinas, su educación y participación en movimientos sociales surgen como una forma de resistencia activa contra la opresión, una resistencia que no solo busca la

adquisición de conocimientos, sino también la transformación social y política.

Las mujeres rurales se convierten en agentes educativas dentro de sus comunidades. No solo transmiten saberes relacionados con el campo o la agricultura, sino que también desempeñan un papel activo en la reconfiguración de sus roles sociales.

En contextos marcados por la violencia, la exclusión y la negación de las voces subalternas, la educación adquiere un papel crucial como herramienta para la transformación social. Desde esta perspectiva, autoras como Dussel (2001) plantean la importancia de las pedagogías de la memoria las cuales emergen como una propuesta ética y política que busca no solo comprender el pasado, sino también intervenir activamente en el presente para construir futuros más justos.

Este enfoque reconoce que la memoria no es solo un ejercicio individual, sino una práctica colectiva capaz de dignificar a las víctimas, reconstruir vínculos sociales y promover procesos de sanación. En particular, el trabajo comunitario cobra relevancia como espacio donde la alteridad, el respeto mutuo y la participación se convierten en principios fundamentales. A partir de este marco, el texto que sigue retoma las reflexiones de Herrera (2012) para resaltar cómo la pedagogía de la memoria puede orientar procesos educativos inclusivos y transformadores, especialmente cuando se articulan con las realidades y saberes de mujeres campesinas-cocaleras, promoviendo una academia comprometida con las luchas de las comunidades. Para Herrera, (2012) la comprensión del pasado, en especial a través de la pedagogía de la memoria y la alteridad, juega un papel fundamental en la construcción de subjetividades ético-políticas. Esta pedagogía fomenta una visión crítica del presente al reconocer las injusticias pasadas y las voces subalternas.

La importancia del trabajo con la comunidad radica en que este enfoque permite el

reconocimiento del otro en su diversidad cultural y humana, promoviendo una relación basada en el respeto y la responsabilidad mutua. Además, facilitar la sanación de las heridas de la violencia política, contribuyendo a la dignificación de las víctimas y la creación de vínculos que restauren la confianza y la paz. En este sentido entendemos que, para la siguiendo a Herrera (2012), el trabajo comunitario es clave para consolidar procesos educativos que abordan las consecuencias de la violencia y el terror, y que posibiliten una pedagogía inclusiva, transformadora y reflexivo, ya que la pedagogía de la memoria nos permite hacer un acercamiento con las mujeres campesinas-cocaleras desde una academia al servicio de los conocimientos y prácticas de su comunidad.

En este sentido, se entiende para la presente investigación las pedagogías de la memoria como un enfoque educativo que no solo rescata y preserva la historia de los sectores más vulnerables, sino que también fomenta la participación y la reconstrucción del tejido social. La memoria, en tanto herramienta pedagógica, posibilita el reconocimiento de la diversidad y la generación de espacios de justicia y reparación, fundamentales para la construcción de sociedades más equitativas y democráticas.

Conocimiento sensible: El saber emergente desde a la experiencia

La perspectiva de Dewey en el arte como experiencia (1934) propone que el arte no está separado de la vida cotidiana, sino que es una expresión intensificada de la experiencia humana.

Desde esta visión, el arte surge de la interacción del individuo con su entorno, transformando la cotidianidad en una fuente de significado y reflexión. Dewey (1934) enfatiza que el arte es un lenguaje estético que permite a las personas compartir emociones, ideas y vivencias a través de símbolos y formas sensibles. En este sentido,

las prácticas artísticas comunitarias de las mujeres cocaleras trascienden la expresión individual para convertirse en medios de narración colectiva, preservación de la memoria histórica y visibilizarían de su identidad campesina. Las narrativas artísticas no solo brindan un espacio para que estas mujeres cuenten sus experiencias, sino que también posibilitan el reconocimiento social y fomentan el diálogo dentro de sus comunidades.

Sin embargo, el arte no solo comunica, sino que también transforma. Dewey (1934) sostiene que la experiencia estética tiene el potencial de cambiar la percepción del mundo y de quienes participan en su creación. En el caso de las mujeres cocaleras, la creación artística no solo les permite denunciar las injusticias que enfrentan, sino que también les otorga el poder de reconstruir sus propias narrativas. A través de la pintura, el bordado, la fotografía y otras formas de expresión visual, estas mujeres resignifican su relación con la coca y su entorno, transformando sus experiencias en relatos de resistencia y reivindicación.

Un ejemplo de este proceso es la serie de bordados realizados por mujeres campesinas en talleres comunitarios de memoria. Mediante la técnica del bordado testimonial, han plasmado en lienzos escenas de su vida cotidiana, la labor en el campo, la recolección de la coca y las consecuencias de la violencia en sus territorios. Cada puntada se convierte en un acto de memoria, donde el arte permite reconstruir las heridas del conflicto y, al mismo tiempo, resignificar su historia desde una perspectiva de dignidad y resistencia. Este tipo de expresión no solo fortalece su identidad campesina, sino que también genera un espacio de solidaridad y empoderamiento colectivo.



IMAGEN 9: TALLER 2, 2024

Así, para la presente investigación, se entiende la creación visual como una práctica transformadora que permite a las mujeres cocaleras redefinir su lugar en el mundo. Sus expresiones artísticas no solo visibilizan sus experiencias, sino que también construyen una narrativa de resistencia y dignidad. Tal como plantea Dewey (1934), el arte no es un fin en sí mismo, sino una fuerza viva que conecta a las personas con su entorno y con los demás, uniendo lo cotidiano con lo trascendente. En este sentido, las creaciones de las mujeres cocaleras se convierten en un acto de resistencia, de reconocimiento y de transformación, que no solo refuerza su identidad, sino que también desafía las estructuras que buscan silenciarlas.

Sentir para enseñar.

Así, en medio de la crisis y la incertidumbre que trajo consigo la pandemia, resurgió una pregunta antigua pero urgente: ¿para qué sirve la escuela? La respuesta, lejos de los discursos técnicos, se fue tejiendo en los espacios donde el arte, la memoria y la comunidad se encontraron. Las mujeres campesinas-cocaleras, con sus historias, sus manos y sus miradas, nos mostraron que aprender no es solo acumular saberes, sino reconstruir el mundo desde la experiencia compartida. En los talleres, la educación dejó de ser un lugar abstracto para convertirse en una práctica viva, donde los cuerpos, los colores y las palabras dialogan para sanar, resistir y crear. Como en toda travesía, la escuela se volvió umbral, y el arte, camino. Y en ese tránsito, lo educativo se hizo profundamente humano, profundamente colectivo.

Para Dussel y Magro (2020), la pandemia de la COVID-19 puso en cuestión el sentido de la escuela y la importancia de la presencialidad en los procesos educativos. Ambos autores plantean que la crisis sanitaria dejó al descubierto las desigualdades estructurales del sistema educativo y obligó a repensar la pregunta: “¿Cuál es el sentido de la escuela?, ¿por qué deben ir los niños a la escuela y cuáles son los aprendizajes clave?” (Dussel & Magro, 2020, p. 87). En este contexto, sostienen que la escuela no puede reducirse a un espacio físico, sino que debe concebirse como un umbral, un espacio de paso hacia nuevos mundos y posibilidades. La escuela es el lugar donde los niños y niñas pueden

desconectarse de las responsabilidades familiares y experimentar un espacio dedicado a aprender, explorar y encontrarse con otros, más allá de su entorno inmediato.

En este sentido, la práctica artística no solo constituye una forma de resistencia, sino que también actúa como un puente entre el pasado y el futuro, permitiendo a las mujeres campesinas- cocaleras recuperar su memoria colectiva y proyectar nuevas posibilidades para sus comunidades. Dussel (2001) resalta la importancia de los aspectos no verbales en la educación, como la co-presencia de los cuerpos, las miradas y el aprendizaje colectivo que se genera en los intercambios dentro del aula. Desde esta perspectiva, la escuela no es solo un espacio de transmisión de conocimientos, sino un entorno donde se construyen significados de manera colectiva. Los talleres de creación artística han sido pensados para permitir esta interacción, donde las mujeres cocaleras no solo comparten sus historias, sino que las resignifican a través de sus experiencias y su expresión visual. En este sentido, la educación no solo implica el desarrollo intelectual, sino también un proceso de reflexión comunitario, donde se desmontan estructuras de opresión y se generan nuevas formas de relación y conocimiento.

En este marco de comprensión, Bolívar (2005) aborda el compromiso docente y la responsabilidad escolar en la transformación de las realidades sociales. Para el autor, la educación no puede desvincularse del contexto en el que se desarrolla, y es a través de las prácticas artísticas donde se crean oportunidades para que las comunidades sean protagonistas de sus propias narrativas. La equidad, identificada por Bolívar (2005) como un principio rector de la educación, se vincula con la necesidad de adaptar las estructuras escolares a las realidades de quienes enfrentan múltiples formas de exclusión. En el caso de las mujeres cocaleras, esta exclusión no solo se manifiesta en la falta de acceso a oportunidades educativas, sino también en la invisibilización de sus saberes dentro de los modelos tradicionales de enseñanza. Desde esta perspectiva, Bolívar (2005) argumenta que la equidad en educación no significa ofrecer lo mismo a todos, sino diseñar estrategias pedagógicas que reconozcan la diversidad y brinden espacios de aprendizaje donde cada persona pueda desarrollarse según sus necesidades y contextos específicos.

Siguiendo esta línea, la construcción de comunidades profesionales de aprendizaje, propuesta por Bolívar (2005), podemos encontrar, un paralelismo en las prácticas artísticas comunitarias en las que participan las mujeres cocaleras. De la misma manera en que los docentes colaboran para reflexionar sobre sus prácticas y generar cambios sostenibles, las mujeres, a través de los ejercicios de creación, construyen redes de solidaridad y fortalecen su tejido social. Tanto en la educación como en la práctica creadora, la colaboración se presenta como un motor esencial para la transformación, permitiendo compartir saberes y trabajar colectivamente hacia objetivos comunes, como la reconstrucción social y la reconciliación.

Las mujeres cocaleras reconocen en la educación un espacio de resignificación y encuentro con sus historias. Para ellas, el arte y el aprendizaje no son entidades separadas, sino procesos que se entrelazan con su vida cotidiana. Como expresó una de las participantes del taller:

“Nosotras aprendemos con las manos, con lo que hacemos, con lo que vivimos. La escuela nos enseñó a leer, pero el campo nos enseñó a entender el mundo. En nuestros bordados no solo ponemos hilos, sino también nuestras memorias y nuestra resistencia” (Entrevista Jenny, 2024)

La autonomía y la responsabilidad se relacionan con el papel de las mujeres cocaleras en su contexto. Al igual que las escuelas deben ser libres para desarrollar currículos que respondan a sus necesidades específicas, estas mujeres reinterpretaron su relación con la coca y su identidad campesina, convirtiendo sus actos cotidianos en símbolos de resistencia y empoderamiento. Sin embargo, esta autonomía no se da en aislamiento; está acompañada de un profundo sentido de responsabilidad hacia sus comunidades y hacia las generaciones futuras, reflejado tanto en su lucha por los derechos como en su capacidad de organización colectiva.

Desde su cotidianidad, las mujeres cocaleras integran el trabajo agrícola con la crianza, la gestión del hogar y la participación en procesos organizativos. Sus días comienzan antes del amanecer, entre la preparación del alimento y el cuidado de la tierra, en un equilibrio constante entre lo productivo y lo reproductivo. Este proceso no solo es una forma de subsistencia, sino también un acto de reafirmación

identitaria y política, donde cada jornada de trabajo refleja la resistencia a las dinámicas de exclusión que históricamente han afectado sus comunidades.

El equilibrio entre centralización y descentralización que Bolívar (2005) sugiere para las políticas educativas también encuentra un eco en la lucha de las mujeres cocaleras. En el ámbito educativo, Bolívar propone que las políticas generales deben articularse con las prácticas locales, asegurando que las particularidades de cada comunidad sean reconocidas y respetadas. La resistencia y reinterpretación de las influencias externas muestran la importancia de articular lo macro con lo micro, asegurando que los procesos de transformación sean contextualizados y legítimos.

Para la presente investigación, la perspectiva educativa se centra en el poder transformador de la comunidad, el reconocimiento de las narrativas individuales y colectivas, y la necesidad de construir estructuras que permitan la inclusión y el empoderamiento. Es en este punto donde el arte, como posibilidad de memoria y resistencia, juega un papel fundamental.

Dewey (1934), sostiene que el arte es una manifestación intensificada de la vida cotidiana, una forma de experiencia que transforma la percepción del mundo. Para el autor, el conocimiento no se adquiere únicamente a través de la razón, sino también mediante la interacción con el entorno, el cuerpo y las emociones. El arte, en este sentido, es una forma de conocimiento que permite a las personas interpretar, resignificar y dotar de sentido su propia realidad.

En esta misma línea, Arfuch (2004), en *Arte, memoria, experiencia: políticas de lo real*, explora cómo la práctica artística, vincula la memoria colectiva con la experiencia individual y social, destacando el papel del conocimiento sensible en estos procesos. Según la autora, el conocimiento sensible es esencial porque permite una conexión más profunda y emocional con la memoria, trascendiendo la simple transmisión de hechos históricos. El arte, en este contexto, se convierte en un lenguaje para expresar lo que las narrativas tradicionales no pueden capturar: las vivencias íntimas, los traumas y las subjetividades de quienes han experimentado la violencia o la estigmatización. Arfuch (2004) sostiene que la experiencia estética facilita un diálogo entre el pasado y el presente,

permitiendo a los espectadores conectarse con la memoria de manera activa y crítica.

Ambos autores coinciden en que la experiencia sensible es una vía legítima de conocimiento. Dewey (1934) enfatiza que el arte no es solo un objeto de contemplación, sino una práctica que transforma la percepción y la comprensión del mundo. Arfuch (2004), por su parte, resalta que la memoria y la historia pueden ser reconstruidas a través de prácticas estéticas que activan la emoción y la reflexión.

Desde esta perspectiva, la presente investigación entiende la creación artística como un puente entre la memoria y el conocimiento, donde las mujeres cocaleras no solo narran su historia, sino que la transforman en un acto de resistencia y afirmación de su identidad. A través del encuentro con este lenguaje, estas mujeres logran una resignificación de sus experiencias, conectando el pasado con el presente y generando un espacio de diálogo colectivo donde el conocimiento no se limita a lo racional, sino que también integra lo emocional y lo corporal.

Capítulo V: Metodología transversal.

La presente metodología integra dos enfoques complementarios: la Investigación Basada en el Arte (IBA) y la Investigación Narrativa, ambas como metodologías fundamentales para comprender las experiencias, memorias y procesos de resistencia de las mujeres cocaleras. La IBA permite el análisis y la generación de conocimiento a través de la creación artística, proporcionando una vía legítima para explorar fenómenos humanos que trascienden los métodos científicos tradicionales. Por su parte, la Investigación Narrativa reconoce el poder de la narración en la construcción de significados y en la transmisión de experiencias, articulando la memoria con el presente. Juntas, estas metodologías permiten no solo recopilar información, sino también generar un espacio de diálogo y transformación social desde la práctica educativa, donde las voces de las mujeres campesinas adquieren centralidad y agencia en la producción de conocimiento.

Investigación basada en el arte: Una metodología que genera conocimiento.

Al destacar que los procesos creativos facilitan el acceso a conocimientos intuitivos y expresivos,

permitiendo una conexión entre lo emocional y lo subjetivo.

Autores como Dewey, (1934), Hernández, (2011) y Marín Viadel (2017), han ampliado esta perspectiva hacia la educación y la filosofía de la experiencia. Dewey (1934) argumenta que el arte no solo es una expresión estética, sino una forma de conocimiento que involucra la interacción entre la percepción y la emoción. Hernández y Marín Viadel han aplicado estos principios a la investigación artística, destacando la importancia de la experiencia en la generación de conocimiento.

Así, la Investigación Basada en el Arte no solo permite la exploración de fenómenos desde una perspectiva estética, sino que también facilita la creación de espacios de reflexión y transformación social, donde la producción artística se convierte en un medio para comprender y resignificar experiencias individuales y colectivas.

El pensamiento de John Dewey (1934) también es crucial para entender los fundamentos filosóficos de la IBA. Aunque Dewey no se ocupó específicamente de la investigación basada en el arte, su obra *ArtasExperience* (1934) es fundamental para este campo. Dewey argumenta que el arte debe entenderse como una forma de experiencia que involucra tanto a quien lo crea como a quien lo percibe. Para el autor, la experiencia artística tiene la capacidad de generar conocimiento porque no se limita a lo puramente racional, sino que abarca lo sensorial, emocional y corporal. Así, el arte se convierte en una forma de conocimiento vivo y dinámico, que se relaciona con el entorno y las emociones del individuo.

Esta concepción es retomada por Fernando Hernández (2011) quien ha aplicado las ideas en torno a la educación artística. Hernández (2011) sugiere que las prácticas artísticas no solo permiten expresar experiencias subjetivas, sino que también son formas válidas de investigación que permiten a los estudiantes y docentes indagar sobre el mundo que les rodea. En este sentido, la investigación basada en artes se convierte en una metodología pedagógica que trasciende la mera representación estética y se convierte en una práctica para el aprendizaje y la construcción de conocimiento. Ricardo Marín Viadel también ha sido un defensor de la IBA, particularmente en el ámbito educativo. En su obra

Investigación artística y educación (2017), Marín Viadel argumenta que las metodologías artísticas pueden emplearse no solo para enseñar, sino también para investigar en profundidad los procesos de enseñanza-aprendizaje. Según Marín Viadel, el arte es un medio que permite investigar de manera crítica y creativa, abriendo nuevas posibilidades para la investigación educativa.

La investigación basada en el arte desafiaba las divisiones tradicionales entre arte y ciencia, proponiendo que el arte es una vía legítima para la creación de conocimiento. Este enfoque ha evolucionado para convertirse en un campo respetado en la educación y en otras áreas de estudio. El arte no solo enriquece nuestra comprensión del mundo, sino que también ofrece nuevas formas alternativas y profundas de generar conocimiento a través de la experiencia, la emoción y la intuición.

La Investigación Basada en el Arte (IBA) no solo representa un enfoque conceptual y teórico, sino que también se traduce en un proceso metodológico estructurado que permite la generación de conocimiento a partir de la creación artística. Este proceso se desarrolla a través de diversas etapas que integran la experiencia estética con la reflexión crítica y el análisis interpretativo. A partir de los planteamientos de los autores, identificamos fases que dan luces a la presente investigación:

Fase de Talleres y Creación Colectiva: La primera etapa de la IBA consiste en la implementación de talleres participativos en los que los sujetos de investigación exploran sus experiencias a través de prácticas artísticas. En estos espacios, se promueve la expresión libre mediante el uso de diversas técnicas como el dibujo, la pintura, la escultura, el paisaje sonoro o la fotografía. Esta fase busca generar un ambiente de confianza y colaboración donde las personas puedan compartir sus memorias y relatos personales desde el lenguaje visual.

Uso de Instrumentos de Recopilación de Información: A lo largo de los talleres, se emplean distintos instrumentos metodológicos para documentar los procesos creativos y las reflexiones emergentes. Entre ellos, se incluyen diarios de campo, entrevistas semiestructuradas, registros fotográficos y audiovisuales, así como el análisis de las obras producidas. La triangulación de estos recursos permite obtener una comprensión más profunda de las narrativas expresadas en las creaciones

artísticas.

Reflexión y Análisis Crítico de las Producciones Artísticas: Posterior a la fase de creación, se abre un espacio de diálogo en el que las participantes comparten el significado de sus obras y las emociones que estas evocan. En este punto, la IBA enfatiza la importancia del conocimiento sensible, ya que las imágenes, colores y formas se convierten en símbolos que trascienden la mera representación estética para convertirse en testimonios de vida y resistencia.

Análisis e Interpretación de la Información Generada: Una vez obtenidas las producciones artísticas y las reflexiones derivadas de ellas, se realiza un análisis interpretativo basado en categorías emergentes. Este análisis no solo se centra en el contenido visual de las obras, sino también en las narrativas que las acompañan, permitiendo una lectura que articula las experiencias individuales con los marcos socioculturales en los que se inscriben.

La Investigación Basada en el Arte se desarrolla mediante un proceso dinámico y participativo que integra la creación, la reflexión y la interpretación, convirtiéndose en una metodología que no solo documenta experiencias, sino que también contribuye a la reconstrucción de memorias y la transformación social a través del arte.

La investigación narrativa como camino de conocimiento

La investigación narrativa se ha consolidado como un enfoque cualitativo que permite explorar la construcción de la identidad y la subjetividad a través de las historias que las personas cuentan sobre sus vidas. Este enfoque se centra en la idea de que el ser humano es un "ser narrativo", que estructura y da sentido a sus experiencias mediante la narración. Autores como Leonor Arfuch (2002), Antonio Bolívar (2016) y Jerome Bruner (1990) han abordado esta metodología desde diversas perspectivas, contribuyendo al análisis del papel que juegan las narrativas en la configuración del yo, el desarrollo profesional y la construcción del significado.

En su obra *El espacio biográfico: Dilemas de la subjetividad contemporánea* Leonor Arfuch (2002), explora la relación entre la narrativa y la construcción de la subjetividad. Para Arfuch (2002),

las narrativas biográficas son el espacio donde los sujetos articulan su experiencia de vida, en diálogo con el contexto social y cultural. Según la autora, “la narración biográfica es una forma privilegiada de la subjetividad contemporánea, donde los sujetos negocian su identidad y pertenencias en un mundo en constante transformación” (Arfuch, 2002, p. 34).

Esta negociación identitaria no es estática, sino dinámica, ya que las personas están en constante reconstrucción de sí mismas a través del relato de sus experiencias. La narrativa se convierte en un medio para reflexionar sobre el propio lugar en el mundo, no solo a nivel individual, sino también en relación con los contextos sociales que rodean al sujeto. Arfuch subraya que las historias personales no son meros reflejos de lo vivido, sino que son herramientas clave para interpretar y resignificar las experiencias a lo largo del tiempo.

Jerome Bruner (1990), ha propuesto que el ser humano construye significado a través de las historias que narra sobre su experiencia. En su obra *Acts of Meaning*, Bruner (1990) sostiene que “somos, en esencia, seres narrativos, y utilizamos las historias para organizar el caos de la vida en algo comprensible” (p. 56). Para Bruner, la narrativa es una estructura cognitiva fundamental que permite a los individuos dotar de sentido a su vida, organizar la experiencia y construir una identidad coherente a lo largo del tiempo.

El autor enfatiza que las narrativas no solo son individuales, sino que están profundamente influenciadas por los contextos culturales y sociales en los que se desarrollan. Las convenciones narrativas de una cultura moldean las historias que las personas cuentan sobre sí mismas, lo que implica que la construcción de la identidad es tanto un fenómeno individual como colectivo. Al narrar sus vidas, los individuos no solo organizan su experiencia, sino que también negocian los significados dentro de los marcos culturales compartidos.

Desde el campo educativo, Antonio Bolívar (2016) ha sido un referente en la utilización de la investigación narrativa para analizar el desarrollo profesional de los docentes. En su artículo *Las historias de vida y construcción de identidades profesionales* Bolívar (2016), argumenta que los relatos de vida son

un recurso crucial para que los docentes reflexionen sobre su práctica educativa y construyan una identidad profesional a partir de sus experiencias. El autor señala que “la narrativa biográfica no solo revela las vivencias personales, sino que permite al profesional reinterpretar su pasado y proyectar su futuro” (p.87).

Bolívar subraya el valor transformador de la narrativa, ya que permite a los docentes comprender sus trayectorias profesionales de manera crítica. Las historias que cuentan sobre sus carreras no solo registran los eventos significativos, sino que también les brindan la posibilidad de reflexionar sobre las dificultades y aprendizajes acumulados, promoviendo el aprendizaje continuo y la mejora de las prácticas pedagógicas. En este sentido, la investigación narrativa se convierte en un proceso de autoconocimiento y autoformación que influye directamente en el desarrollo profesional del docente.

Para llevar a cabo una investigación narrativa, los autores Arfuch, Bolívar y Bruner sugieren un enfoque estructurado que permite analizar cómo las narrativas configuran la identidad y la experiencia. A partir de sus aportes, se pueden identificar los siguientes pasos esenciales en este tipo de investigación:

Selección de los participantes y recopilación de relatos: La investigación narrativa comienza con la identificación de los sujetos cuyas historias serán el objeto de estudio. Estos relatos pueden obtenerse a través de entrevistas en profundidad, diarios de vida, autobiografías o registros orales. Según Bolívar (2016), es crucial generar un espacio de confianza donde los participantes puedan compartir sus experiencias sin restricciones.

Construcción y análisis de la narración: Arfuch (2002) sostiene que las narrativas no son meras transcripciones de lo vivido, sino construcciones en las que los sujetos reorganizan su experiencia a través del relato. En este paso, se realiza una interpretación crítica de los discursos, observando cómo se configuran las identidades, los conflictos y los significados atribuidos a los eventos narrados.

Vinculación con los marcos culturales y sociales: Bruner (1990) enfatiza que las narraciones individuales no pueden entenderse de manera aislada, sino en relación con los contextos culturales que las moldean. Por ello, es fundamental analizar los relatos dentro de su marco histórico y

sociopolítico, identificando las influencias culturales que determinan las formas de narrar y significar las experiencias.

Reflexión y resignificación de la experiencia: Bolívar (2016) resalta la importancia de la reflexión en el proceso narrativo, particularmente en el ámbito educativo. Las historias de vida permiten a los participantes reinterpretar su pasado y proyectar su futuro, dando lugar a procesos de autoconocimiento y aprendizaje reflexivo.

Metodología con raíz.

Siguiendo las perspectivas mencionadas, se construyó la metodología de la presente investigación, el proceso propuesto se sustenta en la participación de la comunidad y en el diálogo como eje fundamental de la investigación, situando a los actores locales en el centro de la toma de decisiones y del proceso investigativo.

En consonancia con este enfoque, se retoma la Investigación Basada en el Arte (IBA) y la Investigación Narrativa como pilares metodológicos indispensables para profundizar en el trabajo con las mujeres campesinas cocaleras. Ambos enfoques permiten generar conocimiento a través de la creación artística y del relato de historias de vida, facilitando la comprensión de las dinámicas socioculturales y el reconocimiento de las voces que han sido históricamente silenciadas.

A partir de los aportes de los autores previamente citados, se construye una ruta metodológica que, a continuación, se presentará de manera detallada. El objetivo central radica en comprender, visibilizar y transformar las realidades de las mujeres cocaleras, integrando la experiencia artística y la narración de sus vivencias como un medio para resignificar sus experiencias, reforzar su identidad y promover cambios significativos en su entorno.

Relación con la comunidad.

- **Del dicho al hecho**

Cuando se imaginó la metodología inicial para adentrarse en el territorio, se esperaba encontrar

el apoyo inmediato de la comunidad y de la asociación con la que se había establecido contacto. Se creyó que el hecho de que una de las investigadoras fuera originaria del lugar facilitaría la apertura y el diálogo. Desde este punto de partida, se estructuró la apuesta metodológica mencionada anteriormente, donde el eje principal era generar un vínculo sólido con esta asociación. Se viajó a Puerto Rico, Caquetá, con ilusión y energía, y durante una semana se presentó el proyecto y se conversó con las mujeres de la asociación. Sin embargo, al intentar formalizar el convenio desde Bogotá, la asociación retrocedió, dejando la amarga sensación de que, por ser “foráneas”, era difícil romper las barreras invisibles que el dolor y la violencia habían levantado. Este hecho evidenció que crear un vínculo con la comunidad no sería tan sencillo como se pensaba inicialmente.

Tras reflexionar sobre los posibles errores cometidos, se propuso explorar nuevas vías. Fue entonces cuando un familiar sugirió contactar a ASOGANAR, la Asociación Ganadera de Puerto Rico. Aunque no era una organización exclusivamente de mujeres, abrieron las puertas para conversar con algunos de sus integrantes. Este gesto permitió encender nuevamente la esperanza de llevar a cabo la investigación. A pesar de los nervios, se llegó al territorio con la ilusión de conocer a las mujeres de la asociación y comenzar a trabajar con ellas. No obstante, surgieron dudas: ¿recibirían bien a las investigadoras? ¿Se generaría conexión? ¿Escucharían las propuestas?

Estas inquietudes comenzaron a disiparse al presentarse ante los miembros de la asociación, en su mayoría hombres de actitud seria, campesinos mayores que, por su porte rudo, generaban la expectativa de que el tema sería ignorado. Para sorpresa de las investigadoras, los miembros escucharon con respeto, hicieron preguntas y ofrecieron su apoyo. Fue un momento decisivo: aquello que parecía una barrera se transformó en una oportunidad de diálogo.

Semanas después, empezaron los encuentros con algunas de las mujeres de la asociación; aunque no eran muchas, resultaron suficientes para llevar a cabo la investigación. El primer encuentro grupal fue fundamental para poner a prueba la metodología y consolidar un vínculo

más cercano con ellas. En esta sesión se propuso un taller de cartografía sensible, concebido inicialmente para identificar los lugares clave de su historia personal y familiar. Una vez en el territorio, la idea se transformó al notar la importancia que las mujeres le otorgaban a su conexión con la tierra y a sus rutas de migración. Así, en lugar de limitarse a una simple representación espacial, el taller se enfocó en la memoria geográfica de las participantes, invitándolas a trazar en el papel los caminos que habían recorrido hasta llegar a Puerto Rico. De este modo, se descubrió una memoria geográfica del territorio colombiano: cada mujer compartió los orígenes de su familia, cómo habían migrado desde distintas regiones del país, y cómo, al asentarse en Puerto Rico, comenzaron una nueva vida. El encuentro resultó profundo, pues no solo se conectó con ellas a través de sus historias, sino también a partir de las propias experiencias familiares marcadas por la violencia de los años 80. Así, surgieron puntos en común que unieron más allá de las diferencias geográficas.

A lo largo de los cuatro meses que estuvimos inmersas en el territorio, descubrimos una realidad que muchas veces pasa desapercibida: el papel fundamental de las mujeres en la economía local. Aunque no reciben un salario por el trabajo que realizan en la tierra, son ellas quienes sostienen a sus familias. Su trabajo es silencioso pero vital. Muchas de ellas, en su lucha diaria, deben dejar sus fincas para garantizar la educación de sus hijos, sacrificando el hogar y su trabajo en el campo por el bienestar de las generaciones futuras. Nos conmovió escuchar cómo, para muchos, el recuerdo más feliz de su infancia era ir a la escuela, porque allí encontraban un momento de descanso del agotador trabajo en la tierra.

Estas mujeres, invisibilizadas en muchos aspectos, son quienes sostienen el tejido social y económico de Puerto Rico, Caquetá. Sus manos, que siembran, cosechan y cuidan, son las que también abrazan a sus hijos, enseñan a sus hijas y llevan el peso de una tierra fértil pero dura. No necesitan reconocimiento público ni honores; simplemente, necesitan ser escuchadas.

Y en nuestro tiempo con ellas, aprendimos que, aunque las barreras del dolor y la violencia sean

difíciles de romper, el trabajo compartido y el reconocimiento de su importancia en la tierra son el primer paso para empezar a tejer nuevas narrativas de esperanza.

- **Encuentro con ASOGANAR.**

La Asociación Ganadera de Puerto Rico (ASOGANAR) es una organización que agrupa a productores agropecuarios de la región. Aunque su enfoque principal se orienta hacia la comercialización y el mejoramiento de la actividad ganadera, también ha fomentado espacios de participación para las mujeres que se dedican al cuidado de la tierra y al trabajo comunitario. Si bien no se trata de una asociación exclusiva para mujeres, ASOGANAR ha reconocido la importancia de integrar sus aportes y saberes, especialmente en un contexto marcado por la necesidad de revalorar el rol de las campesinas en la economía local.

Gracias a los primeros encuentros con algunas de sus integrantes, se identificó un interés en profundizar en las memorias y las vivencias de las mujeres campesinas, quienes, a pesar de no estar enfocadas en la ganadería, comparten las dinámicas del trabajo rural y enfrentan desafíos similares en la búsqueda de reconocimiento y autonomía. Esta disposición al diálogo permitió establecer una relación de confianza con la asociación, que a su vez facilitó el acceso a las historias de vida de las mujeres que participan en sus actividades.

Después de los encuentros iniciales con las mujeres de ASOGANAR y de escuchar sus historias relacionadas con la tierra, la migración y el trabajo en la hoja de coca, se hizo evidente la necesidad de estructurar una metodología que integrara la voz de las participantes en cada etapa de la investigación. A partir de esta experiencia, se diseñó un proceso metodológico orientado a la construcción colectiva de conocimiento, centrado en la narrativa y en la creación estética como posibilidad para resignificar las memorias individuales y colectivas. Con ello, se busca profundizar en la comprensión de las realidades de las mujeres cocaleras, revalorando sus saberes y reconociendo su protagonismo en la producción agropecuaria y en el tejido social de la región.

El primer paso de esta metodología consiste en establecer una relación cercana y de confianza con

la comunidad en la que se desarrolla la investigación. Siguiendo la perspectiva de Arfuch (2002), las historias personales se encuentran siempre en diálogo con los contextos sociales y culturales que las enmarcan, por lo que es esencial que el investigador no se limite a ser un observador externo, sino que participe activamente, co-construyendo los relatos con los miembros de la comunidad. De este modo, se garantiza una aproximación más auténtica y respetuosa a las experiencias de las mujeres, y se promueve un clima de cooperación donde sus voces y necesidades sean el eje del proceso.

En nuestro caso, este acercamiento se concretó a través de visitas recurrentes a las fincas de las mujeres que integran ASOGANAR, así como de encuentros informales en los que se compartieron comidas, tareas cotidianas y conversaciones sobre la historia y la cultura local.

Estas actividades crearon un ambiente de familiaridad, en el que las participantes sintieron la confianza suficiente para relatar sus vivencias personales y, a la vez, expresaron el interés de que sus historias fueran visibilizadas y valoradas en un proyecto de carácter investigativo y comunitario. Mediante la colaboración y el intercambio continuo, se sentaron las bases para la siguiente fase, donde se formalizó la ruta metodológica que más adelante se presentará de manera detallada.

Escenarios para el dialogo

Siguiendo la perspectiva de Antonio Bolívar (2016) sobre la narrativa pedagógica, es crucial crear escenarios de diálogo donde los participantes puedan compartir sus relaciones de vida y experiencias profesionales. Estos diálogos deben estar estructurados en torno a preguntas abiertas que permitan a los participantes reflexionar críticamente sobre sus trayectorias y proyectos futuros (Bolívar, 2016). En este proceso, la escucha activa y la empatía son esenciales para construir un ambiente de confianza en el que las relaciones personales puedan emerger con profundidad.

En esta investigación, la implementación de estos escenarios de diálogo se concretó mediante encuentros presenciales en pequeñas rondas de conversación, en las cuales las mujeres expusieron sus vivencias sin prisas ni interrupciones. Se diseñó un guion flexible que partía de preguntas abiertas tales como “¿Cómo se percibe su papel en la comunidad?” o “¿Qué desafíos enfrentan en el trabajo con la

tierra y en el ámbito doméstico?”. Conforme fueron relatando sus historias, se amplió la discusión de manera orgánica para incluir temas como la violencia, la migración y la relación con el cultivo de la hoja de coca. De esta manera, los diálogos no se limitaron a la recolección de datos, sino que evolucionaron hacia una reflexión colectiva, donde las participantes cuestionaron sus propias narrativas y proyectaron posibles caminos de transformación.

Encuentro pedagógico: talleres de creación.

Integrando la investigación basada en el arte, estos diálogos se realizaron a partir de 6 talleres de creación plástica, que van desde 13 de marzo al 19 de junio del 2024. Las prácticas artísticas, como señala la investigación basada en el arte, permiten expresar narrativas no solo a través de palabras, sino también mediante formas, colores y símbolos que representan las experiencias y subjetividades de los participantes. El trabajo desde la creación facilita la expresión de emociones y vivencias que a veces no pueden ser verbalizadas, y fomenta un enfoque más holístico del proceso narrativo (Hernández, 2008). Estos encuentros estarán diseñados como espacios pedagógicos donde el arte y la narrativa se entrelazan para crear nuevas formas de conocimiento.

- Taller como territorio de encuentro

Hablar de taller en la investigación implicó considerar un espacio de trabajo colaborativo en el que los participantes, guiados por un facilitador o investigador, interactuaran de manera activa para explorar, crear y reflexionar sobre un tema específico. Como metodología participativa, el taller posibilita la generación de conocimiento a través de la práctica, el diálogo y el intercambio de ideas (Lewin, 1946). Este enfoque se ha empleado ampliamente en la investigación cualitativa y en enfoques participativos, donde el objetivo central es involucrar a los participantes como co-constructores del conocimiento. En la línea de la Investigación Basada en las Artes (IBA), Hernández (2007) sostiene que los talleres permiten a los participantes expresar sus narrativas por medio de recursos creativos como el dibujo, la pintura o el teatro. Estas dinámicas facilitan la exploración simbólica y la creación colectiva, fomentando la reflexión sobre las experiencias individuales y colectivas desde una perspectiva

artística.

- Diseño de cada taller: Estructura, materiales y duración

Para esta investigación, se planificaron una serie de talleres secuenciales, cada uno con una estructura que comprendía inicio, nudo y desenlace, así como objetivos y materiales concretos. A continuación, se describe la planificación general que se siguió en cada uno de ellos:

Inicio (10-15 minutos): Presentación y ambientación: Se abría el espacio con una breve dinámica de presentación para generar confianza y familiaridad entre los participantes.

Objetivos e intencionalidad: Se explicaban de manera clara los propósitos del taller y se resaltaba la importancia de la participación, enfatizando la libertad de expresión y la ausencia de juicios.

Nudo (60-90 minutos): Actividad creativa principal: Este segmento consistía en la producción artística (dibujo, pintura, collage) que se relacionaba con un tema específico (por ejemplo, memoria geográfica, relatos de infancia, vínculos con la hoja de coca).

Uso de materiales y técnicas: Se proporcionaban insumos como papeles, cartulinas, pinturas, crayones, tela, entre otros, según la naturaleza del taller. Las investigadoras explicaban brevemente las técnicas sugeridas, pero dejaba espacio a la iniciativa personal de los participantes.

Reflexión intermedia: Tras cierto progreso en la actividad, se abría un espacio breve de intercambio para que los participantes compartieran sensaciones, dificultades o hallazgos iniciales, manteniendo la escucha activa y el respeto por las distintas expresiones.

Desenlace (15-30 minutos): Compartir final y retroalimentación: Al concluir la creación estética, se generaba una ronda de diálogo en la que cada persona mostraba su creación y narraba los significados que emergían. Este intercambio permitía profundizar en el conocimiento sensible y conectar las historias individuales con el contexto comunitario.

Cierre y proyección: El taller culminaba con una síntesis de los aprendizajes y las ideas compartidas, proyectando los posibles pasos siguientes y motivando a los participantes a ver la

creación artística como un proceso continuo de reflexión.

Duración de los Talleres: La mayoría de los talleres se desarrollaron en sesiones de dos o tres horas, dependiendo de la complejidad de la actividad y de la disponibilidad de los participantes. Se consideró necesario otorgar tiempo suficiente para la parte creativa y el diálogo reflexivo posterior.

Los talleres son los siguientes:

Taller 1: Cartografía social/reconocimiento del territorio.

Taller 2: Telas y vida/ Vida y relato.

Taller 3: Cartografía sensible, imágenes y sonido.

Taller 4: Vida con la hoja de coca.

Taller 5: Tinta y recuerdo.

Taller 6: El pasado en la roca.

Enfoque participativo y reflexivo.

Los talleres se diseñaron para activar la memoria y la reflexión en torno a temas como la migración, la familia, la relación con la tierra y el cultivo de la hoja de coca. Con base en esta estructura, cada encuentro funcionó como un territorio de intercambio, donde las mujeres coconstruyeron significados y establecieron un vínculo de confianza a través de la producción artística y la narración de sus experiencias con las investigadoras. Gracias a esta metodología, el taller se convirtió en un espacio seguro para externalizar vivencias, resignificar dificultades y proyectar nuevas perspectivas. De esta forma, la creación plástica trascendió la mera representación y se convirtió en una vía de conocimiento de la realidad rural, la memoria colectiva y las historias individuales de estas mujeres.

En nuestros talleres, la prioridad fue siempre crear espacios seguros, donde el diálogo y la creatividad fluirán libremente, como un río que encuentra su cauce natural. Nos propusimos que cada taller fuera un refugio, un lugar donde las memorias individuales y colectivas pudieran salir

a la luz sin miedo, donde las mujeres pudieran expresar su historia a través de las manos y los sentidos, sin las barreras de las palabras limitadas por el dolor. Así, diseñamos siete encuentros, cada uno con un objetivo distinto, pero todos con un mismo centro: activar la memoria a través de la creación plástica.

El primer taller nos llevó a un viaje introspectivo, con el objetivo de reconocer los lugares de emigración de las mujeres antes de llegar a Puerto Rico. A través de mapas y dibujos, cada una trazaba en el papel los caminos que las habían llevado hasta ese rincón del mundo. Era un momento íntimo, donde el silencio del taller se llenaba con susurros de recuerdos y líneas que revelaban distancias, partidas y destinos.

El segundo taller entre puntadas y colores, las mujeres contaban sus rutinas, sus amaneceres en la finca, el cuidado de sus hijos, el trabajo incansable en la tierra. Las telas se convirtieron en testigos de su vida cotidiana, llenas de detalles que revelaban una historia tan invisible como vital.

El tercer taller se enfocó en escuchar el territorio. Cada sonido, desde el murmullo de los árboles hasta el crujido de las hojas bajo los pies, tiene un significado único para quienes han vivido en la tierra. Invitamos a los participantes a cerrar los ojos y escuchar, dejando que el eco de la naturaleza les traiga imágenes y sensaciones que reflejen su conexión profunda con el lugar. En esos momentos, el taller se transformó en un espacio vibrante donde el pasado y el presente dialogaban a través del sonido.

En el cuarto taller, el olfato se convirtió en la herramienta principal para evocar recuerdos. A través del aroma de la hoja de coca, cada mujer se conectaba con su trabajo en la tierra, con las madrugadas en los cultivos, con el sudor de los días largos. El olor traía a la superficie memorias que parecían escondidas, pero que nunca se habían ido del todo.

El quinto taller fue un viaje a la infancia, utilizando los materiales del territorio para recrear esos primeros años de vida, cuando el trabajo y el juego coexistían en medio de las hojas de coca y los deberes cotidianos. Las mujeres construyeron pequeñas representaciones de sus recuerdos,

utilizando la tierra misma como materia prima. Aquí, el pasado se hizo tangible entre las manos, volviendo a nacer en formas sencillas pero profundas.

Finalmente, en el sexto taller, las mujeres narraron sus infancias pintando sobre piedras . Cada pincelada era una historia, cada color una emoción. Las piedras, su fuerza y resistencia, como sus propias memorias, se convirtieron en un lienzo donde las mujeres plasmaron esos momentos que marcaron su vida. Este ejercicio cerró el ciclo de los talleres, con la certeza de que, a través de la creación plástica, logramos no solo abrir las puertas de la memoria, sino también crear un espacio seguro donde esas historias podrían ser contadas, compartidas y transformadas.

Voces compartidas: entrevistas como construcción colectiva de la memoria

Durante los meses de práctica, además de los talleres, se realizaron entrevistas tanto individuales como colectivas con el propósito de construir memorias desde una perspectiva individual y colectiva. En una primera instancia, se buscó conocer las historias familiares relacionadas con la hoja de coca a través de entrevistas individuales. Esto permitió que cada mujer relatara su experiencia personal, su conexión con el territorio y con el cultivo, revelando las memorias transmitidas por generaciones. Estas historias individuales sirvieron para entender el papel fundamental de las mujeres en el trabajo de la tierra.

Posteriormente, en las entrevistas colectivas, se profundizó en los puntos en común que compartían los participantes, lo que permitió encontrar convergencias entre sus relaciones. Fue en este espacio donde surgió una conclusión importante: el trabajo de las mujeres en la tierra no es visibilizado ni valorado de la misma manera que el trabajo de los hombres. A pesar de realizar muchas veces las mismas tareas pesadas, las mujeres no reciben el mismo reconocimiento. Sus labores son invisibilizadas, vistas como una extensión de las responsabilidades domésticas, y no como un trabajo independiente que contribuye significativamente a la economía familiar y comunitaria.

Una constante en las entrevistas fue la percepción de que el trabajo físico intenso en la tierra les hacía perder lo que ellas mismas consideraban como "feminidad". Varias de las mujeres mencionaron

que, debido a las condiciones del trabajo en el campo, no podían vestir con ropa elegante o cuidar su apariencia como desearían, ya que la dureza del trabajo lo impedía.

Comentaban que las largas horas de trabajo bajo el sol y las tareas pesadas dificultaban el mantener una imagen acorde con los estándares de feminidad que ellas mismas habían interiorizado.

Sin embargo, también quedó claro que el trabajo de las mujeres es crucial para la sostenibilidad de sus hogares y comunidades. Aunque muchos no reciben un salario formal, su trabajo es fundamental para el sustento económico y el funcionamiento de las fincas. En muchos casos, las mujeres deben dejar sus tierras para garantizar la educación de sus hijos, lo que añade una carga adicional a sus responsabilidades.

Las entrevistas, tanto individuales como colectivas, revelaron que la memoria es un proceso que se construye desde lo personal hacia lo colectivo. Las mujeres no solo recuerdan sus historias familiares, sino que también comparten vivencias comunes, especialmente en torno al trabajo en la tierra y los desafíos que enfrentan como mujeres campesinas. A través de estas narrativas, se pone de manifiesto la importancia de visibilizar y valorar el rol de las mujeres en el ámbito rural, no solo como trabajadoras incansables, sino como pilares esenciales en la estructura social y económica del territorio.

-Construcción colectiva de categorías

En coherencia con el enfoque participativo de la investigación, las categorías de análisis se definieron de manera conjunta con la comunidad, a partir de la reflexión compartida sobre los temas que surgieron de los relatos y de las creaciones plásticas. Siguiendo la propuesta de Bruner (1990) respecto a la negociación de significados mediante la narrativa, se estableció un diálogo activo entre los participantes y el equipo investigador. Este intercambio permitió identificar, de forma consensuada, los ejes que mejor representaban las experiencias y subjetividades de la comunidad.

-Producción inicial de historias y producción artística

En una primera fase, se recopilaron los testimonios de las mujeres campesinas cocaleras y se

documentaron sus producciones plásticas. Estas evidencias sirvieron como punto de partida para extraer los temas recurrentes y los significados más destacados.

-Sesiones de diálogo reflexivo

Posteriormente, se organizaron encuentros en los que las participantes pudieron examinar los hallazgos preliminares. En estas sesiones, se proyectaron algunas de las creaciones artísticas y se leyeron fragmentos seleccionados de los relatos. La finalidad era que ellas mismas identificaran los elementos clave, las problemáticas y las fortalezas que se evidenciaban en sus experiencias.

-Debate y síntesis en grupo

A partir de los comentarios e interpretaciones de las participantes, se procedió a discutir y clasificar los temas emergentes de manera colectiva. Como investigadoras registramos las palabras clave y las ideas principales que surgieron durante el debate, sin imponer una estructura rígida de categorías.

Categorías emergentes

Educación como resistencia

Rol de la mujer

“ESO” actividad con la hoja de coca

Este proceso de construcción colectiva de categorías no solo enriqueció la comprensión de la realidad local, sino que también fomentó la apropiación y el reconocimiento de las vivencias de las participantes, reforzando el principio de participación que fundamenta la presente investigación.

Análisis de las categorías

Una vez definidas las categorías a partir de las narrativas y las producciones estéticas, se llevó a cabo un proceso de análisis participativo que involucró a la comunidad en cada una de sus etapas. El objetivo fue asegurar que las interpretaciones emergentes respetaran y reflejaran la voz y los significados que los participantes atribuían a sus propias historias.

-Lectura y codificación inicial:

- Se transcribieron los relatos narrativos recabados en los talleres y las entrevistas.
- Se realizó un primer acercamiento a cada texto con lectura abierta, marcando las secciones que coincidían con las categorías acordadas (La educación como resistencia, rol de mujer y “ESO” actividad de la hoja de coca).
- Asimismo, se catalogaron las piezas creadas en los talleres (dibujos, pinturas, bordados, etc.) con base en los aspectos visuales y simbólicos que reforzaban cada categoría.

construcción de matrices temáticas.

Para organizar el volumen de información, se diseñaron matrices que relacionaban las categorías con los fragmentos narrativos y las indicaciones artísticas (colores, materiales, símbolos). Este formato permitía agrupar y comparar rápidamente datos similares, a continuación, un ejemplo de matriz:

Categoría	Fragmento narrativo	Creación	Observaciones
Educación como resistencia	R: Yo vine terminado la escuela en la nocturna y el bachiller cuando ya tuve a mis tres hijos lo termine sabatino y tengo un técnico agropecuario por el SENA... A mí me encanto estudiar, pero muchas veces por estar de tras de un varón no... Pero gracias a Dios termine, termine el bachiller, la niña	 	Durante las entrevistas algo que nos llamó la atención fue la constante mención de la escuela o la educación. Muchas de estas mujeres no tuvieron la

	mayor era la que me cuidaba el más pequeñito... Y yo me venía a las 4 de la mañana los sábados. C: Otra cosa que no olvido es que a mí me dijeron que me iban a dar mucho estudio, porque era muy inteligente, y ya cuando me dijeron que no me iban a dar estudio por la situación económica fue lo más duro que yo viví en mi vida. Entonces yo intente con mis hijas pa que ellas fueran preparadas y por eso luche por ellas. Entonces yo me quede con eso en la cabeza y fue pa toda la vida.		oportunidad de terminar sus estudios secundarios, unas solo llegaron hasta la primaria, pero en sus memorias la escuela tenía un lugar especial. Para ellas, la escuela significaba refugio y una niñez normal, fuera de las exigencias del trabajo, y la educación el camino para superarse y resistir a lo que les decían que debían ser.
--	--	--	--

Rol de la mujer.	Y: Somas las primeras en despertar y las ultimas en acostarnos y no lo valoran. M: Pero lo del campo es duro, porque usted sabe que no hay quien le haga a uno, uno como hace una huerta, y ahí los hombres son muy desacomodados. La vida de la mujer en el campo es dura, porque usted sabe que por lo general el hombre es hombre. Hay hombres que no le colaboran a uno y es peor	Taller telas y vida. Creación:    	El trabajo y la invisibilización que enfrentan las mujeres campesinas es evidente, además de una realidad de doble jornada: las mujeres no solo realizan labores domésticas, sino que también participan activamente en tareas agrícolas sin recibir el reconocimiento ni el apoyo correspondiente. Además, la expresión "el hombre es hombre" refleja
-------------------------	---	--	---

			una normalización de la desigualdad de género, en la que se asume como natural que los hombres no colaboren, perpetuando estereotipos donde la mujer asume los diferentes trabajos sin ser reconocida por esto. Es así como ella constantemente buscan reivindicar y dignificar su labor campesina, pero sin dejar de lado las luchas y
--	--	--	---

			la resistencia que han tenido para lograr esto. Nietas, hijas, madres y campesinas.
ESO	I: Ellos son los que negocian la hoja de coca, y si usted le vendió la hoja por ejemplo en este momento, hay mucha gente que está esperando la coca que les entregaron, hace dos, tres, cinco meses la plata no les llega, no se les pagan. O se las quitaron a ello, o se están guardando la plata. Están esperando la plata, pero no creo que les vaya a dejar. D: No, es que nosotras recogíamos, pero no la elaborábamos, se la vendíamos a otros se si la laboraban, era más para el vivir	Taller: creación con plastilina 	Durante las entrevistas y talleres pudimos indagar sobre la hoja de coca y como ellas lo veían. Si, la coca es un tema tabú que aun provoca reservas incluso entre ellas mismas. Inmersas en un contexto de violencias, donde los campesinos se ven sometidos a

		 Taller: creación de cartografía sensible   	los diseños de los grupos armados, estos silencios y miedosa son más palpables. Eso se volvió en una clave, una forma de comunicar son mencionar directamente. encontramos también que su trabajo no se orienta a la acumulación, sino a la subsistencia, reforzando la precariedad y la dependencia económica. Además, se sugiere una falta de justicia y
--	--	--	---

			transparencia en las relaciones comerciales, que afecta a toda la comunidad, pero que pone a las mujeres en una situación especialmente vulnerable al no tener participación en las negociaciones.
--	--	--	--

Este proceso de análisis, desarrollado de manera colaborativa, permitió comprender no solo la variedad de experiencias individuales, sino también los aspectos colectivos que definen la realidad de las mujeres campesinas cocaleras. Asimismo, favoreció la validación comunitaria, dado que las conclusiones emergentes reflejan y respetan los significados que las participantes otorgaron a sus propias historias y producciones estéticas.

Escuchar y aprender

En el siguiente capítulo presentamos los resultados de la investigación realizada junto a ocho mujeres de la Asociación de Ganaderos de Puerto Rico, Caquetá (ASOGANAR). Durante cuatro meses, llevamos a cabo un proceso de escucha, diálogo y recopilación de historias, con el objetivo de comprender cómo estas mujeres interactúan y se relacionan en un entorno marcado por lo campesino y lo cocalero.

Nos centramos en analizar sus roles, los desafíos que enfrentan y el impacto que la producción de coca tiene en sus vidas. A través de talleres de creación plástica, las participantes narraron de manera sensible las diferentes etapas de sus vidas, permitiendo una aproximación más profunda y emocional a sus experiencias. Estas actividades revelaron aspectos significativos de sus trayectorias personales y colectivas, enriqueciendo el análisis de su relación con el territorio y su entorno.

Como resultado de este trabajo, se establecieron tres enfoques de análisis que destacan las prácticas recurrentes y los imaginarios que estas mujeres construyen en torno a su territorio. Estos enfoques son la educación como escenario de resistencia, permiten comprender mejor su cotidianidad, sus dinámicas sociales y los significados que atribuyen a sus vivencias en este contexto particular.

Capítulo VI: Voces desde ASOGANAR

En el siguiente capítulo presentamos los resultados de la investigación realizada junto a ocho mujeres de la Asociación de Ganaderos de Puerto Rico, Caquetá (ASOGANAR). Durante cuatro meses, llevamos a cabo un proceso de escucha, diálogo y recopilación de historias, con el objetivo de comprender cómo estas mujeres interactúan y se relacionan en un entorno marcado por lo campesino y lo cocalero. Nos centramos en analizar sus roles, los desafíos que enfrentan y el impacto que la producción de coca tiene en sus vidas y la escuela como escenario de resistencia para dichas mujeres. A través de talleres de creación plástica, las participantes narraron de manera sensible las diferentes etapas de sus vidas, permitiendo una aproximación más profunda y emocional a sus experiencias. Estas actividades revelaron aspectos significativos de sus trayectorias personales y colectivas, enriqueciendo el análisis de su relación con el territorio y su entorno.

Como resultado de este trabajo, se establecieron tres enfoques de análisis que destacan las prácticas recurrentes y los imaginarios que estas mujeres construyen en torno a su territorio. Estos enfoques permiten comprender mejor su cotidianidad, sus dinámicas sociales y los significados que atribuyen a sus vivencias en este contexto particular.

Educación como escenario de resistencia.

En las diferentes memorias compartidas por estas mujeres, en la mayoría de ellas se resaltó la educación como un espacio de confort y diversión. El porqué de esto es tan simple como sorprendente, ya que como ellas misma lo dicen en el campo no se descansa.

J: En una finca uno siempre madruga por ahí a las 5 uno ya se levanta pues más pequeño por ahí a las 6 de la mañana, pero siempre es y uno, o sea, se levanta temprano y se acuesta temprano a las 7 ya está ya en el campo. En ese tiempo no era como hoy en día con tantas

comodidades, que hay televisor, que Directyd y en ese tiempo no era nada, con la luz de la velita y ya, y ya y pues la gente se acostaba cansada porque todo el día trabajando no, no es como ahora que se acuestan a las 10 o 11 de la noche, ¿no?

-.VG :¿En la finca había otros niños o solo usted y la hermana?

-.J: las fincas eran lejos los vecinos están lejos lejos

- DM: ¿ustedes inventaban sus propios juegos ahí como podían?

- J: En el campo no hay tanto tiempo de jugar, hay muchas cosas que hacer.... que limpiar, que ayudar a sembrar pasto, eso no hay tiempo de nada.

Entrevista J /24/04/2024

El único tiempo de descanso es cuando son enviadas a las escuelas en donde tienen tiempo de reír, de jugar y de aprender cosas nuevas, pero sobre todo de entablar relaciones de compañerismo fuera de la familia. En las fincas, donde el ritmo de vida está marcado por el trabajo constante, desde madrugadas hasta noches tempranas, las mujeres mencionan que el tiempo de descanso era casi inexistente. La vida en el campo estaba orientada a las tareas diarias, como el cuidado de los animales, la siembra, y el mantenimiento del hogar. Estas actividades no solo demandaban esfuerzo físico, sino también mental, ya que se les enseñaba a trabajar desde muy pequeñas. En este contexto, el trabajo se convierte en la norma, dejando poco espacio para la infancia tradicional que muchos asociamos con momentos de juego y relajación.

- -. VG: ¿Sumercé dice que le gustaba mucho ir a estudiar?

- -. R: Aun me gusta, me encanta.

- -.VG: Que es lo más bonito que recuerda de la escuela.

- -.R: De las amistades, cuando competíamos, cuando teníamos que hacer educación física, siempre hacíamos carreras ganábamos, en ese tiempo yo era flaquita.

Esto se evidencia en el taller 4 donde una de las mujeres explica que la escuela en su infancia es un camino cotidiano y ayudo a seguir a delante



IMAGEN 10: DIARIO DE CAMPO, 2024

Evidenciando así que el poco o el mucho tiempo que asistieron a la escuela fue un espacio donde se permitieron ser niñas.

Nunca hubiéramos imaginado que la escuela pudiera ser un escenario de resistencia para ella. Resistencia a la adultes temprana, al trabajo agotador del campo y sobre todo, resistencia a lo impuesto por el contexto que los toco vivir.

Reflexionamos en torno a cómo, para nosotras desde las ciudades la educación es la norma, algo que vemos como normal e incluso en algunas ocasiones como algo tedioso mientras que para ellas es un privilegio que en muchas ocasiones fue interrumpido por las circunstancias tanto familiares como del territorio; ya que sus infancias se desarrollaron en un contexto donde la presencia de grupos armados, las plantaciones de coca y el abandono del gobierno, fue lo que marcó sus vidas desde la desigualdad y la precariedad.



IMAGEN 11: TALLER 2, 2024



IMAGEN 12: TALLER 2, 2024

Las fotografías 1 2 y 1 3 , fueron tomadas en la vereda de los Alpes, el día en que nos invitaron a una junta de acción comunal, ¿el escenario? El único colegio con el que cuenta la vereda, el cual, además, está alejado de las fincas y el caserío pero que, tal y como se ve, no solo es un espacio académico, sino que es uno de encuentro, de reunión y discusión, donde, las condiciones en las que se encuentra, es importante para cada una de las personas que lo habitan. Es por esto por lo que la educación y la escuela toman un significado más profundo para la vida de estas mujeres ya que no solo representa adquirir un conocimiento o una obligación que cumplir, sino que es una forma de escapar de sus realidades e intentar soñar con algo más, algo más allá de la violencia. Si se quiere lograr una educación significativa, según Dussel (2001), no solo debemos tomar en cuenta los conocimientos formales e institucionales, sino también los aspectos culturales, emocionales y contextuales que constituyen la vida de los estudiantes, que trascienda las barreras de la desigualdad y poder conducir a los niños a un futuro diferente al impuesto, porque al final la educación se convierte para estas mujeres en sinónimo de libertad y resistencia.

IP: A mí me había quedado ese amor, entonces yo les preguntaba que cuantos estudiantes salían a hacer una carrera y ellos me decían mmmm eso si no sé qué, no salen porque esos se van si bien para la guerrilla o bien de narcos o bien de atracadores, bueno, en fin. Entonces yo aquí en Florencia decían porque no me puedo ir allá a ayudar a mis estudiantes.

Entrevistas de IP, 23/04/2024

Durante las entrevistas que realizamos, logramos entablar un ambiente donde las anécdotas iban y venían de lado a lado, donde más que entrevistas logramos conversaciones de una manera horizontal, donde la reflexión y confrontación con nosotras mismas era constante. Con la profesora Inés vimos de cerca el impacto que tiene u profesor en la vida de los niños y jóvenes. Era palpable

el amor de la profe Inés a la hora de hablar de sus estudiantes. Mientras la entrevistábamos no dejaba de mencionar a sus estudiantes y como aún hoy en día siempre los lleva presentes, tanto así que guarda no solo anécdotas, sino que también las cartas que ellos le regalaban. Por esto autores como Bolívar (2013) resaltan como el compromiso y la resistencia del profesorado están correlacionados con el logro de los estudiantes, ya que, sin un compromiso genuino, los esfuerzos de cambio son limitados



IMAGEN 13: ENTREVISTA IP, 2024.

El compromiso de los docentes es fundamental en el proceso de los estudiantes, pero también lo es para el maestro. La profe I guarda en su oficina con gran cariño y cuidado las cartas y trabajo que le daban sus estudiantes cuando aún ejercía. la imagen muestra precisamente esos pequeños retazos de cariño y memorias que le dejó la escuela, sus estudiantes.

Para nosotras, maestras en formación esta muestra de entrega y amor hacia la labor docente nos trastoca profundamente ¿Seremos nosotras capaces de esto? ¿De voltear a mirar atrás y decir que estamos orgullosas de lo que hicimos y de lo que logramos para nuestros estudiantes? Si algo se nos grabó en nuestras mentes fue saber que la educación si importa, que, aunque no haya esperanzas la escuela puede ser un espacio para que los niños puedan ser niños, para que sigan soñando, jugando y sabiendo que puede haber algo más allá de lo que tienen frente a sus ojos.

Si bien ellas resaltan el impacto que dejó la escuela en sus vidas también mencionan que es un lugar muy desigual en relación con la educación en las ciudades o el centro del país, ya que al ser una zona del sur del país se ve abandonada por las instituciones del gobierno por ende realizan la siguiente afirmación.

-D.M: Profe, usted como ha visto como esto del territorio ha afectado a la escolarización de los chicos.

- IP: Hay algo con lo que yo no estoy de acuerdo, por ejemplo, las pruebas ICFES a nivel nacional.... Todas las pruebas son iguales, no es justo. Hay escuelas donde en mayo apenas les está llegando el maestro, un maestro que apenas le llegue en mayo todas esas enseñanzas que debió haber dado antes no las tiene el estudiante. Como puede competir el estudiante, con un alumno donde en la ciudad lo tiene todo. Tiene, sus laboratorios de física, de química, tiene todo, tiene sus computadores, la luz; en el campo no, el maestro llega por ahí no, los alumnos no tienen como llegar a la escuela, van una o dos veces, el maestro a veces no llega.

No veo porque hay una situación igual en las pruebas ICFES cuando se sabe que hay lugares donde no hay.... No hay laboratorios de nada.

Yo digo, no es justo, eso a mí no me parece justo. Ahora por acá en Caquetá es uno de los departamentos más olvidados. Donde hay un salón para los cinco grupos de primaria, imagínese usted. No me parece justo eso.

Entrevista IP, 13/04/2024

Es así como se pone en evidencia una de las principales injusticias del sistema educativo colombiano: la inequidad territorial. Las diferencias en el acceso a la educación de calidad entre las zonas rurales y urbanas son una barrera para el desarrollo social y económico de muchas regiones del país. El abandono por parte de las instituciones gubernamentales y la centralización de los recursos en las grandes ciudades contribuyen a perpetuar un ciclo de desigualdad que afecta a las generaciones más jóvenes. En este sentido, es crucial repensar las políticas educativas, asegurando que los recursos y la atención a las zonas más vulnerables no solo sean una promesa, sino una realidad que permita a los estudiantes del campo competir en igualdad de condiciones con aquellos de áreas más privilegiadas.

Al final la educación, para las mujeres de ASOGANAR, se presentó como un refugio frente a las exigencias del entorno campesino y cocalero, un espacio donde pudieron experimentar una infancia que el trabajo y las responsabilidades tempranas les negaron. En un contexto marcado por el agotamiento físico y las largas jornadas laborales, la escuela significó un respiro, un lugar de compañerismo, juego y aprendizaje.

. A pesar de estas limitaciones, identificamos a través de las entrevistas, talleres y conversaciones con cada una de ellas de manera reiterada como la escuela ofreció algo más profundo: un puente hacia la esperanza. En un territorio marcado por la violencia, el narcotráfico y la exclusión, la educación representó para estas mujeres un escape simbólico, una oportunidad

para soñar. Aun desde la precariedad, se revela cómo la educación adquiere un significado transformador, no solo como un derecho vulnerado, sino como un espacio donde se gestan sueños de resistencia, cambio y dignidad. Es así como gracias a los talleres desde la creación plástica que se logró que ellas recordaran su paso por la escuela, y el impacto que tuvo en sus vidas, es gracias a trabajar desde las creaciones plásticas que se hace memoria corporal de lo que les implicaba la escuela y todas esas huellas que dejó en sus vidas. Más allá de lo académico, la educación se erigió como un acto de resistencia ante la adultez prematura y las dinámicas impuestas por su realidad.

Sin embargo, esta experiencia estuvo atravesada por un abandono estatal que perpetúa la desigualdad estructural en zonas como Caquetá. La falta de maestros permanentes, laboratorios, recursos pedagógicos y una infraestructura adecuada refleja cómo el vacío institucional condena a las comunidades rurales a una educación precaria que dificulta la igualdad de oportunidades frente a los estudiantes urbanos. La niñez se vive en tensión permanente entre el juego y el trabajo, entre el deseo de aprender y las exigencias de sobrevivir. Para muchos niños y niñas, especialmente en familias campesinas y cocaleras, la infancia se ve truncada por responsabilidades prematuras impuestas por la necesidad económica. La escuela, cuando se logra asistir, compite con las largas jornadas de trabajo en el campo, el cuidado de hermanos menores o las labores del hogar. Esta realidad no solo limita su desarrollo integral, sino que reproduce ciclos de exclusión, ya que les arrebató el tiempo y la energía que deberían estar destinados al aprendizaje, al descanso y al juego. Las pocas posibilidades de una niñez plena y protegida en lo rural reflejan una deuda histórica del Estado con las infancias campesinas, cuyas vidas se ven condicionadas por la desigualdad estructural, la falta de oportunidades y el peso de una adultez que llega demasiado pronto.

El rol de la mujeres en el campo.

Yo me fui muy niña de la casa.... Tenía ocho años... Me recogieron y me enseñaron a manejar y arreglar carros luego a todo lo del campo, a mí me criaron como un niño, no fui niña fui niño... Esas fueron mis aventuras andando, mis aventuras trabajando

Taller 2, M, 2024.

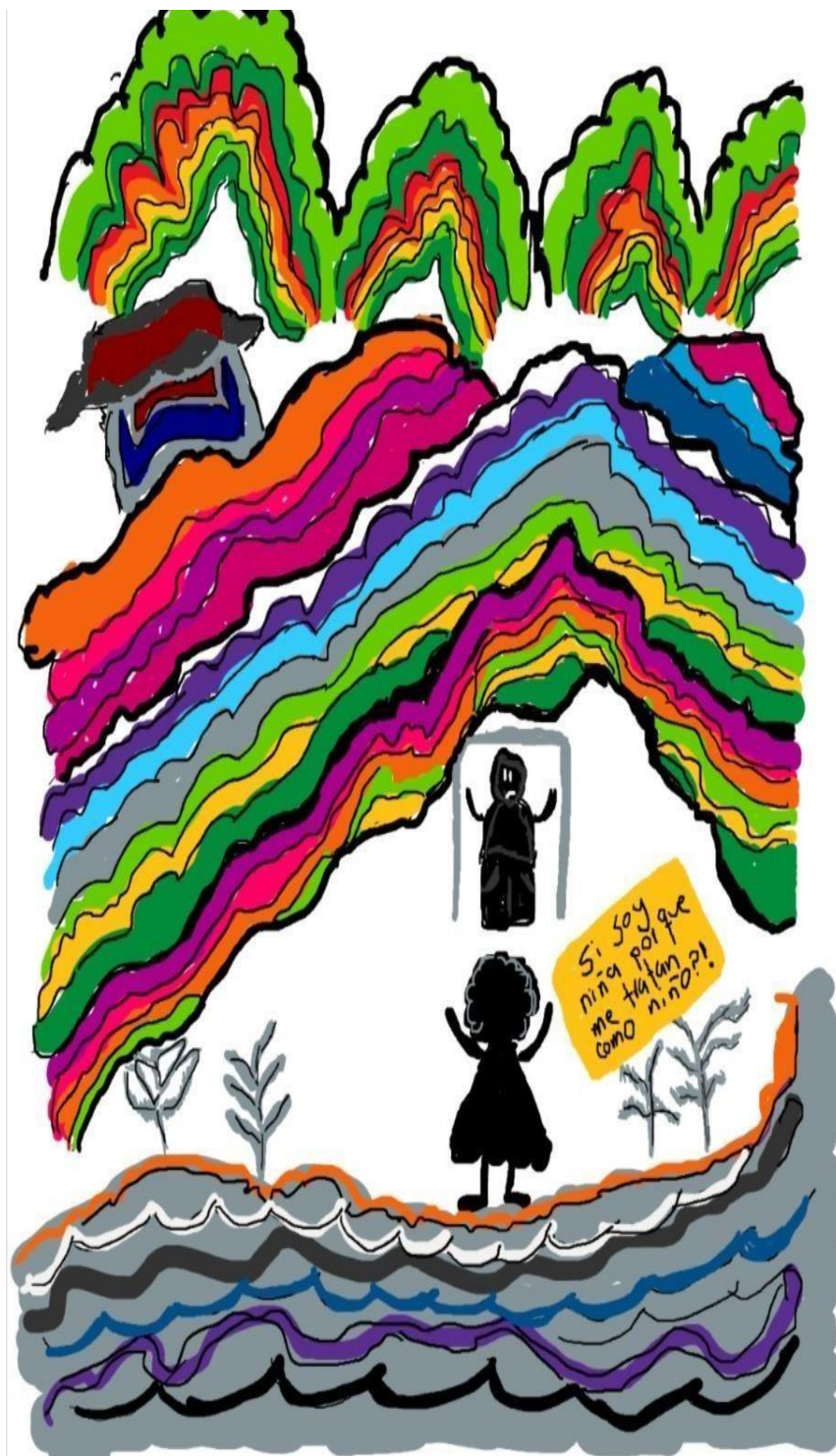


IMAGEN 14: DIARIO DE CAMPO, TALLER 2, 2024

Hay testimonios que nunca son fáciles, ni para la mujer que los cuenta ni para nosotras que escuchamos cada uno de ellos, pero detrás de esos recuerdos , también hay entendimiento y compañerismo entre todas esas mujeres que pasan su vida luchando día a día, por ellas, por sus hijos

y familias. Esto se hizo mucho más evidente el día que estuvimos en la vereda de los Alpes. Mientras hablábamos con ellas las risas siempre estuvieron presentes. Habíamos planeado para ellas un taller, donde se permitieran sentir y las telas se convirtieron en un lienzo de su vida cotidiana, que revelaban una historia tan invisible como vital. Porque los aprendizaje y reflexiones más significativos se dieron cuando las mujeres tuvieron la oportunidad de reflexionar sobre sus experiencias personales en un ambiente donde la colaboración fue importante (Lewin, 1946).

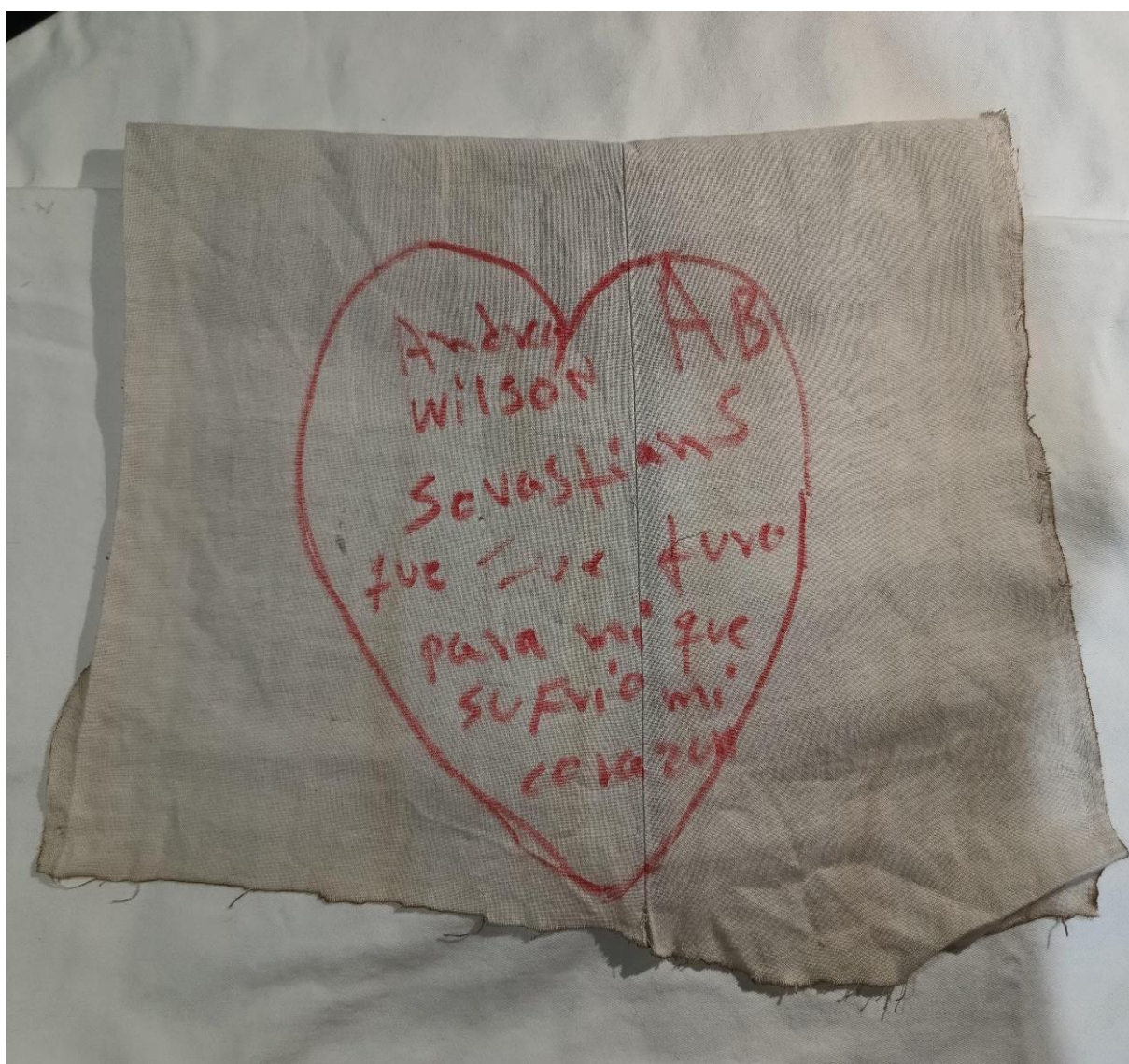


IMAGEN 15: TALLER 2, 2024

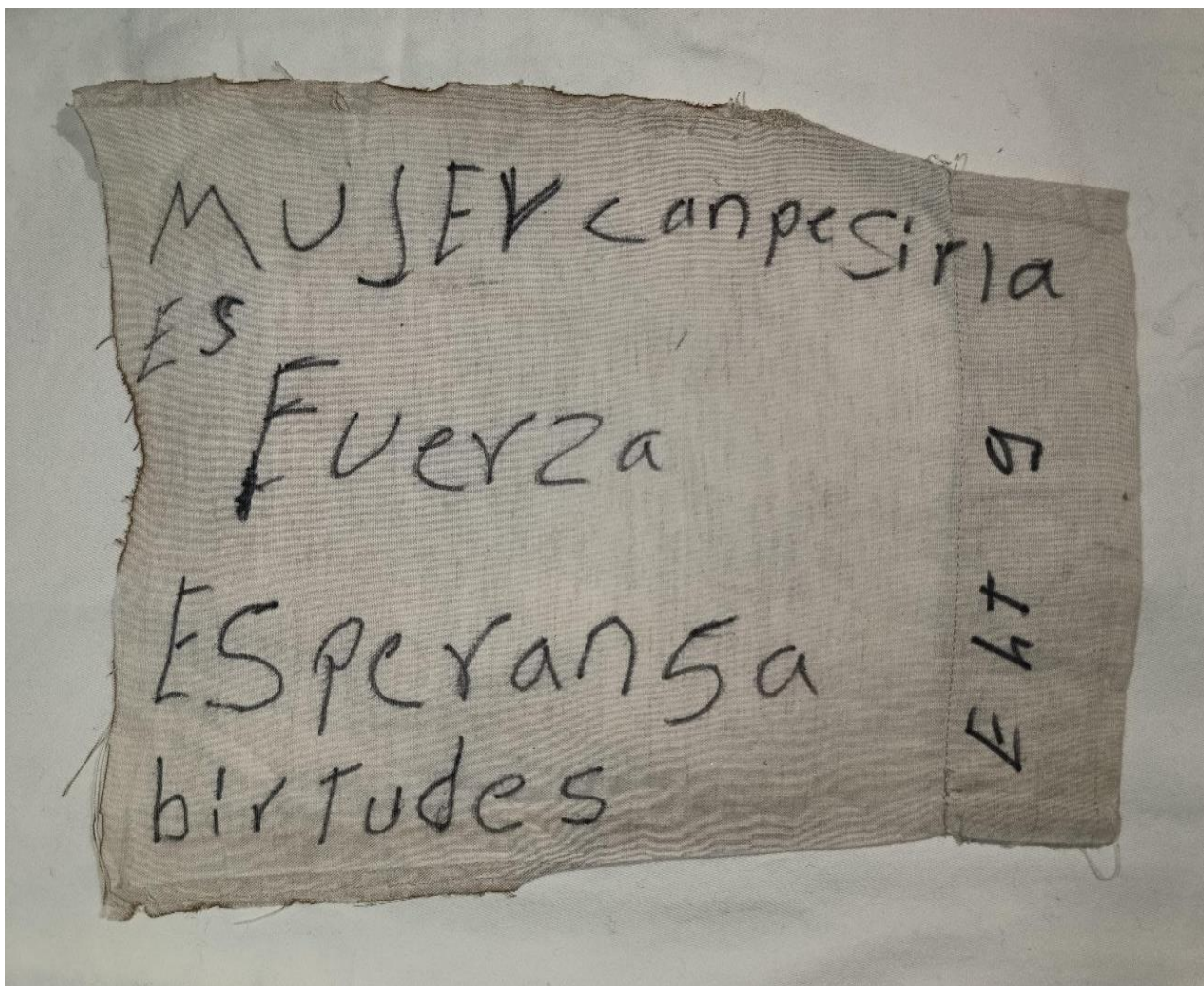


IMAGEN 16: TALLER 2, 2024

Así como ellas mismas plasman en sus telas, el ser mujer campesina es fuerza, es trabajo, es lucha. También es el sufrimiento por los hijos alejados o perdidos (como la imagen 16 lo representa). Son el refugio que encuentran en sus fincas, por las que luchan constantemente y tal como dicen ellas, son esperanza con esa fuerza que, aunque marcada por el dolor, sigue adelante con la determinación de quienes saben que su lucha no solo es por ellas, sino por las generaciones que vienen detrás. El taller de la vereda los Alpes no fue solo un espacio de aprendizaje, sino una vivencia de sensación colectiva donde el arte se convirtió en un puente entre las historias personales y el poder del grupo.

Allí, la creación no solo fue una manifestación de lo que se había vivido, sino también de lo que aún se soñaba y deseaba. Cada trazo, cada tela bordada llevaba consigo la huella de una historia compartida, que están llenas de dignidad, esperanza y fortaleza. Aun así, a veces, la mirada se equivoca. Vemos a mujeres trabajando juntas, compartiendo labores, apoyándose entre sí. Pero más allá de lo que parece, están inmersas en un mundo donde la fuerza bruta sigue marcando las reglas, un mundo dominado por hombres donde esa fuerza se tiene que hacer más presente. Muchas de ellas han tenido que hacer a un lado a la niña que fueron alguna vez, aquella que soñaba sin miedo y reía sin reservas. No porque quisieran, sino porque la vida les exigió templar el espíritu. Han encontrado en su interior una fuerza física, que les permite avanzar sin vacilar donde enfrentan un mundo brutal de hombres.



IMAGEN 17: TALLER 2, 2024



IMAGEN 18: TALLER 2, 2024.

En el imaginario colectivo cuando se piensa en el campo, en el campesino la figura del hombre es predominante, ese hombre fuerte con un machete o azadón en la mano y su piel maltratada por el sol, pero que pasa si en vez de ver a ese hombre vemos la figura de una mujer,

claro tal vez con un cuerpo más pequeño, pero estando bajo ese mismo sol y sosteniendo esas mismas herramientas que, a veces pensamos solo puede sostener la mano de un hombre, y es esto lo que se observa en la imagen 16 plasmado por una mujer, este extenuante trabajo que día a día tiene que realizar.

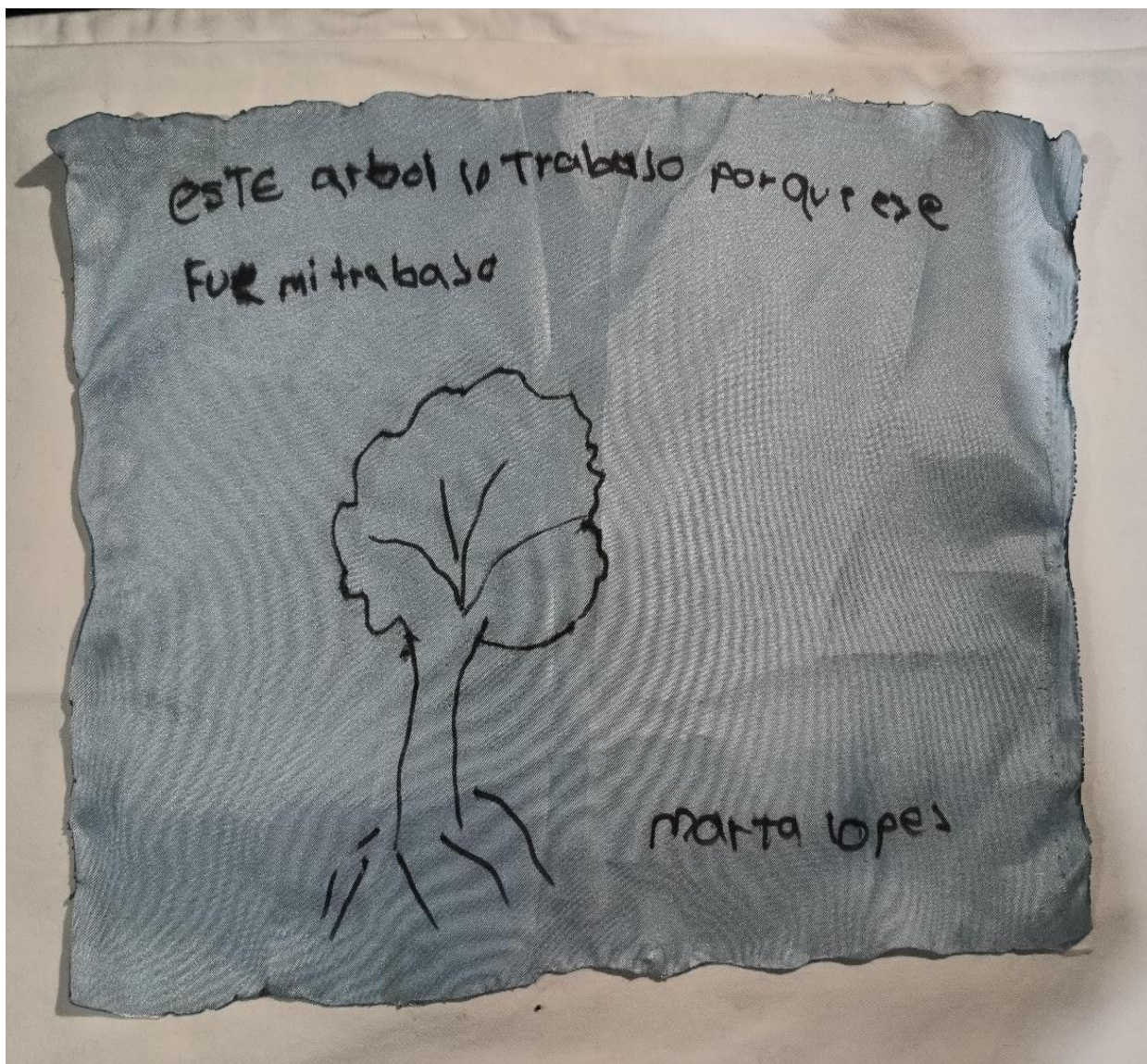


IMAGEN 19: TALLER 2, 2024

Se puede pensar que la labor del campo al ser físicamente exigente las mujeres no estarían tan presentes en ese escenario, que las mujeres quedan relegadas tras bambalinas, cocinando a los trabajadores y cuidando a los niños (que por sí solo es un trabajo exigente y no reconocido). Pero la realidad es otra: ellas sostienen la vida desde las cocinas y los hogares, pero también están en la siembra y la cosecha, en la lucha por la tierra, en el esfuerzo invisible que sostiene todo lo demás. Así como se plasma en la tela lo siembra porque es suyo y porque su vida está ligado a las raíces de los árboles.

Lo dicho anteriormente se resalta también en la entrevista con LC donde nos dice:

-LC: Valentina es que a las mujeres no nos queda grande nada, nosotras que no hacemos, eso no es cosa del otro mundo es normal, incluso si usted tiene un hijo y el marido se fue, ellas son las que van y trabajan. La mujer en el campo es muy berraca.

Entrevista LC, 4/06/ 2024



IMAGEN 20: TALLER 4, 2024

Durante uno de los talleres, planteamos la idea de hablar de la coca a través de la coca. Para lograr esto, dispusimos de algunas hojas de coca que nos regaló una persona del pueblo y les pedimos a las participantes que plasmaran con ellas y plastilina algún recuerdo de su infancia, donde esa hoja fuera el desencadenante de dicha memoria. Lo que vimos en cada uno de sus trabajos fue un pequeño espejo que nos transportaba a su infancia. Para muchos puede que parezcan figuras sin sentido, pero para ellas, son rastros de sus luchas y recuerdos y vivencias personales.

Fue en este contexto que una mujer nos relataba cómo el trabajo con la coca era muy complejo, ya que tenían que estar todo el día oliendo mal, con la ropa sucia, y además lidiar con la menstruación. En sus palabras:

M: Si, como le decía eso es muy feo para uno de mujer, imagínese estar con la menstruación, no era que me gustara era más por necesidad

Entrevista M, 22/052024

Silvia Federici, en *Revolución en punto cero* (2020), nos recuerda que el trabajo doméstico y de reproducción ha sido históricamente invisibilizado, no porque carezca de valor, sino porque el sistema ha decidido no reconocerlo, además de la explotación de las mujeres ha sido considerados recursos disponibles para el crecimiento económico, lo que ha llevado a la degradación de la vida femenina. En el campo, esta verdad se multiplica: la mujer no solo carga con el trabajo del hogar, sino que también cultiva, cosecha, organiza y resiste. Realiza una, dos, tres y hasta cuatro tareas al mismo tiempo, sin pausas y sin reconocimiento.

M: Pero lo del campo es duro, porque usted sabe que no hay quien le haga a uno, uno como hace una huerta, y ahí los hombres son muy desacomodados. La vida de la mujer en el campo es dura, porque usted sabe que por lo general el hombre es hombre. Hay hombres que no le colaboran a uno y es peor.

Entrevista M, 22/052024

“El hombre es hombre”(Entrevista M, 22/052024) En dicen, con la naturalidad de quien asume que su rol es inamovible. Pero ¿y la mujer? La mujer es madre, cuidadora, ama de casa, trabajadora y campesina. Es la columna vertebral del campo, la que sostiene la vida en todas sus formas, incluso cuando su esfuerzo se borra de la historia, incluso cuando su lucha se da por sentada.

- Y: Somos las primeras en despertar y las ultimas en acostarnos y no lo valoran.

Entrevista Y, 24/ 04 / 2024

Madrugar, trabajar, dejar todo listo para el siguiente día...acostarse y así en un ciclo casi ininterrumpido. No, no les cuesta, es la vida que tienen y no reniegan de ella. Claro que no, porque son mujeres y que nos limita. Nada, porque somos más que capaces.

Ser una mujer campesina es difícil, preguntamos nosotras durante una entrevista, con la expectativa de una respuesta ya imaginada en nuestras mentes., porque como no iba a ser difícil, como no iba a ser algo poco deseado.

R: Para mí no hay nada, en el pueblo y en el campo esta ahorita todo: energía, internet, agua... Hoy en día no hay nada complejo para la mujer y el ser campesinos no

lo limita a uno nada.

Entrevista R, 19/05/2024

El testimonio de la mujer campesina refleja dos dimensiones importantes. Por un lado, muestra un proceso de autoconsciencia y empoderamiento, donde se reconoce el avance en las condiciones de vida en el campo (acceso a servicios, tecnología) y se reivindica el valor del ser mujer campesina sin sentirlo como una limitación. Por otro lado, también revela una naturalización de la explotación, ya que al afirmar que “no hay nada complejo” se pueden estar invisibilizando las desigualdades estructurales, las cargas de trabajo desiguales y las dificultades históricas que siguen afectando a las mujeres rurales. Esta tensión evidencia cómo, al tiempo que resisten y se fortalecen, también pueden reproducir discursos que silencian parte de su realidad.

Sin embargo, lo que se quiere resaltar como lo menciona una de las mujeres en el segundo taller, realizado en los Alpes; es que, aunque las personas de la ciudad las miren por encima del hombro su labor campesina es igual de importante que el trabajo de cualquier mujer en la ciudad, haciendo una dignificación su labor campesina.

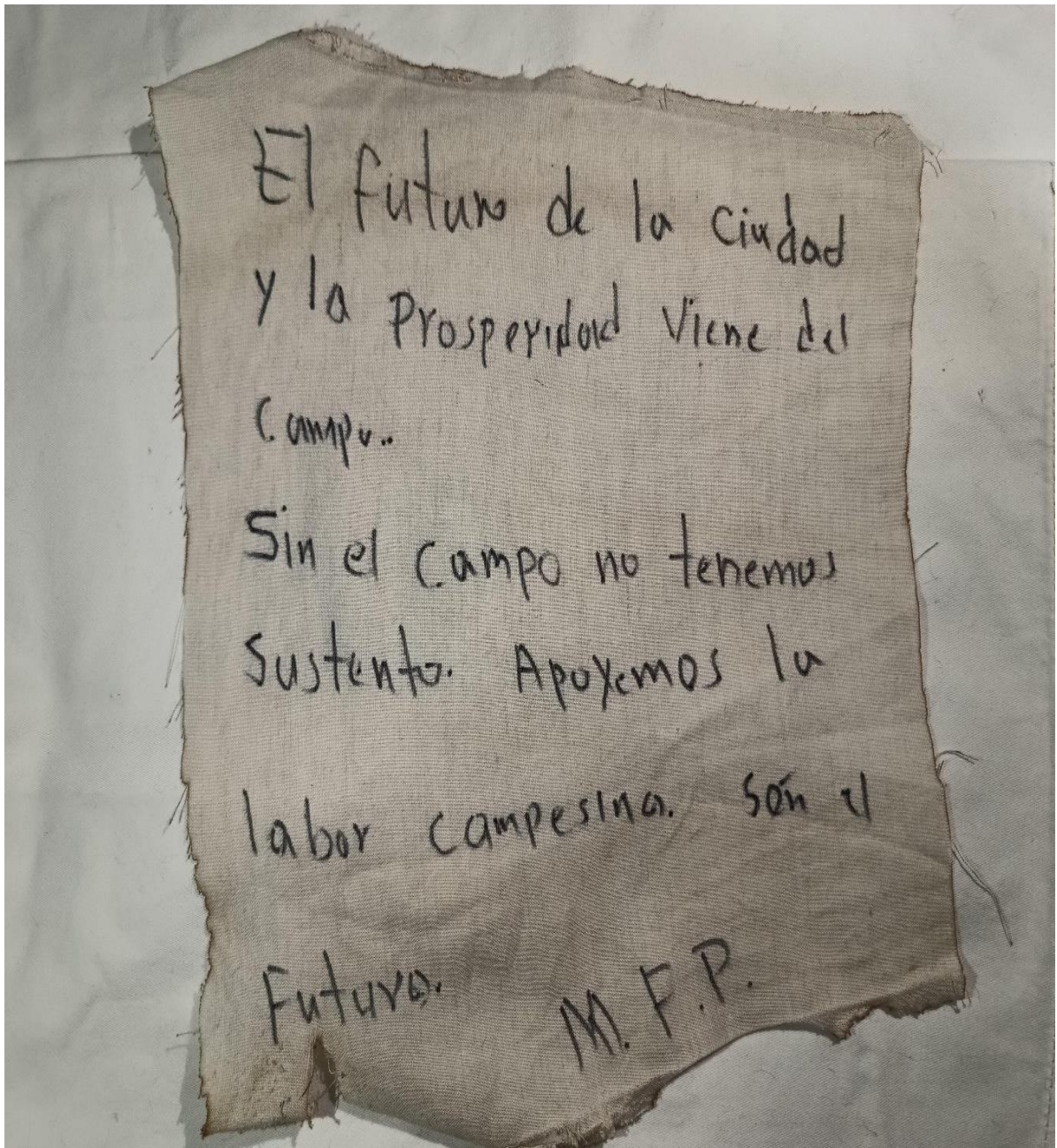


IMAGEN 21: TALLER 2, 2024

En el taller Seis El pasado en la roca, las mujeres narraron sus infancias pintando sobre piedras, las cuales son igual de resistentes como memoria y recolectadas del río de su territorio, de aquella tierra que es aparte de su historia. Es esto lo potente de la investigación basada en el arte, donde se permiten expresar narrativas no solo a través de palabras, sino también mediante formas, colores y símbolos que representan las

experiencias y subjetividades de cada mujer, como menciona Hernández (2011), las prácticas artísticas no solo permiten expresar experiencias subjetivas, sino que también dé lugar a una investigación nos permitió indagar sobre el mundo que la rodea de una manera más sensible y simbólica. R nos sigue contando.



IMAGEN 22: TALLER 6, 2024

R: Esto me trae un recuerdo muy hermoso, Cuando mi mama tenía una parcelita por el lado del diamante le gustaban mucho el jardín y las y las gallinas y al lado de abajo había un caño donde íbamos a lavar, en esa época no había lavadoras, sino que tocaba en piedra.

Entrevista R, 19/05/2024

La idea que se tiene en la ciudad del campesino y es una de tragedia romantizada, pero no, no es ni una tragedia ni mucho menos algo romántico, simplemente es lo que es, una vida de esfuerzo y trabajo, donde la fuerza es importante y el estar expuestos a la injusticia y poca remuneración es una constante, pero también son familia, amigos, hijos, madres, esposos y compañeros, son vidas que solo buscan hacer su mejor esfuerzo y estar dentro de lo posible en paz. Si, sí nos contaba Y mientras que acomodaba sus hojas de coca y moldeaba con la plastilina una pequeña parte de su vida, con su pequeña niña al lado.

-D.M: Digamos que también ustedes siendo como niñas mujeres, cómo se veían dentro de esos espacios como Por ejemplo yo lo pongo como mi ejemplo, porque cuando yo yo sí tengo hermanos hombres era como muy notoria la diferencia que se hacía entre bueno, usted es niña vengase pa' ca, y usted que es niño vaya y haga eso.

J: No, pues nosotras siempre hacíamos lo mismo, porque todas somos mujeres, de todas maneras, mi segunda mi primera hermana, o sea, la del medio ella nació cuando yo tenía siete años, o sea, siempre es una diferencia grande, en ese tiempo cuando teníamos la finca, ella tenía como unos tres añitos, estaba como como mi hija cuando era finca, ella..... me acuerdo tanto de que, eh, una vez crío una una una ovejita una ovejita chiquitita y la mamá se le murió y nosotros terminamos de crear ese ese ovejito y el el miraba a mi hermana que tenía el pijama azul cuando estaba así y él le iba a pegar a ella (risas) a lo último se puso muy agresivo y toco soltarlo con las vacas.

Entrevista J:

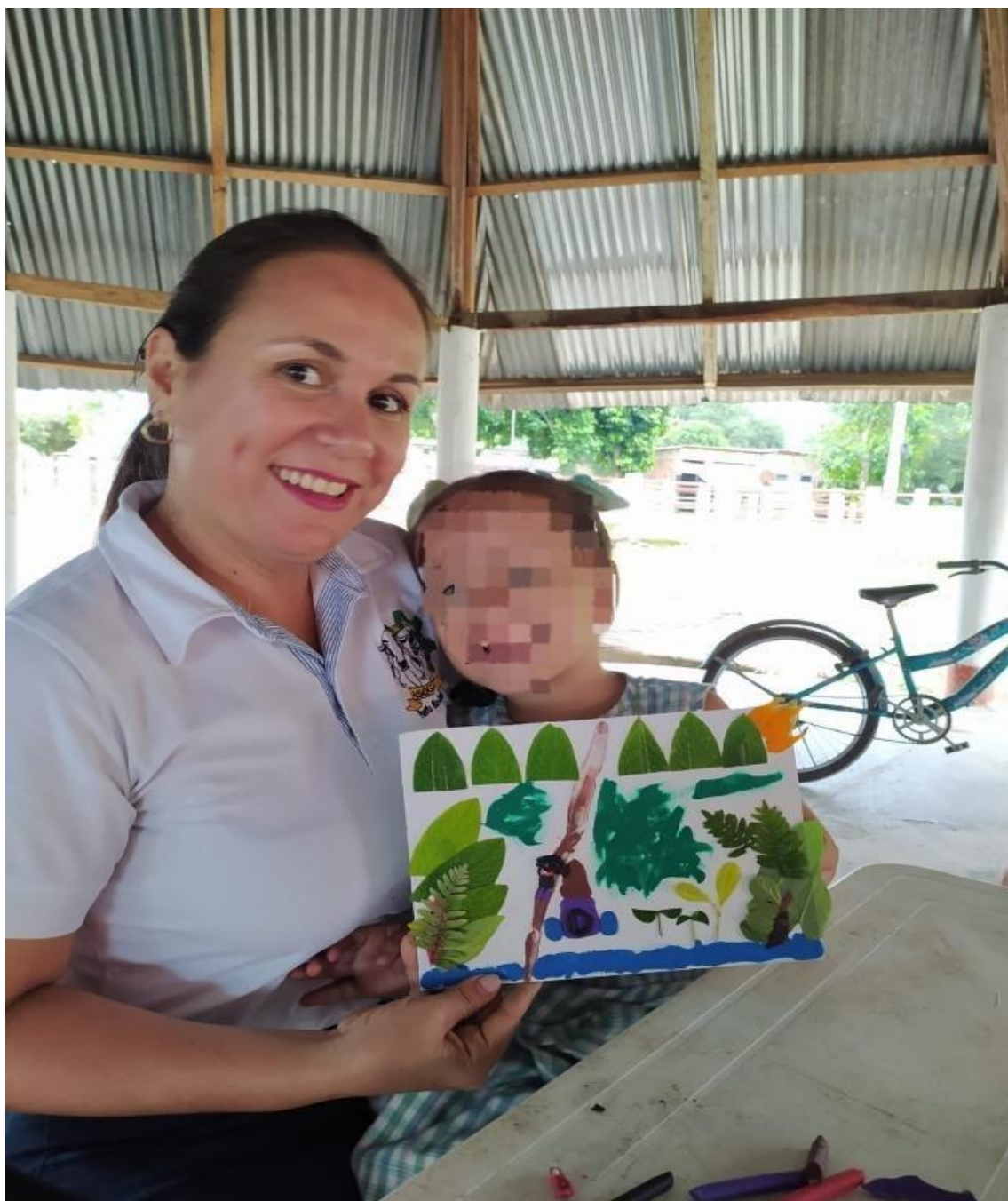


IMAGEN 23: TALLER 4, 2024

Pero ¿qué significan esos trazos que construyo? Un recuerdo de su niñez, de cuando le tocaba ir con su mama la comida a los trabajadores, el laboratorio y los cicales que le pertenecían a su familia.

Para muchas mujeres del campo, los trabajos de la con la tierra no son imposibles

ni están fuera de su alcance. Ellas saben manejar la tierra, sembrar, cosechar y cargar con el peso de las jornadas bajo el sol. No temen al esfuerzo físico ni al agotamiento que llega con el anochecer. Sin embargo, hay un reto que va más allá de la fuerza o la destreza: dejar de lado ese deseo profundo de mantener la pulcritud, esa necesidad casi instintiva de cuidar los detalles, de mantenerse impecables aun cuando el barro se adhiere a sus manos y el sudor corre por sus frentes. No es que el trabajo les resulte complicado, sino que les exigen renunciar, aunque sea por un momento, a esa parte de sí que siempre ha sabido de orden y cuidado. Se enfrenta al desafío de mancharse, de ensuciarse las manos y la ropa, de lidiar con la tierra bajo las uñas y el polvo en el rostro, porque su fuerza no solo está en el cuerpo, sino también en la capacidad de adaptarse, de transformar sus propias ideas de pulcritud y delicadeza sin perder la dignidad que siempre las ha definido.

El trabajo del campo para la mujer es aún más difícil cuando los hombres ejercen, violencia, control o simplemente poder por encima de los que ellos creen el “sexo débil”, porque ¿Que tanto tiene que hacer una mujer en raspando coca o haciendo el trabajo de un hombre?

-M. Hay veces había más viejas, hay veces no les daban trabajo a las mujeres, porque usted saber jmmmm el machismo. Eran pocas las mujeres, esos hombres eran más groseros, una vez me echaron un guio, entre los mismos compañeros se hacían maldades, seguro pa no decirles a unos vayas epa la casa.

Entrevista M, 22/05/2024

Al llegar al final de este recorrido, comprendemos que ninguna de las mujeres con las que hablamos se autodefinió como feminista ni expresó afinidad directa con los feminismos. Sin embargo, esto no debe entenderse como una carencia, sino como una oportunidad para reconocer las formas propias y situadas en las que ellas ejercen resistencias cotidianas. Sus luchas no necesitan ser nombradas desde una categoría específica, porque se encarnan en lo vivido, en lo hecho, en lo sostenido día tras día.

Este proyecto no se enuncia desde un feminismo práctico en sentido estricto, pero reconoce el valor de los marcos teóricos y académicos que los feminismos ofrecen. Estas herramientas nos permiten identificar y comprender con mayor claridad las estructuras patriarcales y las dinámicas de opresión presentes en sus contextos. Desde ahí, entendemos que lo que estas mujeres hacen son prácticas profundamente antipatriarcales, que emergen desde sus cuerpos, sus experiencias y sus territorios.

Ellas no buscan ser más ni menos que los hombres. Lo que anhelan es algo tan fundamental como justo: reconocimiento, respeto, ser escuchadas, ser valoradas por quienes las rodean —sus padres, sus esposos, sus hijos—. En un entorno marcado por la rudeza del trabajo y la carga de lo cotidiano, luchan para que sus voces tengan peso, para que sus decisiones sean tenidas en cuenta, para que sus vidas sean vistas con la misma dignidad que las de quienes las acompañan.

-VG: Sumercé cree que la mujer es valorada dentro del campo?

-D: Pues, puede que ahora así, porque la vida a cambiado mucho, pero en mi tiempo en el de antes la mujer no era valorada.

- V.G: sin duda alguna, los esfuerzos de las mujeres dieron sus frutos

D no solo nos contó estos fragmentos de su memoria, sino que a través de esas piedras piedras que recolectamos del rio para que después se convirtieran en el lienzo particular de cada una de ella, plasmo aquello que con solo palabras no nos podía mostrar.



IMAGEN 24: TALLER 6, 2024

Las voces de las mujeres campesinas de Puerto Rico, Caquetá, relatan una vida atravesada por la doble carga de género y territorio: trabajo físico extenuante, crianza en condiciones adversas, y una infancia arrebatada por la necesidad de sobrevivir. Como señala Silvia Federici (2020), el capitalismo ha naturalizado la explotación del trabajo reproductivo, relegando a las mujeres a un lugar invisible pero esencial para el sostenimiento de la vida. En el campo, esta lógica se intensifica: ellas no solo cuidan, sino que también siembran, cargan, raspan coca, madrugan y resisten en un mundo que fue pensado y organizado desde lo masculino. Los testimonios muestran cómo las niñas se convirtieron en fuerza de trabajo desde muy temprana edad, borrando la posibilidad de una infancia plena. Esta infancia robada no es solo una consecuencia del abandono



IMAGEN 25: TALLER 6, 2024

estatal, sino una expresión profunda de una estructura que sigue considerándolas prescindibles, útiles y desechables.

Sin llamarse feministas, resisten al patriarcado con cada gesto, con cada palabra y con cada decisión. No levantan banderas ni gritan consignas, pero sus actos cotidianos cuestionan y desafían un orden que por siglos ha intentado silenciarlas. Son ellas, con su fuerza y su perseverancia, las que construyen caminos hacia una igualdad real y concreta, desde la tierra que trabajan hasta los hogares que sostienen.

-Vean mujeres a nadie le va mal ni a nadie le va bien... A todos nos toca sufrir, sea poquito por si una cosa o por si otra, pero a nadie nos va bien. - Anónimo.

ESO

Eso que está ahí, pero de la que no se habla; eso que forma parte de su vida cotidiana pero que se oculta; eso que está inmerso en el paisaje pero que trae recuerdos de dolor y lucha. Eso, la coca.

-V ¿Entonces es duro para las familias que viven de eso?

-LC: No, valentina no, la gente no vive ya no vive de eso, los indígenas ellos todavía tienen eso, pero por ejemplo al pie del palito de coca siembran el cacao, la mata de plátano o cosas así porque la coca ya no y ellos la pueden tener la pueden coger y duran hasta dos o tres meses con esa harina guardaba y pues tampoco tiene garantías.

Esa estaba buena a pesar de que la guerrilla la manoseo y todo, ella estaba buena en la presidencia de Santos y Duque hizo que eso estuviera normal...Eso comenzó a perderse la gente comenzó a sembrar café, cacao o con el ganado, fue ahorita con Petro.

Entrevista LC, 22/05/2024

Una de las cosas que más se repitió en diferentes entrevista, es que cuando mencionan eso, hacen referencia a la coca, a las bombas, a la guerrilla. Puede que sea una palabra simple y que para nosotros no sea más que una manera de señalar algo banal o sin importancia, pero para ellas es un código, donde saben a qué se refieren y el significado tan profundo que arrastra,

VG: Indudablemente el Caquetá ha sido muy golpeado por la violencia.

IP: Y olvidado por el gobierno.

Entrevista IP, 23/04/2024.

Caquetá, la tierra del oro verde, donde su cordillera imponente te da la mejor bienvenida posible, donde los ríos son parte de las familias que habitan esas tierras y el cantar de las aves te acompañan durante todo el día. Una tierra de tesoros regalados por la naturaleza, una tierra que enamora pero que a pesar de todo esto también es una tierra abandonada donde su fama de guerrillera, cocalera y peligrosa resuena más fuerte que el sonido del agua que baja desde la cordillera hasta cada una de las quebradas que terminan en el río guayas hasta llegar al imponente río de las amazonas. Si, que hermosa tierra pero que dura puede llegar a ser su historia.



IMAGEN 26: DIARIO DE CAMBO, 23/04/2024.

Actualmente, la vida de los habitantes de Puerto Rico Caquetá sigue marcada por las sombras de los conflictos que comenzaron en la década de los 80. Décadas de violencia que dejaron cicatrices, tanto en la tierra que pisan como en sus memorias. Muchos creyeron que todo terminaría con la firma del acuerdo de paz en 2016. Se habló de un nuevo comienzo, de esperanza, de reconstrucción. Pero para ellos, esa promesa se desvaneció.

Una de las mujeres con quienes trabajamos, fue profesora en el Caquetá y nos compartió que ha su papá lo secuestraron, ella no volvió a saber de él. Sus recuerdos de infancia están divididos, entre la cotidianidad de los quehaceres del campo, pero también de la cotidianidad de la violencia vivida. Esa fue una de las memorias que nos contó mientras realizábamos el taller con la plastilina y hojas de coca, completamente concentrada en formar con esos materiales los recuerdos de ella pequeña finca que la acogió en su infancia.



IMAGEN 27: TALLER 4, 2024

Fueran las veces que levanto su mirada de esas figuras que tanto significaban para ella, no por las figuras en sí, sino por los recuerdos que plasmo ahí. Sus recuerdos de él (su padre) son pocos, al final ella siempre prefirió resaltar su noble labor docente. Es ahí donde entendimos como las materiales permiten expresar lo que muchas veces las palabras no permiten; cobran forma y un sentido profundo y emocional para ella. Su memoria está ahí, reflejada en cada hoja, flor y figura echa.

La paz nunca llegó del todo. La violencia cambió de rostro, pero no desapareció. Siguen enfrentando amenazas, desplazamientos y miedo. Sus vidas se ven afectadas constantemente, no solo por la inseguridad que permanece en sus tierras, sino también por el impacto económico que trae consigo la inestabilidad. Sus cultivos, su trabajo y sus sueños siguen siendo vulnerables, La esperanza que alguna vez tuvieron se ha vuelto frágil, pero, aun así, siguen resistiendo, aferrándose a la tierra y a la vida, buscando maneras de seguir adelante a pesar de las promesas rotas y de una paz que nunca llegó a cumplirse del todo.

- VG: ¿Cómo sintieron el acuerdo de paz en esta zona? ¿Se vio el cambio?

-D: No, el acuerdo de paz se hizo mal hecho, porque hubo guerrilla que se quedó del acuerdo de paz, entonces lo que hizo fue haber más conflicto porque montaron más grupos. Anteriormente sabíamos que manejaba la zona una sola guerrilla que era las FARC y las FARC y no era más, pero ahora que hay más; que las FARC, montaron La Marquetalia, que comando de fronteras, que no se quienes más, y cada día están haciendo más, ósea se complicó más la cosa.

Pues en este mandato de Petro, es que todo mundo lo ve, hasta los cultivadores, el vino a acabar con la coca. Ni Uribe, porque Uribe fumigó mucho, se dio bala por aquí, en

todos lados y hubo una guerra tremenda, pero fue cuando más precio tuvo la coca, aquí en el pueblo nomás a 2500 pesos el gramo. Santos también, pero tampoco hizo nada porque la coca la compraban normal, no pasaba nada. En el acuerdo de paz se puso antes bueno porque nadie molestaba. Claro, la guerrilla se recogió, se fue pa los centros de acopio y soltó a los campesinos que a ellos les compraban, entonces llegaron compradores de otros lados y se hacía sin necesidad de pagar impuestos.

Entrevista D, 16/05/2024

Esto recalca como la violencia sigue presente en el territorio a pesar de lo dicho o hecho por el gobierno. Las mujeres siguen experimentado miedo no solo por ellas mismas sino por, su hijos, esposos y familiares ; las constantes amenazas de reclutamiento a menores, las han mantenido pendiendo de un hilo, con angustias y un sentimiento de alerta constante. Esto también evidencia que el sentir de protección y cuidado para la mujer es infinito.

- VG: *¿Usted cree que el acuerdo de paz afecto a la producción?*

-L: *Lo que vino a afectar la coca fue en el 98 por las fumigaciones de hicieron de glifosato, antes de la fumigaciones eso era un poco de coca por todo lado y eso se movía y todo y lo que hizo que eso fuera perdiendo peso cuando las FARC cogió la coca, a la guerrilla les dio por coger la coca en el 97 – 98, monopolizando la coca porque en ese entonces usted tenía cierta cantidad de pasta y la compraba o la vendía, un Man la compraba a \$1.500 y el otro a \$1.700 y así y cuando las FARC cogió la coca dijo ya lo voy a pagar a tanto y los piratas la gente que compraba así por de aparte y luego vino las fumigaciones con glifosato y ya las que eran las zonas cocaleras las fumigaciones*

afectaron mucho a la producción que había y las FARC cogía la coca y de ahí para acá las FARC cogía eso, pero siempre ha sido el monopolio de ellos que no ha dejado, si ellos dejaran que la gente vendiera eso el gramos les saldría como a 4 o 5 mil, ahorita eso esta regalado \$1.800.

Entrevista L, 04/06/2024.

En la anterior entrevista se puede evidencia como esta economía cocalera es afectada actualmente por los monopolios, por los intereses de los grupos guerrilleros y lo que ellos quieran ofrecerles, es obvio que a lo largo de las décadas esta economía ha tenido transformaciones importantes que han impactado directamente a los campesinos y a su manera de subsistencia. Algo que queremos resaltar como punto central, es como esta economía en decadencia genera un cambio significativo en la vida de las mujeres campesinas cocalera si ya no con este trabajo.

I: Venga les cuento algo, ahora que día que recogimos una plática nos cobraron 35 millones, eso tuve que dar por lo que se vendió. Aquí llegaron, saben dónde vivimos. Nosotros dijimos, vendamos estoy nos vamos al huila, mi esposo tiene allá una hermana, en Guadalupe. Nosotros dijimos allá en el huila nunca molestan por nada, cuando a los dos días nos llama el hermano y nos dice como les parece que ahora si se nos llevó la buena, nos hicieron reunir por vereda y todo eso y nos dijeron que por cada mata de café que tengan le van a poner un precio. Entonces le dije a mi esposo, mejor quedémonos aquí. la buena, nos hicieron reunir por vereda y todo eso y nos dijeron que por cada mata de café que tengan le van a poner un precio. Entonces le dije a mi esposo, mejor quedémonos aquí Cuando el Señor Uribe subió a la presidencia muchas cosas cambiaron, se aquieto. Volvió la seguridad, ya uno salía tranquilito, ahora el señor

Santos volvió la guerrilla, por donde usted no encuentra guerrilla, de que no le saquen a usted un impuesto Ellos son los que negocian la hoja de coca, y si usted le vendió la hoja por ejemplo en este momento, hay mucha gente que está esperando la coca que les entregaron, hace dos, tres, cinco meses la plata no les llega, no se les pagan. O se las quitaron a ello, o se están guardando la plata. Están esperando la plata, pero no creo que les vaya a dejar.



IMAGEN 28: ENTREVISTA I, 2024

-VG: ¿Y si ellos se niegan a cultivar la hoja de coca, ¿cómo funciona?

-I: Ellos cultivan por su sustento económico.

-VG: ¿Aunque no se las pagan, siguen cultivando?

-I: Si.

-VG: ¿Y se las dan las mismas personas que no se las han pagado?

-I: Si, con el cuento de que a la próxima si le traemos la plata. En esta no alcanzamos a cobrar así que a la próxima. Lo digo porque tengo amigos.

Entrevista I, 23/04/2024

Durante la entrevista, I resalta de manera enfática el control que ejercen las disidencias de las FARC-EP sobre la producción de pasta base y raspado de la hoja de coca en el territorio. Según su testimonio, estas estructuras armadas han logrado cooptar casi por completo este mercado, convirtiéndose en los únicos compradores posibles para los campesinos cultivadores. Este monopolio no solo impide que los productores negocien un precio justo por su trabajo, sino que además deja en manos de las disidencias la decisión de si se les paga o no, y en qué condiciones.

Este control unilateral afecta profundamente a los campesinos, quienes se ven obligados a participar en una economía regulada por actores armados que imponen sus reglas bajo amenazas directas o veladas. Los cultivadores no tienen libertad para comercializar su producto con otros compradores ni para decidir libremente sobre su producción. Además, están expuestos a constantes situaciones de inseguridad, presión y coerción, lo cual genera una atmósfera de miedo y vulnerabilidad permanente. La presencia armada no solo limita su autonomía económica, sino también su capacidad de organización y defensa de sus derechos como trabajadores rurales.

En este contexto, la economía cocalera local se ha ido desestabilizando, pues ha dejado de ser una actividad con autonomía relativa para convertirse en una producción

controlada, restringida y cada vez más incierta. A pesar de que, históricamente, el cultivo de coca ha representado una fuente de sustento para muchas familias en la región, los testimonios como el de I evidencian que está ya no es una opción viable o sostenible a largo plazo. Año tras año, los habitantes del territorio se enfrentan a un panorama laboral cada vez más limitado, donde las posibilidades de supervivencia económica se reducen, y las alternativas son prácticamente inexistentes.

La coca es su sustento, la forma en que intentan darles una vida digna a sus hijos y familia, claro, son conscientes del estigma y la violencia que la mera palabra “coca” trae consigo así que es eso, con lo que trabajan. Eso lo que venden, eso lo que cultivan. Eso lo que poco o mucho que les da para alimentar a sus hijos. Al final es inevitable que eso forme parte de la vida cotidiana de la familia, de los niños que no lo ven con malicia ni como un negocio criminal, es parte de su paisaje, de su día a día en la finca, es solo un trabajo.

La relación natural que tenían con la coca que hacía evidente a medida que charlábamos con ellas, durante las entrevistas y talleres, claro, al principio era difícil, al final éramos foráneas preguntado por eso que es rechazado por la mayoría del país, eso ilegal, eso que preferían no comentar, al menos hasta estar seguras de con quien compartían sus espacios, sus vidas.



IMAGEN 29: TALLER 6, 2024.

Mientras relajábamos uno de nuestros últimos talleres, donde el aroma de la hoja de coca era el protagonista, machacando la hoja con un poco de alcohol no solo conseguimos un pigmento que nos serviría para trazar un mapa, sino que a través de ese aroma que desprendía las puertas a nuevos recuerdos se abrieron. Eso sí, el aroma llegó primero que las líneas, y las palabras simplemente comenzaron a salir, recordando esos viejos tiempos.

-D: Pues porque tocaba ir y nos tocaba empacarla el fiambre... Pero pues duramos un tiempo con las matas de la hoja de coca, y pues tocaba salir a recogerlas y entonces yo me aburrí del estudio pues en eso trabajábamos mucho.

-VG: Cuantos años tenías cuando te tocaba salir a recoger la coca.

-D: Por ahí unos 13 años.

-VG: Tu preferías quedarte ahí en vez de ir a estudiar.

-D: Pues tocaba ir a estudiar y también hacer eso y entonces era muy duro, entonces fue cuando dejé de ir a estudiar y pues conocí a mi esposo a los 14 años... Luego esa finca se vendió y ya pusimos ganado.

-DM: ¿Ustedes tenían trabajadores que les ayudaran con la coca?

-D: No, es que nosotras recogíamos, pero no la elaborábamos, se la vendíamos a otros se si la laboraban, era más para el vivir.

Entrevista D, 16/05/2024

-D.M: ¿Ustedes cómo se sentían de pequeños con eso?

-L: Uno no se imagina que tanta procedencia y que tantos problemas trae eso, pues porque uno es inocente, por ejemplo, yo miraba a mi papa, como el picaba eso, que en un cajón de tabla de daba con un palin a eso... Cierta tiempo cuando yo tenía unos 10 años ya era guadaña y yo miraba como por ejemplo mis primos eran raspachines y yo miraba eso, cuando yo tenía los 14 años me entró la curiosidad de aprender, entonces yo le ayudaba a mi papá a picar y ahí fue que fui a prendiendo.

-D.M: ¿Usted no le veía la malicia a eso?

-L: No yo sano, hasta los 17 años que comencé a entender eso. Pues con eso mi papa procesaba eso para darnos las remeza a nosotros. Eso ya hoy en día se está acabando, se están dedicando a la ganadería y a la leche, entonces eso se ha acabado mucho... Ya no es como cuando vino su papá por acá (papá de Danna) antes había mucho trabajo para la gente que viniera.

Entrevista L , 4/06/2024

En estas tierras, el cultivo ha sido durante mucho tiempo la base del sustento de muchas familias. Algunos hogares han encontrado en él una manera de sobrevivir, de poner comida sobre la mesa y de mantener a sus hijos en la escuela. Pero este cultivo no es como ningún otro. A simple vista, podría parecer solo una planta más en el paisaje verde, pero en realidad, carga sobre sus hojas el peso del conflicto y la controversia, a diferencia del plátano, que requiere meses de paciencia, fertilizantes y cuidados para dar sus primeros frutos (entre 9 y 14 meses, para ser exactos), la mata de coca tiene un ciclo mucho más rápido y rentable. En tan solo 3 o 4 meses está lista para su procesamiento, ofreciendo ganancias inmediatas en una tierra donde el tiempo y el dinero son escasos.

No se trata simplemente de juzgar su legalidad o ilegalidad. Se trata de entender que, en una región donde las oportunidades son limitadas y la economía formal apenas llega, este cultivo representa una salida, aunque también una trampa. Carga consigo las sombras del conflicto, la presencia de actores armados, la persecución y la incertidumbre. Cada hoja de coca que se corta lleva consigo historias de supervivencia y resistencia, pero también de lucha y dolor en un territorio donde nada es tan simple como parece. Esto era lo que nos iban contando, casi de manera despreocupada mientras las líneas se iban trazando sobre el mapa.



IMAGEN 31: TALLER 6, 2024



IMAGEN 30: TALLER 6, 2024

-DM: Usted se siente identifica con la imagen que hay a fuera de los campesinos, o siente que no conocen la realidad de los campesinos.

- R: No, no la conocen, por ejemplo, hoy es jueves y los jueves hablan por el senado más bonito dice mi esposo “hablan de lo más bonito, pero realmente no se mira” que para el campo hay no sé qué tantos millones que no sé qué más, bueno.... Pero no sé nada. Esa no es la realidad.

Entrevista R, 25/04/2024

-VG: ¿Usted cree que ese trabajo con la coca ha cambiado? Porque lo que teníamos entendido era que acá en el Caquetá, su economía de una manera ilegal lo que la sostiene o la sostenía era ese trabajo con la coca. ¿Usted cree que eso actualmente ha cambiado?

-I: No, no ha cambiado. En primer lugar, para mí no ha cambiado. Antes de subir a la presidencia el Señor Uribe es exactamente a como es hoy en día. Pescas milagrosas, al que querían se lo llevaban, a los jóvenes se los llevaban. Eran los únicos que la vendían (la guerrilla) había coca mmm mejor dicho, si alguien iba a comprar coca que no era de ellos se lo quitaban. Nadie más podía trabajar con la coca si no ellos.

La guerrilla le quitaba a uno lo que quería, le quitaban el carro, a 10,15 o 20 personas de la carretera de Solita a Florencia.

Cualquier cosa que usted tuviera tenía que pagar un impuesto, si vendía también, así como nos hicieron ahorita.

Entrevista I, 23/04/2024

La violencia les ha sido inevitables, aunque intentan esquivarla está ahí, como un ente sin rostro que los acompaña. La coca, como salvación o condena está a la disposición, no para el bien, pero tampoco para el mal, solo esta, al final es la mano que la cultiva la que decide a donde va a ir a parar.

-VG: ¿Como se vende esa hoja?

-. D: Le pesaban a uno y le pagaban y con eso le alcanzaba a uno para comprar la manteca.

La guayabita es la más dura, la peruana es la más blanda y la más barata. La pajarita fue la primera hoja que hubo, después salió la peruana, después la boliviana.

-VG: ¿Y cuál es la mejor?

-. D: En el rinde, la mejor ahora es la guayabita, da 35, si no que llegó muchas plagas y mmmm eso tocaba echarle veneno como un berraco...Ahora llegó la Pringa María, le llaman la pringa esa daba el 40 % hasta el 50.

-VG: ¿En cuánto está la arroba?

-D: No sé en este momento, la coca se acabó, hay poca. Demandando poca.

- VG: ¿Por la erradicación?

-D: No, por los precios, por qué la gasolina, los insumos están muy caros. Un tambor de gasolina anteriormente estaba en unos 380 mil pesos, ahora vale millón y pedazo. Y está a menos precio que hace unos 20 años pongámosle. Hace 20 años valía 2.200 ahora vale 1.700 1.800.

Entrevista D, 16/05/2024

Esta entrevista nos deja claro que estas mujeres tienen un profundo conocimiento sobre su territorio la economía cocalera y como este conocimiento llega por medio de días cotidianos. Aunque el auge del cultivo de coca ha disminuido en algunos territorios, sus raíces siguen firmes en la vida cotidiana de muchas familias campesinas. Para quienes habitan estas tierras, especialmente las mujeres, la coca no solo representa una fuente de ingreso: es también un punto de anclaje en un contexto marcado por el abandono estatal, la pobreza estructural y la violencia. En zonas donde las oportunidades laborales son mínimas y donde la tierra exige un trabajo constante sin garantizar resultados, el cultivo de coca ha ofrecido una posibilidad —precaria, pero real— de supervivencia.

Sin embargo, el problema no recae únicamente en el cultivo como tal, sino en el sistema que se despliega después: la transformación de la hoja en mercancía ilegal, la intervención de actores armados, el riesgo constante de persecución o violencia, y la criminalización de quienes trabajan la tierra. Es en esa brecha entre la siembra y el narcotráfico donde se abre una ventana para comprender las decisiones que toman estas mujeres campesinas. Porque esta historia no trata simplemente de una planta, sino de una estructura económica y social compleja, atravesada por desigualdades históricas, conflictos armados, y relaciones de poder.

Escuchar a estas mujeres hablar de sus vidas, en su propia voz, es estremecedor. Sus relatos están marcados por la resiliencia, por la necesidad de hacerse un lugar en una economía dominada tradicionalmente por hombres y controlada por lógicas armadas. Han tenido que ganarse el respeto en medio de la ilegalidad, negociar con actores que imponen reglas bajo amenaza, y al mismo tiempo cuidar a sus hijos, sostener sus hogares, y procurar una existencia digna dentro de lo posible. El cultivo de coca, en muchos casos, fue lo que

les permitió acceder a un poco de independencia económica, a un reconocimiento dentro de sus comunidades, a una dignidad que otros trabajos no les ofrecían.

En los talleres de memoria y costura que realizamos, muchas de estas verdades salían a la luz de forma natural, sin dramatismo, sin ornamentos. “Esto aquí es normal”, repetían constantemente, no como justificación, sino como una afirmación simple de la vida cotidiana. Trabajar la tierra, cuidar los cultivos, lidiar con los armados, vivir con el miedo y la rutina al mismo tiempo: todo eso era parte de su día a día. Pero esa normalidad no debe confundirse con conformismo. La normalidad de la coca, la violencia y la resistencia es una forma de adaptación, no de aceptación pasiva.

La vida cotidiana de las mujeres campesinas cocaleras es profundamente política, aunque muchas veces no se reconozca como tal. Cada elección que hacen —cultivar, vender, negociar, resistir, hablar o callar— es parte de una lógica de supervivencia que les ha permitido sostener la vida en medio del conflicto. Y aunque el mundo exterior juzgue desde la distancia, ellas cargan con la complejidad de decisiones que solo se comprenden desde adentro, desde la tierra que habitan y desde los cuerpos que resisten

-An: Para nadie es un secreto que uno vive en zonas de mucha guerrilla y una vez me toco un muchacho que estaba enceguecido para irse a la guerrilla; y yo le dije vea “en la guerrilla o en el ejército, todo mundo tenemos necesidades, a todo mundo nos falta, nadie tiene todo completo en cambio de allá o aquí yo prefiero la libertad” entonces el muchachito tal vez escucho, ese fue el consejo que yo le di.

Lo que se escucha en sus relatos va más allá de una simple descripción del conflicto; lo que cuentan las mujeres campesinas de este territorio revela las grietas

profundas que deja una vida vivida entre la guerra, la coca y la rutina. Han aprendido, con el tiempo, a convivir con el conflicto como quien convive con el clima: sin poder controlarlo, pero adaptándose para sobrevivir. En sus palabras, esa normalidad que repiten —“esto aquí es así”— no es resignación, es una forma de sostener la vida, una manera de caminar entre los bordes sin caer.

Entrar en ese mundo donde la vida puede perderse por un error, una mirada o una palabra, es también entrar a un sistema donde la libertad se negocia a cambio de algo tan básico como el sustento. ¿Cuánto vale la vida? ¿Cuánto estás dispuesto a entregar por la ilusión de una estabilidad que nunca termina de llegar? Ellas lo saben. Lo han vivido. Y, aun así, cada día se levantan, cocinan, cuidan, trabajan la tierra o la coca, resuelven, aconsejan y piensan en el mañana.

En medio de estas dinámicas normalizadas por el tiempo y la costumbre, las mujeres han asumido un rol particular: el de guías silenciosas, de consejeras, de tejedoras de sentidos. No solo cuidan a sus hijos y sus casas, también intentan cuidar el rumbo de su comunidad. Son quienes, desde los márgenes, levantan la voz para decir: “no todo tiene que ser así”. Tratan, en lo posible, de abrir caminos distintos para las nuevas generaciones, aunque sepan que ese camino es incierto, cuesta arriba, lleno de obstáculos invisibles.

Porque aquí, aunque cada uno toma sus decisiones, nadie sale ileso. Todos, de alguna manera, terminan pagando un precio: por callar, por actuar, por quedarse o por huir. Las mujeres, en particular, cargan con esa doble responsabilidad: sostener la vida y también con el peso de lo que no se dice.

Fue precisamente en los talleres de creación donde estas mujeres comenzaron a mirar hacia adentro, a hablar desde sus historias. Pero no solo hablar: también tocar, cortar, bordar, ensamblar, elegir un color, coser una tela. Las materialidades convirtieron en puentes entre lo vivido y lo narrado. A veces, una textura decía más que una palabra; a veces, una puntada era una forma de nombrar el dolor, de hacer visible lo que había estado escondido. Los materiales fueron más que recursos: fueron memoria viva. Las manos que trabajaban en silencio con esas telas no solo estaban creando algo nuevo, estaban reconstruyendo, resignificando, haciendo memoria desde lo más íntimo. Las mujeres encontraron en estas prácticas un lenguaje propio, uno que no necesitaba de discursos elaborados, sino de gestos repetidos, de decisiones mínimas, de intuiciones cotidianas.

Estos talleres no solo sirvieron como espacios artísticos o pedagógicos, sino como territorios simbólicos donde las mujeres pudieron nombrar sus dolores, sus luchas y también sus deseos. Lo que no podían decir en otros lugares, lo dijeron ahí, entre sus pares, en confianza, sin juicios.

A través de sus voces y de sus manos entendimos cómo la rutina puede volverse una trampa, cómo lo cotidiano está atravesado por riesgos y decisiones duras, cómo la economía ilegal se ha vuelto parte del paisaje emocional y físico de la comunidad. Y aunque muchas de ellas sueñan y trabajan por un futuro distinto, saben que las heridas del pasado no se borran fácilmente. Están ahí, en la memoria, guiando los pasos que aún quedan por andar.

Lo anterior nos permite focalizar una serie de problemáticas estructurales que configuran sus vidas cotidianas. En primer lugar, la economía cocalera, lejos de ser una

elección libre, se presenta como una trampa de supervivencia en un contexto sin alternativas reales, cada vez más precarizado por el control de actores armados y la falta de pago justo. A esto se suma la persistencia de la violencia y la transformación del conflicto armado, que, pese al acuerdo de paz, no ha traído seguridad sino nuevas formas de amenaza y fragmentación territorial. La ausencia del Estado y el incumplimiento de las promesas institucionales profundizan el abandono, generando una brecha entre lo que se dice desde el poder y lo que realmente se vive en el territorio. Las mujeres, además, soportan una doble carga: deben trabajar la tierra, cuidar el hogar y proteger a sus hijos, enfrentando condiciones marcadas por el machismo y la desigualdad. Finalmente, sus experiencias son invisibilizadas o estigmatizadas desde fuera, reducidas a estereotipos que ignoran la dignidad, la agencia y la resistencia cotidiana que ellas ejercen incluso en medio del dolor y la incertidumbre.

Capítulo VII: Reflexiones Finales: Creación, memoria y resistencia de las mujeres en el territorio

Los talleres de creación fueron nuestro lenguaje a lo largo de toda la investigación, ya que cada creación tomó el lugar de las palabras y expresaron sus historias de vida, fueron el catalizador de sus memorias y emociones, fue la puerta principal que nos permitió preguntar por sus memorias ocultas que por alguna razón solo se vio reflejadas en cada una de sus obras, asimismo nos permitió sensibilizarnos para poder discernir los que ellas nos trataban de expresar, porque es importante entender el contexto del territorio y dejar un poco de lado nuestros saberes teóricos y escuchar que es lo que ellas les interesa resaltar de sus vidas cotidianas, a partir de las pedagogías sensibles nos permitieron abrir un espacio de aula expandida donde la transmisión de

saberes no solo recae en nuestro lugar si no que es un intercambio constante de historias de vida que nos enseñaron en conjunto sobre sus saberes territoriales.

El reconocimiento viene desde sus memorias, sus roles y sus prácticas en el territorio, este autorreconocimiento permite construir saberes colectivos que luego las llevan a enunciarse en cada una de sus creaciones, desde estos talleres de creación facilitaron la comprensión de los roles que ellas cumplen ya que este proceso revelo que ellas no solo sostienen un tejido doméstico y productivos de sus territorios, sino que también se configuran como sujetas políticas activas. Su vida está marcada por una doble jornada: el trabajo en el campo y el cuidado del hogar. Sin embargo, lejos de concebirse como feministas por estas labores que ellas realizan en su día cotidiano, ellas se reconocen como tejedoras de comunidad, protectoras del territorio, madres que guían y portadoras de saberes campesinos que comparten en cada talleres, si bien ellas no se reconocen como feministas nosotras desde dichas teorías nos permitieron comprender que sus roles de género en torno a la reivindicación de los saberes entorno al cuidado y eso es construcción conocimiento y de memoria de los procesos del trabajo de cuidado y las mujeres con consientes de estos trabajos sociales que son los que sostienen la vida y como opera estos trabajos en la sociedad.

Por otro lado, hubo una categoría emergente que durante nuestra investigación teórica no contemplamos y es la escala como resistencia, esta categoría es fundamental para entender el rol social de la escuela y las pedagogías en todos los entornos de las vidas de las personas, como las escalas expandidas o no son el medio son las que sostiene los sueños en nuestro caso de las mujeres campesinas, son un lugar de felicidad y de

esperanza en medio del conflicto. la experiencia puso en tensión la noción tradicional de aula.

La idea de aula expandida, donde el territorio, las casas y los encuentros se volvieron lugares de aprendizaje, permitió repensar la enseñanza como una práctica viva y afectiva. Esta investigación evidenció que enseñar en colectivo, sin contenidos preestablecidos, abre la posibilidad de aprendizajes más significativos, donde la voz del otro tiene un lugar central. En este sentido la educación es un acto político y ético, enseñar no es solo transmitir conocimiento, sino acompañar un proceso de transformación personal y colectivo; implica sostener vínculos, cuidar la palabra y generar confianza en contextos marcados por la desconfianza y la violencia armada.

Finalizando, es importante resaltar eso, eso que se instaló en el territorio y se convirtió en parte del trabajo, la cotidianidad de las mujeres y la población. La no criminalización es importante para poder observar y comprender las dinámicas sociales que lo rodean, ya que, como hemos desarrollado durante la investigación, eso va más allá de la cocaína, se vuelve un eje económico para el sustento de las familias y parte de su cultura, no desde el imaginario del narcotráfico, sino desde el imaginario de cultural y de resistencia, ya que el trabajo de la coca lejos de ser un crimen se convierte en esta investigación en una ventana hacia las injusticias estructurales del país ya que son olvidados por el estado como se menciona en algunas de las entrevistas, eso que es mencionado con voz baja es todo lo que algunas personas fuera del territorio criminalizan, no es solo el trabajo de la hoja de coca, también se menciona como las extorsiones o los grupos guerrilleros que son los encargados de organizar al pueblo y dar orden disciplinario y es eso lo que nos permite entender las dinámicas de la población y la

fuerza de las mujeres que, con sus manos y sus memorias sostienen la vida este territorio casi olvidado.

Esta investigación es una investigación inconclusa porque nos queda volver al territorio y seguir compartiendo saberes con las mujeres campesinas, y abordar otras inquietudes que deja esta investigación, inquietudes que nace a raíz de preguntas por parte de ellas y nuestras, como por ejemplo ¿si en la actualidad la economía cocalera va en decadencia en esta zona a que se dedicaran ellas o sus familiares en un futuro? y no porque en Colombia la erradicación del cultivo de coca haya disminuido si no al contrario está en su pico más alto estadísticamente; la hoja de coca es una economía muy baja actualmente y esto es alarmante porque es muy posible que las nuevas generaciones tendrán que desplazarse a otros lugares y no habrá quien trabaje la tierra de manera legal o ilegal y otra de las opciones es que estas nuevas generaciones se verán tentados a entrar a algún grupo subversivo como nos mencionaron en alguna de las entrevistas con las mujeres, la solución aquí no es apoyar los cultivos de hoja de coca, si no que las mujeres campesinas y sus familias tengan otras opciones dignas para seguir viviendo. A la respuesta que llegamos en relación a nuestra pregunta es que las memorias y labores que emergen en los laboratorios de creación revelan a mujeres profundamente vinculadas con la tierra, con un conocimiento valioso sobre el cultivo, la comunidad y la vida, sobre todo una doble labor que esta entre el trabajo con la tierra y el rol de cuidadoras en sus hogares, los laboratorios de creación nos permitieron y les permitió narrar esas experiencias desde su propia voz, convirtiéndose en un acto de resistencia y lucha, donde las memorias evocadas son un acto de resignificación, estas memorias se ven reflejadas en sus labores cotidianas, que les permite mirar hacia el pasado pensando en un futuro mejor para sus hijos y nietos. Estas voces de las mujeres forman parte de cada fase del proyecto, desde el corazón mismo, hasta la mente

y desenlace de este. Son ellas, sus memorias, sus luchas y creaciones las que nosotras intentamos plasmar y son ellas las que deben marcar estas líneas de conocimiento.

Durante el último encuentro dado del 10 al 14 de mayo del 2025, después de escribir y formar el documento de la investigación, los hallazgos y resultados fueron presentados a ellas, dónde se les enseñó todo lo logrado desde sus creaciones y narraciones. Hay que reconocer que ellas no son solo fuentes de información, sino que son protagonistas activas del territorio y constructoras de conocimiento. Sus memorias, sus manos y sus cuerpos han estado presentes no solo en los relatos que compartieron, sino también en cada momento del proceso investigativo, desde la formulación hasta la devolución del proyecto. No puede entenderse este trabajo sin su participación consciente, porque son ellas quienes han sostenido la vida, el cuidado y la tierra y quienes han encontrado, en medio un contexto de violencia formas de resistencia de dignificar el trabajo campesino. En este sentido, sus memorias no pueden ser tratadas como insumos externos, sino como el corazón, la mente y el desenlace mismo del proyecto. Reconocerlas como sujetas políticas, como tejedoras de comunidad y como constructoras dentro del territorio implica transformar la forma en que producimos conocimiento: una producción situada, sensible que abraza la complejidad y la potencia de lo que ellas han decidido compartir

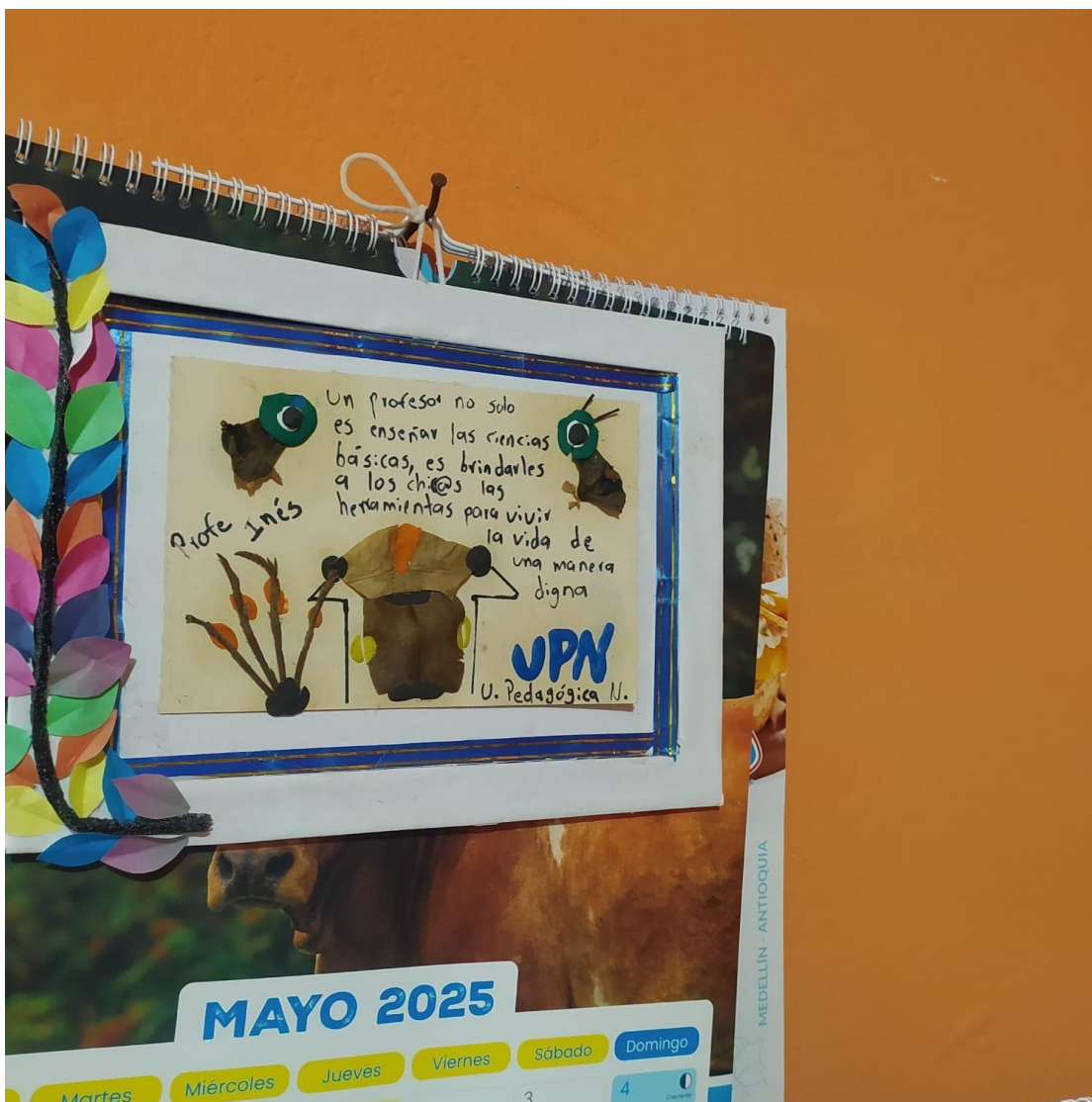


IMAGEN 32: AGRADECIMIENTO

IMAGEN 33: AGRADECIMIENTO.

La imagen 25 es la culminación de una proyecto que nos llevó a un territorio que camina fuerte siendo la columna vertebral las mujeres que cuidan y protegen a el futuro de un país que es la niñez, adolescencia y juventud, no solo desde sus hogares, también el cuidado se refleja en la escuela y la labor ética de las docentes, como es el caso de la profe I, que con sus memorias nos dejo marcado que el ser docente va más allá que dar una clase de sociales o de cualquier

otras asignatura, es poder tener las herramientas adecuadas para invitar a los niños a cumplir sus sueños, anhelos y que pueden tener un futuro más allá de lo que sus cotidianos

Este cuadro fue una creación que se dio durando uno de nuestros talleres de creación, dónde ella nos ofreció el suyo y a cambio nosotras le dimos el nuestro, pero lo realmente sorpréndete para nosotras es que ella busco un porta retratos y lo decoro con cariño para poder preservarlo, esto lo que vimos un años después de a ver concluido nuestras prácticas en el territorio, este hecho muestra las huellas que se pueden dejar en el camino si se realiza desde el corazón, la labor docente nunca termina y siempre se vuelve al lugar donde se aprende.

Gracias a cada una de las mujeres que participaron en este proyecto, este proyecto es de ustedes inspirado en un inicio por relatos de infancia que escuchábamos del mundo del campesinado y del mundo cocalero que nos vio crecer y finalizado con sus memorias que nos brindaron una complejidad del territorio y de las cotidianidades de las mujeres en el campo.

Referencias

A.I.R.E. Aracuca. (n.d.). Arauca: A.I.R.E. | Casas de la Verdad con Sentido. Comisión de la Verdad.

Recuperado de <https://web.comisiondelaverdad.co/especiales/verdadconsentido/t-arauca.html>

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, L. (2004). *Memoria y experiencia: políticas de lo real*. Fondo de Cultura Económica.

Arfuch, L. (2012). *Arte, memoria, experiencia: políticas de lo real*. Fondo de Cultura Económica.

Ayala, E., Rodríguez, R., & Osorio, E. (2016). Arquitectura y arte como medios para construir y fortalecer la Colombia del postacuerdo. *Revista de Arquitectura*, 18, 98-118.

Berger, J. (1972). *Modos de ver*. [Editorial no especificada].

Bolívar, A. (2002). *Relatos de vida y desarrollo profesional*. La Muralla.

Bolívar, A. (2005). *La equidad y la educación: Desafíos y oportunidades en la escuela actual*. Ediciones Morata.

Bolívar, A. (2013). *La lógica del compromiso del profesorado y la responsabilidad de la escuela: Una nueva mirada*. [Editorial no especificada].

Bourriaud, N. (1998). *Estética relacional*. [Editorial no especificada].

Brea, J. L. (2009). *Los estudios visuales: por una epistemología política de la visualidad*. Centro de Estudios Visuales de Chile.

Bruner, J. (1990). *Acts of meaning*. Harvard University Press.

Carvajal, J. (2018). El relato de guerra: Cómo el arte transmite la memoria del conflicto en Colombia. *Amerika, 1*.

Comisión de la Verdad. (2021). *Informe final: Verdades para la paz*. Bogotá, Colombia.

Curiel, O. (2021). *Feminismos decoloniales y transformación social*. Editorial Akal.

Deere, C. D., & León, M. (2003). Empoderamiento de la mujer a través del acceso a la tierra en América Latina: Estado de la cuestión. *UNRISD*.

Deere, C. D. (2005). *La mujer y la tierra en América Latina: Acceso y políticas públicas*. Debate Agrario.

Dewey, J. (1934). *El arte como experiencia*. Fondo de Cultura Económica.

Dussel, I. (2001). *La escuela como máquina de educar: Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*. Paidós.

Dussel, I., & Magro, M. (2020). El sentido de la escuela en tiempos de pandemia: Reflexiones sobre la continuidad pedagógica y la educación a distancia. *Revista Iberoamericana de Educación*, 83(1), 45-60.

Eisner, E. W. (2002). *Las artes y la creación de la mente*. Yale University Press.

Espinosa Miñoso, Y. (2022). *De por qué es necesario un feminismo descolonial*. En la Frontera.

Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.

- Federici, S. (2017). *El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.
- Federici, S. (2020). *Reencantar el mundo: El feminismo y la política de los comunes*. Traficantes de Sueños.
- Fundación Santillana. (2020). ¿Cuál es el sentido de la escolaridad? [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=XV0vDt0BLhs>
- González, I., & Baquiro, L. (2020). *Prácticas artísticas y memoria en comunidades afectadas por el conflicto armado en Colombia*. Editorial Universidad Nacional.
- González-Santos, F., & García-Vera, N. (2019). El arte y la literatura en la construcción de la memoria histórica: una experiencia de conmemoración en el Instituto Pedagógico Nacional. *Pensamiento, palabra y obra*, (21), 60-77.
- Goudsmit, A. (2021). *Mujeres cultivadoras de coca, historias de lucha y resiliencias*. University of Reading.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*. Presses Universitaires de France.
- Herrera, M. C. (2012). *Memorias de la violencia política y formación ético-política de jóvenes y maestros en Colombia*. Siglo del Hombre Editores.
- Hernández, F. (2007). *Metodologías emergentes de investigación basada en las artes*. Morata.
- Hernández, F. (2011). *Investigar con los niños y los jóvenes: Claves para la comprensión de la experiencia educativa*. Graó.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Editorial Crítica.

- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI Editores.
- Lewin, K. (1946). *Investigación-acción y problemas de las minorías*. [Publicación no especificada].
- Lewin, K. (1951). *Field theory in social science: Selected theoretical papers*. Harper & Row.
- Marín Viadel, R. (2017). *Investigación artística y educación*. Editorial Dykinson.
- Martínez, F. (2013). *Las prácticas artísticas en la construcción de memoria sobre la violencia y el conflicto*. Universidad Nacional de Colombia.
- McNiff, S. (1998). *Investigación basada en el arte*. Jessica Kingsley Publishers.
- Miguel, C., & Villarreal, N. (2019). *Programa Formativo Transversal para Institucionalidad sobre Mujer Rural*. FAO.
- Museo Nacional de Colombia. (2022). *Colección de arte contemporáneo colombiano*. Bogotá.
- Muñoz, Ó. (1995). *Aliento*. Bogotá, Colombia.
- Nora, P. (1992). *Les lieux de mémoire*. [Editorial no especificada].
- Obregón, A. (1956). *El Velorio*. Museo Nacional de Colombia.
- Obregón, A. (1962). *La Violencia*. Museo Nacional de Colombia.
- Pardos, A. (2022). Art and memory: Magdalenas por el Cauca. *International Journal of Heritage, Memory and Conflict*, 2, 39-49.
- Paredes, J. (2012). *Hilando nuestro feminismo comunitario*. Mujeres Creando.

- Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. CLACSO.
- Ramos, D. (2013). “¿Qué son las prácticas artísticas comunitarias?” Algunas reflexiones prácticas y teóricas en torno a la construcción del concepto. *Pensamiento, palabra y obra*, 9, 116-133.
- Richard, N. (1998). *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. [Editorial no especificada].
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón.
- Rubiano, E. (2017). Las víctimas, la memoria y el duelo: el arte contemporáneo en el escenario del postacuerdo. *Análisis Político*, 30(90), 103-120.
- Rubiano, E. (2019). *Los rostros, las tumbas y los rastros: El dolor de la guerra en el arte colombiano (2005-2016)* [Tesis doctoral, Universidad Nacional de Colombia].
- Salcedo, D. (2016). *Sumando ausencias*. Bogotá, Colombia.
- Alianza Coca para la Paz. (2024). La hoja de coca y la seguridad alimentaria. <https://alianzacocaparalapaz.org/2024/01/17/la-hoja-de-coca-y-la-seguridad-alimentaria>
- Burke, J. (2024, agosto 28). 'There is nothing to replace coca': Colombia's struggling farmers tempted by crops. The Guardian. <https://www.theguardian.com/global-development/article/2024/aug/28/there-is-nothing-to-replace-coca-colombias-struggling-farmers-tempted-by-crops>

Ciro, E. (2018). Historia de la coca en Caquetá. Diario de Paz.

<https://diariodepaz.com/2018/03/25/historia-de-la-coca-en-caqueta>

INDEPAZ. (2024). Erythroxylum coca: Factores ambientales y productivos de la pasta de coca en Colombia. <https://indepaz.org.co/erythroxylum-coca-factores-ambientales-y-productivos-de-la-pasta-de-coca-en-colombia>

Molano Penagos, J. D. (s.f.). Puerto Rico Caquetá: Reseña histórica [Manuscrito inédito].

Vélez, M. A., & Marín-Llanes, L. (2024). Impactos de la economía cocalera. Políticas Públicas. <https://politicaspUBLICAS.com.co/impactos-de-la-economia-cocalera>

Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Segato, R. L. (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Ciudad de México: Pez en el árbol.

Vásquez, T. (2015). *El medio y bajo Caguán: coca, estructuración por el conflicto y orden insurgente*.

Anexos : <https://gomezsilvavalentin4.wixsite.com/reconocer-las-memori>

